



José de Espronceda

**Sancho Saldaña ó El Castellano de Cuéllar
Tomo III**

Capítulo XXXIII

.....
Y en ciego desvarío,
lánzase a la virtud, lánzase al crimen.
VENTURA DE LA VEGA

Algunos días después de esta reñida batalla volvió Sancho el Bravo a descansar en Cuéllar de las fatigas de la guerra, habiendo puesto guarniciones en algunos castillos de los señores que habían tomado parte en la rebelión, demolido otros, y reducido a la obediencia aquella parte de Castilla que primero había tomado las armas. Sólo el Velludo, que en la derrota de aquel día, fatal para los conjurados, había logrado salvarse, andaba aún por aquellos contornos con su partida, burlando la vigilancia de las tropas reales, y algunas veces molestándolas y causándoles descalabros que, aunque de poca consecuencia, obligaban a tener todavía mucha gente ocupada en su persecución. Seguía prisionero Hernando

aguardando la muerte con resignación, no dudando que, así como los otros señores que habían caído bajo el poder del rey, sería declarado traidor y acabaría su vida en un cadalso para escarmiento de los que en adelante intentasen seguir su ejemplo. Su conciencia, no obstante, estaba tranquila, y el nombre de traidor en aquella ocasión le parecía que iba a añadir nuevos timbres a los adquiridos honrosamente por sus abuelos. Sólo le molestaba y entristecía el pensamiento de la suerte que quizá esperaba a la desvalida Leonor, si ya no era tanta su desgracia que se hallase deshonrada y envilecida.

Pero la persona más digna de compasión entre los habitantes de la fortaleza de Cuéllar, era Elvira, que aconsejada del judío únicamente, y encerrada en su habitación, sin ver otro hombre que él, había perdido el juicio, de modo que sólo y para mayor desventura lo recobraba a intervalos, luchando entonces entre el fanático y cruel deber que se había impuesto a sí misma, y los sentimientos dulces y generosos de su corazón, creyéndolos al mismo tiempo un delito, y no saliendo de este terrible combate si no para volverse loca y delirar lastimosamente. El implacable judío, sin pensar en más que en el buen resultado que la muerte de Sancho el Bravo debía producir en favor de don Alfonso de la Cerda, había agotado todos los recursos de su elocuencia bíblica, y empleado todo su ingenio para encontrar sofismas con que persuadirla a cometer un asesinato. La cabeza volcánica de Elvira estaba asaz dispuesta a recibir las impresiones que el supuesto fraile intentaba grabar en ella; y si el aventurado golpe de matar al rey no se había verificado ya, había sido porque la tarde en que los dos judíos y ella entraron en el castillo, fue la misma en que el rey y sus tropas juntamente habían emprendido su marcha contra los rebeldes.

Su vuelta ahora al castillo iba a proporcionar nueva ocasión al judío para realizar sus proyectos. Cualquiera otro no obstante, que se hubiera hallado en su lugar, habría tratado ya de fugarse abandonando todo al ver perdida tan completamente su causa; pero el judío era harto tenaz y tenía demasiada confianza en sí mismo para ceder al primer golpe contrario de la fortuna, una vez determinado a desafiarla y vencerla; fortaleciéndose tanto más su valor cuanto mayores dificultades hallaba. Había entrado en el fuerte valido de su hábito franciscano, después de haber pedido permiso a Saldaña para permanecer en él por algún tiempo, así como el otro religioso, su compañero, de quien supuso que estaba enfermo. El supersticioso Saldaña titubeó un momento en concederle la entrada, temiendo que viniese a maldecirle y a anatematizarle por sus pasados delitos, pero luego que vio que el astuto fraile le prometía indulgencia y la gloria si hacía aquella obra de caridad que le pedía, creyendo que por aquel camino quizá podría sosegar su sobresaltada conciencia, les dio permiso para permanecer el tiempo que les pareciese bien en su fortaleza, muy ajeno de sospechar el áspid que había abrigado.

El carácter de sacerdote que había tomado inspiraba demasiado respeto para que nadie intentase oír sus diálogos con Elvira, y mucho más no teniendo motivo alguno para desconfiar de él, y proporcionándole su hábito entrada en todas partes, menos en la habitación de Leonor, donde, sin duda de miedo de alguna represión religiosa, había mandado Saldaña que se la negasen.

Celebraban ya en el castillo la vuelta del rey y las victorias que había alcanzado, y todo era algazara, gustos y regocijo en sus habitantes. Veíanse coronados los cerros e inundados los llanos de labradores, soldados y mujeres, juntos en diferentes corrillos. Bailaban allí, allí comían y bebían, acullá jugaban a las bochas, tiraban la barra, luchaban o ejecutaban peligrosos equilibrios que ofrecían materia de abundante risa a los espectadores, con las caídas de los poco diestros que se aventuraban a desnucarse. Iban, venían de un lado a otro incesantemente, la diversión seguía, y todos habían olvidado ya las fatigas de la guerra, las muertes de sus amigos y los riesgos a que tal vez el día antes habían estado ellos mismos expuestos. La mañana estaba templada, el aire puro y el cielo alegre, todo lo cual realizaba y animaba el júbilo natural en los vencedores.

En un mirador de piedra de forma de ojiva que daba a la espaciosa explanada, brillaba la reina adornada y engalanada soberbiamente con ricas joyas y pedrería, acompañada de sus damas, poco menos magníficamente vestidas, atrayendo a la luz de su hermosura las miradas de los caballeros que en la explanada torneaban gallardamente. Pero como ya se ha descrito muchas veces este género de pasatiempos, y nadie ignora en lo que consistían, nos contentaremos con decir únicamente que el torneo duró hasta las dos de la tarde desde las ocho de la mañana, en cuyo tiempo hubo muchos encuentros que merecieron los aplausos de los circunstantes, y en que algunos caballeros ganaron honra y otros perdieron la silla y fueron declarados vencidos. Mostrábanse empero todos alegres, y aun el mismo Saldaña pareció más animado que ningún día.

Luego que la reina, también reina del torneo aquel día, más por adulación que por verdadero mérito, puesto que otras había más hermosas, repartió premios a los vencedores y se hubo concluido el torneo, el rey y los caballeros acompañaron las damas al principal salón del castillo, donde les aguardaba un brillante festín, en diferentes mesas cubiertas de ricos manjares y servidas por un sin número de criados y pajes aderezados galanamente. Faltaba allí no obstante el pulido Jimeno, a quien negocios que averiguaremos después traían sin duda muy ocupado. Varios juglares y trovadores, a cuyas canciones y música era muy aficionado el rey, entonaron algunos himnos en alabanza suya y de los hermosos ojos que estaban adornando el banquete.

Sancho el Bravo, para quien no había belleza comparable a la de su esposa, celebró asimismo en muy delicadas trovas su virtud y sus gracias, dando a conocer que si esgrimía la espada como el más diestro, no pulsaba el laúd con menos habilidad. Varios caballeros propusieron diferentes brindis a la gloria de los valientes y en honra cada uno de la dama de sus pensamientos. Sólo Saldaña parecía algo taciturno y melancólico en medio de tantos alegres, pero como su humor era ya conocido de todos, el rey le dirigió la palabra varias veces, y aunque él le contestó secamente nadie hizo alto ni por eso se interrumpió la alegría.

Pero otro acaecimiento de mucha más consecuencia iba aquel día a turbar el general regocijo, y acaso a convertir los placeres de la tarde en llantos y las ricas galas en luto. Tiempo hacía ya que el atrevido judío hablaba a puerta cerrada con la infeliz Elvira, disponiéndola en aquel instante a cometer un crimen, abusando de su fanática credulidad.

Hallábase Elvira en uno de aquellos accesos de locura en que el mentido religioso había logrado ponerla. Su rostro, generalmente pálido, parecía un hierro encendido, corría el sudor por su frente en gruesas gotas frías que le inundaban el rostro, tenía el cabello erizado, y en sus movimientos y contorsiones la habría comparado un griego de la antigüedad a la famosa pitonisa de Delfos, hiriendo la trípode con su planta. Brillaba un puñal en su mano derecha, en que a veces fijaba con estúpido horror la vista, y otras con alegre ferocidad. Enfrente de ella, a cierta distancia, fríamente inmóvil y observándola con cuidadosa tranquilidad, estaba el sagaz hebreo cubierto de su hábito franciscano, los brazos cruzados sobre el pecho y echada la capucha al rostro que, flaco y consumido, apenas se veía de él más que la acaballada nariz que distingue los de su raza, y sus apagados ojos, que a veces no obstante parecían despedir relámpagos.

Hablaba Elvira interrumpiéndose al mismo tiempo con cantos y oraciones que ya entonaba en voz alta, ya rezaba entre dientes de rodillas delante de un crucifijo, cuyos pies tal vez besaba con religioso ardor.

-Señor, señor -decía-. ¿Y eres tú quien me pides sangre? ¿Por qué la mía no puede expiar mis pecados?

Y levantándose de repente continuaba arrebatada de su locura

Tú inflamaste el pecho impávido

de la animosa Judith,
que derribó
la soberbia y los ejércitos
de aquel potente adalid
que te irritó.
Álcente cánticos
hombres y ángeles.
Temblad, oh príncipes,
la ira de Dios.
¡Señor! ¡Señor!
esfuerza tú mi débil corazón.

En cantado así calló, y el judío dijo:

-Baltasar está en el festín, y Dios ha decretado su ruina: las fatídicas palabras están ya trazadas sobre el muro. Sal de aquí y les oírás blasfemar y mofarse del que puede hacerlos ceniza. Allí están, y su voz ronca con el vino entona canciones impías. Anatema, anatema sobre el malvado hijo que no sólo no respetó a su padre, sino que insulta su memoria después de muerto. Hiere, oh virgen del Señor, hiere, y sea tu brazo fuerte como el de Sansón, y no tiemble tu corazón en tu pecho. Cien coronas de flores resplandecientes tejen para ti las vírgenes del paraíso. El ángel de la victoria te guía, y yo en nombre de Dios te absuelvo de todos tus pecados, aunque entre ellos contases haber asesinado a tu padre.

Diciendo así alzó el brazo derecho, y haciéndola poner de rodillas, le echó la bendición, arrojó algunas gotas de agua, que él dijo bendita, sobre el puñal, y ayudándola a levantarse, en seguida la obligó a beber el cordial que siempre llevaba consigo, comunicándole de este modo nuevo espíritu y ardimiento.

-¡Dios mío! -exclamó Elvira-, benigno acepta mi sacrificio y ten piedad de mi hermano.

Y enajenada, de repente prosiguió diciendo en voz baja:

-¡Siento un peso en mi corazón! Yo quisiera llorar y no puedo. Allí centellea la espada del querubín. Hermano mío, ¿me oyes? ¿Es verdad que tú estás ya arrepentido? No, no es debilidad, padre; si yo mostrara en este momento flaqueza, el Señor me castigaría. La ira de Dios va a aniquilar al impío.

Y luego, alzando la voz, exclamó:

-Ya me siento mayor; fuego del cielo ha inflamado mi alma. Llevadme en presencia del rey. ¿Nadie me verá, es verdad? ¿Mi mano será invisible al herirle? Ya palpo la nube que me rodea. ¿Oís? Es un canto de guerra.

Levanta el brazo fuerte,

¡oh Virgen de Sión!,
que acecha ya la muerte
al que las iras provocó de Dios.

Cayó el impío, el mundo cantará;
gloria al Señor que su poder mostró;
hiere sin miedo, que en tu diestra va
la ira celeste que en Sodoma ardió.

Levanta el brazo fuerte,
¡oh Virgen de Sión!,
vuela, que a eterna muerte
le condenó de Dios la maldición.

-Son los ángeles que cantan: ¿oís? ¡Oh! es el canto de muerte. Vamos.

-Sí, vamos, hija mía -dijo Abraham, que no creyó oportuno dejar pasar su delirio sin aprovecharse de él-. Vamos.

Diciendo así tomó el brazo de Elvira, y echaron a andar precipitadamente hacia la estancia donde el rey y sus caballeros festejaban, muy ajenos de ningún peligro, llenando mil veces las copas y entonando alegres cantares. Iba Elvira fuera de sí hablando consigo misma, tirada atrás la capucha de su almalafa, erizado el cabello, y el puñal en la mano como una furiosa bacante. Persuadía al judío, ya encargándole el disimulo, ya manteniéndola en su locura, con sus infames discursos.

-Aquí -le dijo tomando el cuchillo-, lo has de esconder entre los pliegues del pecho. Llegas a él, te arrojas a sus pies, y al levantarte, no temas, clávaselo en el corazón. ¿Oyes, oyes los gritos de los malvados, el murmullo de sus conversaciones? Allí están descuidados del riesgo que les amenaza. Dios te lo entrega. Pero no; ya dejan las mesas y salen sin duda al jardín, que está todo iluminado, y donde va a empezarse la danza. Ve y colócate a la salida que está al otro lado de la habitación.

Oíale Elvira sin replicar palabra, y como una máquina se dejaba llevar del judío. Empezaba ya a oscurecer, y todo iba sucediendo a medida del deseo de Abraham, que no desperdiciaba nada de cuanto pudiera enajenar el espíritu de su víctima. Luego que llegaron al sitio señalado para el sacrificio:

-Espérate aquí -le dijo-; el Señor queda contigo, no temas; ya le conoces, derríbale muerto a tus pies. Adiós.

Diciendo así se retiró pensativo y lleno el corazón de zozobra,

dudoso del éxito de tamaña empresa como trataba de llevar a término, y muy desconfiado de la resolución de Elvira si su delirio se calmaba, o si en su arrebato se precipitaba fuera de tiempo. Pero satisfecho por que no estaba de su parte hacer más, y pensando ya en su seguridad, se determinó a salir del castillo en aquel momento, abandonando lo demás a la suerte, a quien correspondía decidir el resultado de su temerario proyecto.

Quedó, pues, Elvira sola y oculta en una vuelta del corredor, temblando a veces al menor ruido, esperando otras con ansia y arrojado, rodeada de la oscuridad de la noche, el cerebro ardiendo, tiritando con frío sudor, o latiendo tal vez todo su cuerpo con la repetida pulsación de la fiebre que la abrasaba.

El son de las arpas, que hería de cuando en cuando su oído, las voces que en rumor discorde se confundían, el melodioso canto del trovador, todo se acordaba y convenía en su delirante cabeza, representando en extrañas formas delante de ella objetos ya sombríos, ya radiantes, a que daba cuerpo y movimiento su imaginación. Parecía a veces que sentía pasos, y amedrantada se estremecía; otras imaginaba que no era ella misma la que estaba allí, y se palpaba atónita dudando de su existencia.

En fin, todo era lóbrego y sublime en torno de ella, y embozada en su negra túnica, en un rincón del oscuro corredor, sin movimiento y sin sentirse su respiración, cualquiera que a la distante luz que reflejaba allí, alguna vez la hubiese visto de lejos, la habría tomado por una sombra o un sueño de su fantasía. Daba una puerta de la habitación del festín a la magnífica explanada que, iluminada de hachas de viento puestas en las torres y ventanas del castillo a par que en los árboles y muros de alrededor, brillaba con tanta luz como si fuese de día. A un lado de aquella puerta doblaba el corredor interior, estrecho y enteramente a oscuras entonces, donde la muerte quizá aguardaba sin remedio al rey; y en calle horizontal enfrente se extendía a un lado y a otro la magnífica galería que caía a la explanada, alumbrada asimismo soberbiamente. Las músicas sonaban allí, y en los jardines que la rodean, varias tocatas alegres, que regocijaban y despertaban con su bullicioso sonido el pecho más melancólico. Alegres turbas de jóvenes y mancebos del pueblo bailaban el antiguo baile en círculo de los asturianos, saltando, cantando y animándose con dichos al mismo tiempo.

En el salón del banquete continuaban aún los brindis, los agudos chistes y las entretenidas canciones; en fin, todo era júbilo, y todo lo había dispuesto el lindo Jimeno por orden de su amo para que, cuando no realmente lo hubiese, se fingiera y aparentara del mejor modo. Sin duda, en aquel mismo instante, tal vez entre los más alegres, vagaban muchos que más debieran maldecir y llorar aquellas fiestas que aplaudirlas y festejarlas. Muchas madres no habían vuelto a ver a los hijos que vieron arrancar de sus brazos para conducirlos a sostener lo que ellos mismos quizá ignoraban, muchos labradores habían perdido sus cosechas y visto quemar su casa, huérfanos desvalidos había que lamentaban la pérdida de sus padres sin tener adónde volver la cara a pedir sustento. Pero era preciso divertirse y estar alegre, porque tal era la voluntad del señor feudal, que quería agasajar al rey, a quien no se debía fastidiar con lágrimas y quejas de cuatro malaventurados villanos. Por último, el tiempo, que para Elvira andaba apenas con pies de plomo, llegó ya de dejar

el banquete y salir a tomar el aire en la galería.

Púsose en pie el rey, y todos sus caballeros imitaron su movimiento, dirigió algunas chanzas a Saldaña sobre su humor melancólico y la vida retirada que hacía, al mismo tiempo que presentó una fineza a la reina y otra al de Lara, que seco y adusto no parecía estar muy contento, tal vez receloso de la influencia del señor de Cuéllar.

Salieron primero las damas, y en seguida iba el rey a salir. Iba a su derecha el señor de Lara y a su izquierda el de Cuéllar. Salcedo y los demás caballeros le seguían a corta distancia. Volvía el rey la cabeza en aquel momento dirigiéndoles la palabra, cuando la fanática Elvira se aparece delante de él como por encanto, tira del puñal que llevaba escondido en el pecho, y antes que pudiese ninguno estorbarlo hiere al rey, que apenas tiene tiempo para poner el brazo.

-Cúmplase la justicia de Dios -exclamó Elvira.

Pero su brazo desfallecido, sin dar impulso al golpe, bajó el puñal sin acierto alguno y con tan poca fuerza, que no hizo sino rasgarle el cutis, hiriéndole levemente en el hombro.

-¡Traición! -gritaron todos, y se arrojaron a sujetarla.

-No es nada -dijo el rey con serenidad, empujando al mismo tiempo con brío a la infeliz fanática, que a gran trecho de él la derribó en el suelo dando un gran golpe.

-¿Qué quiere decir esto, señor de Cuéllar? -dijo el de Lara fijando los ojos con intención en Saldaña-; ¿estamos seguros en vuestro castillo?

-Quiere decir -replicó Saldaña con altivez- que no sé responder a esas preguntas sino con la espada.

-¿A qué viene alborotaros así? Veamos quién es ese miserable -dijo el rey-, y sepamos qué le indujo a cometer tal crimen.

A pesar de esto cien espadas brillaron en un momento; la voz de ¡han muerto al rey, han asesinado al rey!, voló de corredor en corredor y de torre en torre por el castillo, esparciendo la alarma por todas partes.

La reina volvió al punto a informarse toda sobresaltada, sus damas gritaban, los nobles pedían justicia, las danzas, las músicas, todo paró donde cogió a cada cual la noticia. Preguntó doña María a su esposo dónde tenía la herida, y viéndola se tranquilizó y la vendó ella misma. La alarma seguía no obstante, y Saldaña parecía pensativo.

Yacía Elvira en tierra sin movimiento. Cuando la descubrieron y trataron de levantarla estaba muerta.

Fue general el asombro al hallar, bajo ropón negro, una mujer joven aún, delicada, y que sin duda había sido hermosa, en vez de un asesino como habían pensado encontrar. Acercóse Saldaña a mirarla, y estremeciéndose exclamó:

-¡Es mi hermana! ¡También Dios me pedirá cuenta de ella!...

Dicho esto quedó inmóvil como una estatua, mirándola sin ver ni oír nada de cuanto le rodeaba, hasta que de orden del rey retiraron de allí el cadáver, que el tétrico Saldaña acompañó lleno de congoja, pero sin derramar una lágrima.

Las funciones, no obstante, no quiso el rey que se suspendieran.

Capítulo XXXIV

¡Adiós!... exclama la encendida mora
bañando en llanto la cadena dura,
¡adiós!... que siempre el corazón te adora
aunque hiciste nacer mi desventura:
cadalso horrible, hoguera destructora
prepara el fanatismo a mi ternura...
Por ti perdí mi patria y mi inocencia,
¡por ti pierdo la mísera existencia!...
RAFAEL GONZÁLEZ CARVAJAL

Hay un campo fuera de Valladolid que llaman el Campo Grande, que sirve hoy de paseo a las gentes de aquella ciudad, y donde se cuentan hasta catorce edificios... o conventos, puesto que todavía a ciertas gentes les parecen pocos, por aquel dicho sin duda de que nunca lo bueno fue mucho. Pero dejando esto aparte (que a fe mía que el que quiera frailes, en España no ha de llorar por ellos), seguiremos el hilo de nuestro cuento, si es que lo tiene tan enmarañada madeja, y veremos de poner nuevamente en la escena algunas personas que probablemente no habrá olvidado el lector.

Era entonces el Campo Grande una espaciosa llanura, sin los secos árboles ni las enjutas fuentes que adornan hoy día la parte que se llama el Paseo, y la hierba que crecía allí a toda su voluntad no había sido aún arrancada para poner arena y chinias en su lugar. Algunos álamos aquí y allí crecían solitarios, y sólo tal cual huerta murada de algún convento solía alegrar de cuando en cuando la vista. La gente entonces frecuentaba muy poco este sitio, y sólo algún reverendo padre se veía tal vez pasear al caer la tarde con mucho sosiego delante de la puerta de su convento, tal vez algún viejo abandonado del mundo, o al robusto lego franciscano que volvía de los lugares de la comarca con las alforjas llenas al hombro y un palo en la mano para ayudar el camino, después de bien regalado y agasajado por las hermanas y hermanos de la cofradía. Para los días de fiesta había otro paseo, adonde acudían los caballeros del pueblo, los mancebos, las mozas y los estudiantes, que ya entonces estaba establecida la Universidad. El que desee saber algo de este paseo puede leer a Quevedo, y verá lo que de él dice algunos siglos después; y nosotros sólo diremos que era el famoso Espolón, citando al mismo tiempo cuatro versos del mencionado poeta:

Claro está que el Espolón
es una salida necia
calva de yerbas y flores
y lampiña de arboleda.

Pero el Campo Grande no estaba siempre desierto, y algunas veces millares de hombres y mujeres de todas clases lo poblaban cuando se celebraban allí torneos y toros, o servía de espectáculo algún criminal

famoso, bruja o mago, cuya sentencia se ejecutaba en aquel sitio generalmente; entonces se despoblaban los lugares circunvecinos, se levantaban tablados o cadalsos para los jueces y las personas de alta jerarquía, se circunvalaba el paraje donde se había de representar la tragedia, la gente se atropellaban unos a otros, los tejados de los conventos, torres, los árboles se veían coronados de hombres y muchachos que trepaban hasta la veleta del campanario más alto, armábanse pendencias por tomar puesto, mofábanse de los que estaban mal los que habían logrado colocarse bien, voceaban todos, reían, juraban, pensaban muchos que se divertían, y el Campo Grande era un hervidero de cabezas amontonadas y empinadas unas sobre otras para ver acaso perder la suya a algún infeliz condenado a muerte.

El día en que sucedió lo que vamos a referir era justamente uno de aquellos que por famosos se cuentan en las crónicas de aquel país. No que fuera un espectáculo nuevo la quema de una bruja (que al cabo no era otra cosa la diversión con que esperaban pasar su tiempo los dignos habitantes de Valladolid) sino que la fama de la hermosura de la desgraciada, sus estupendos y maravillosos crímenes, que corrían de boca en boca, pasmando a los que los oían referir, y de que se hacían nuevas ediciones aumentadas y corregidas a cada instante, y sobre todo la grandeza y poder del señor al que con sus artes había hechizado, añadían tanta importancia a un suceso que ya en sí mismo ofrecía cierto encanto, que hasta los viejos más admiradores del tiempo antiguo confesaban que sólo uno u otro caso semejante habían presenciado en su juventud.

Un espacioso cuadro a manera de palenque cogía una parte del Campo; levantábanse a sus extremos, fronteros uno de otro, dos cadalsos cubiertos de bayeta negra, con asientos asimismo enlutados, para los jueces; ardía en el otro frente del cuadro un grande hornillo de herrería, cuyo fuego atizaban dos negros cíclopes con un enorme fuelle que hacía llover chispas a todas partes y levantaba una espesa columna de humo que se disipaba a grande altura en el aire.

El día estaba nublado, y la llama resplandecía bastante, a pesar de la claridad natural; otros tiznados compañeros machacaban largos hierros hechos ascua, que metían a cada instante en la fragua, y que cortaban y arreglaban en pequeñas barras anchas de un palmo y largas de dos pies. El eco repetía el golpe de sus martillos, que entre el ruido y las voces de la multitud resonaba de cuando en cuando, y sus negras caras y ocupación infernal no les habría hecho desmerecer el título de demonios.

En el otro frente estaban en pie dos hombres de caras triangulares y ojos hundidos con un bonete rojo y una sobrevesta de mil colores, sobremanera charros y mal tejidos, que los hacían parecer tan ridículos como feos. Detrás de ellos veíase un gran montón de leña seca, colocada con mucho cuidado, embreada para que no tardase en arder, junto al cual sentado tranquilamente aparecía un hombre de frente de buitre y cerviguillo de toro, grueso y pequeño de cuerpo, vestido de rojo y amarillo, con un hacha entre las piernas, y que sin duda era el jefe o padre de los otros dos cocodrilos que hemos procurado pintar.

Entre la hoguera y uno de los cadalsos brillaba sobre un altar cubierto también de paño negro un gran crucifijo de plata, y algunos milagros de cera se veían colgados en los paños que servían al altar de

dosel. Algunos alabarderos procuraban contener el pueblo que, agrupados y hacinados unos sobre otros, traspasaba a veces la línea donde debiera pararse, mientras los impertérritos centinelas, saludando con el mango de sus alabardas a los más atrevidos, los hacían bajar la cabeza más de lo que ellos quisieran.

Resultaban de aquí disputas, echándose unos a otros la culpa del golpe que habían llevado sin merecerlo; reñían, y en medio de la quimera solía venir tal cual teja volando por el aire, que desde el tejado del convento más próximo tiraba algún mal intencionado muchacho que despartía a los combatientes, haciéndoles dirigir hacia otra parte su ira, causando nuevos agravios y dando que reír a los malignos mozuelos que haciendo diabluras por allí andaban. Discutían en otro corrillo si quemarían viva a la bruja o el verdugo le cortarían la cabeza primero; hablaban los estudiantes a voces desde dondequiera que estaban, aturdiendo a todo el mundo con sus desentonados gritos que retumbaban sobre el bullicio de la multitud, mezclando latinajos en su atronadora conversación y mofándose de cuantos hombres formales y mujeres de cierta edad acertaban a pasar delante de sus ojos por su desgracia. Oíase la voz melancólica de los asquerosos pobres que pedían limosna con su acostumbrada pesadez, enojando y fastidiando a los que en aquel aprieto mal de su agrado no podían alejarse de ellos. Lloraban los chiquillos, que, medio ahogados, no podían salir de la apretura en que su curiosidad les había metido; pellizcaban otros en las piernas a los que los sofocaban, haciéndoles chillar y saltar bruscamente a cada picotazo que inesperadamente sentían; en fin, todo era ruido, disputas, voces, quimeras y juramentos, y sin poder siquiera rebullirse ni menearse, era cosa de ver aquel sinnúmero de cabezas en movimiento, que, como nos pintan las ánimas del purgatorio, juntas y embutidas unas en otras ni aun podían volver a mirar atrás.

-Hola, señor Soguilla, parece que todavía le queda a vuesa merced la afición -dijo a un hombre gordo y que sudaba a chorros, medio ahogado en aquel conflicto, otro bizco, pequeño de cuerpo, de quien el lector no es difícil que se acuerde si no ha olvidado aún las figuras de los satélites del Velludo.

-Amigo -respondió el verdugo cesante-, cada cosa a su tiempo y los nabos en adviento, a mí me toca ahora ver como otras veces me tocó lucirme; pero allí está mi sobrino, que parece un rey. Ved con qué serenidad está; vamos, da gusto; bien puedo decir que es sobrino mío sin avergonzarme.

-Así es efectivamente -respondió el bizco-; pero voto a tal que no quisiera yo que él se luciese conmigo.

-Pues yo os juro -repuso el saludador con su voz bronca- que no sois hombre de gusto. Pero hablando de otra cosa, ¿cómo habéis dejado a mi compadre el Velludo, o traéis quizá algún encargo?

-Nada de eso, señor Soguilla; he dejado al Velludo por cosas muy largas de contar, y he venido acompañando al señor Zacarías, que también ha de representar aquí su papel.

-Ya entiendo, sí -repuso Soguilla-; es aquel buen hombre flaco que sabe latín y tiene un pescuezo tan largo y delgado que más de una vez me han dado ganas de ahorcarle; porque a hablar verdad, está diciendo comedme.

-Pues el mismo, y si pudiéramos salir de aquí nos iríamos hacia el tribunal, donde veríais que se las tiene tiesas con el obispo.

-Voto a tal, que daría el mejor mulo de cuantos me quedan que curar en mi vida o la cuerda mejor ensebada de que haya hecho uso el mejor de cuantos ajustan gznates con tal de verle disputárselas con el obispo; porque, aunque no lo entiendo, me gusta mucho oír hablar en latín.

-Pues ánimo y veamos si podemos salir de estas apreturas, porque todavía es temprano y hasta las dos lo menos no quemarán la bruja.

Ardua empresa era la que proponía el bizco, y mucho más a un hombre tan gordo y pesado como Soguilla, que empujado, apretado y sofocado con tanta gente apenas podía respirar. Empezaron, no obstante, a forcejear, codeando a los de al lado y empujando a los de atrás por ver si podían romper brecha y salir de allí, el bizco, más ligero, deslizándose de medio lado, y el honrado Soguilla a pique de sofocarse.

-¡Hola, eh! -decía un estudiante-. ¿A dónde va ese tonel?

-Es el antiguo verdugo de la ciudad -gritó otro.

-Allá vas, catedrático de la soga, aligerador de pescuezos.

-Es el saludador que cura mulos rabiosos. Medicus asinorum.

-¡Plaza, plaza! -gritaba otro-, que ese hombre está ético, y nos puede pegar el mal.

Nosotros les dejaremos salir como puedan de aquel apuro en que por su culpa se hallaban, que al fin saldrán si pueden; y peor para el desdichado verdugo, que sin considerar sus dimensiones se había metido en donde no había lugar para él a pique de que le diera una aplopejía, y trasladaremos a otra parte al lector, adonde, aunque había pocas menos personas, reinaba un profundo silencio.

En un gran salón del edificio en que celebraba sus sesiones el tribunal eclesiástico, dividido en dos partes por una baranda de hierro de tres pies de altura, que se abría en su mitad, veíase de un lado al pueblo agrupado y atento, puestos muchos de puntillas y con los ojos fijos al frente, y encargándose mutuamente el silencio con repetidos siseos. Dos alabarderos, con las armas del obispo grabadas en sus alabardas, parecían dos estatuas clavadas a la parte de allá de la baranda con las espaldas vueltas al pueblo. Todas las ventanas estaban cerradas, y sólo por las claraboyas que junto al techo estaban abiertas penetraba escasamente la luz del día. Ardían, en cambio, en grandes candelabros de ébano infinidad de velas de cera amarilla, cuyo pálido reflejo daba un tinte sombrío y melancólico a todo el cuadro. Brillaba en el fondo una gran cruz de plata colocada sobre una especie de túmulo o catafalco vestido de paños negros con calaveras y huesos pintados; desde la baranda de hierro hasta el extremo donde el catafalco se levantaba corrían largas filas de bancos enlutados con ricos paños bordados de oro, y las armas también del obispo, y en ellos estaban sentados gran número de hábitos negros con impasibles semblantes y devotas fisonomías. Un magnífico sillón bordado todo de oro y colocado en cierto lugar preferente servía para el obispo, que con su capa pluvial y demás distintivos de su alto cargo presidía el tribunal. Otros dos alabarderos estaban colocados uno frente de otro a la mitad de la sala, además de otros cuatro que guardaban el catafalco. Un grupo de partezanas y alabardas rodeaba al reo, que por una puerta abierta a la derecha del catafalco, junto al sillón del obispo, acababa de entrar en el

tribunal.

Era una mujer vestida a la usanza arabesca, pero sin toca ni velo en la cabeza y con el cabello tendido, que le enlutaba toda la espalda, según era negro y espeso. Traía la cabeza baja y sus ojos sin brillo clavados tristemente en el suelo, las manos atadas y puestas en cruz sobre el pecho y los pies desnudos, por lo que al andar parecía que se lastimaba.

-Esa es la bruja, la mora -corrió la voz entre los asistentes; pero bien pronto sucedió el silencio a una orden de los ministriles de su ilustrísima.

Acercáronse al catafalco, y en habiéndola mandado que se prosternara, lo que hizo sin decir palabra, el obispo se levantó y entonó con grave y serena voz el De profundis, cuyo tenor siguieron cuantos allí había. Concluido el salmo, púsose el obispo la estola, hizo agua bendita, que esparció aquí y allí diciendo:

-Te invocamus, te adoramus -y en confuso y sordo murmullo respondieron todos del mismo modo. Entonces se levantaron todos y empezaron a cantar trozos de salmos tristes y melancólicos.

Domine nec in furore tuo arguas me, neque in ira tua corripias me.

Dirigió el obispo en seguida muchas maldiciones a Satanás, mandándole que se ahuyentara de aquellos sitios, y amenazándole si no lo hacía con redoblar sus conjuros.

Y en señal de maldición se apagaron las luces, sonó la campana de execración en la catedral, hirió el obispo con el pie el pavimento, mandando al diablo por segunda vez que dejara libre a su víctima para que pudiera responder verdad, excomulgándole y maldiciéndole por si acaso permanecía en aquella estancia con intento de ofuscar el entendimiento de los jueces y hacerles faltar a su deber, y luego a una voz cantaron todos en las tinieblas:

-Discedite omnes qui operamini iniquitatem.

Este cántico, entonado majestuosamente en medio de la oscuridad y en aquella bóveda que retumbaba la voz, era el canto de muerte para la infeliz Zoraida, que apenas comprendía lo que todo aquello quería decir.

El pueblo escuchaba con devoción y recogimiento.

Volvieron a encender las luces, el obispo se sentó en su silla y los demás en los bancos, y el secretario, que tenía la mesa junto al sitio que ocupaba el obispo, tomó unos pergaminos, y poniéndose en pie empezó a leer en latín el proceso de la acusación.

Consistía éste, como todos los de su jaez, en un enjambre de desatinos, testimonios falsos y acusaciones ridículas, que si bien en el día pudieran tal vez hacernos reír al leerlas, servían en aquellos tiempos, y aun sirvieron muchos siglos después, para llevar al patíbulo infinidad de inocentes. Persuadido estaba el secretario que no era cosa de broma lo que rezaba el proceso, por lo que aprovechándose de los diferentes tonos a que sabía acomodar la voz, empezando a leer en bajo y concluyendo cada período en tiple, procuraba asimismo sacar partido de su ridícula figurilla, alzándose sobre las puntas de los pies por ser pequeño de cuerpo y gesticulando con su cara de chorlito a cada palabra sobre la cual quería llamar la atención. Oíanle los jueces sin pestañear, y lo más gracioso es que el pueblo, sin entenderle, le oía tan atentamente como si cada uno de los que allí estaban fuese un dómine examinado.

Leída que fue la declaración del acusador, entró en la sala un joven lindo de cara con la visera alta y armado lujosamente de punta en blanco, y acercándose a la mesa del secretario con desenfado volvió la cabeza a un lado y a otro, clavó un momento los ojos en Zoraida, que no alzaba los suyos del suelo, y en habiéndola mirado se encogió de hombros, y aun muchos creyeron haber reparado en sus labios una sonrisa de Lucifer.

-El tribunal -dijo el secretario- os pide a vos Jimeno Díaz, paje de lanza del castellano y señor de Cuéllar, que os ratifiquéis y afirméis en la acusación hecha por vos contra Zoraida, de nación árabe, su religión mahometana, acusada de haber hecho pacto con el demonio para hechizar a vuestro amo el señor de Cuéllar, como también de asistir los sábados a las orgías de Satanás, bautizar sapos y preparar bebidas que vuelven loco al que las bebe o le mudan la voluntad. ¿Juráis sobre los santos Evangelios y os ratificáis en haber dicho verdad?

Jimeno respondió sin titubear.

-Sí, juro.

El obispo mandó acercar a Zoraida, y el secretario le preguntó:

-¿Tenéis algo que responder a vuestro acusador?

Zoraida no respondió palabra.

-Habéis oído vuestra acusación y visto lo que resulta del proceso -continuó el secretario, sin preguntarle primero si entendía el latín-, y si tenéis algo que exponer en vuestro favor, el tribunal está pronto a oíros.

-Mujer -dijo el obispo con muchas severidad-, veo que el espíritu maligno te ha privado del uso de la palabra y te fuerza a no responder. Pero debe entender el demonio que te posee que nos valdremos del fuego y del agua para obligarle a obedecernos si persiste como hasta ahora en callar. Entretanto puede procederse a las declaraciones de los demás testigos.

El segundo que se presentó era el benéfico Zacarías con su cabeza todavía vendada, su traza humilde y devota y su tono de voz melifluido y afeminado. Luego que hubo jurado y besado devotamente la cruz del rosario que traía en la mano, empezó su declaración diciendo cómo la había visto volar una noche montada en una serpiente de fuego, y que detrás y delante de ella llevaba una columna de humo pestífero que dejó al testigo caer sin sentido en tierra encomendándose a Dios. Recordó también la aparición de Elvira en la cueva de los bandidos, achacándosela ahora a Zoraida con toda seguridad, y concluyó diciendo:

-Vuestras señorías ilustrísimas deben saber, como dice el texto, que hay cosas quod homo non inteliget; y yo, señores, juro delante de Dios con la humildad y la llaneza de un siervo infeliz que ha de dar pronto cuenta a Dios de su alma, que esta mujer que aquí está la he visto yo brincar desde el castillo de Cuéllar hasta la torre de Iscar, cosa pasmosa, porque hay más de tres leguas de distancia, y sólo una bruja pudiera hacerlo, mulier cum maleficiis saltarat longa vía est, y ahí va ese trozo de latín mío, que, gracias a Dios, hay aquí quien lo entiende.

A risa hubiera movido sin duda el disparatado latinajo de Zacarías si la causa que ocupaba a los jueces y el interesante testimonio que acababan de oír de boca de aquel hombre devoto no hubiesen llamado la atención general, escandalizando y asombrando de tal manera, que hasta el más

incrédulo no estaba de humor de reír.

Otros varios testigos dijeron poco más o menos lo mismo, con añadidura, si acaso, de algún cuento que habían oído o imaginaron del caso, y como soldados que eran los más de la guarnición del castillo, refirieron cómo el señor de Cuéllar se estremecía todo y perdía el sentido a veces cuando veía delante de sí aquella mujer, que le había hecho asesinar a su sacerdote por su propia mano (por lo que tuvo que acudir al Papa que le perdonara) y cometer otra porción de crímenes por medio de hechizos y bebidas que le había dado. Recordaron asimismo la noche aquella en que la infeliz Zoraida, agitada de los celos en el delirio de una fiebre ardiente, recorrió de torre en torre el alcázar con asombro de los centinelas, y luego salió al campo y halló una vieja que también con endiablada risa y voz cascada se presentó ahora en el tribunal a atestiguar contra ella.

-Pardiez, la tía Gila -dijo uno de los del auditorio-. Mal se quieren las brujas cuando ellas mismas se delatan unas a otras.

-Silencio -gritó uno de los alguaciles del tribunal, volviendo su mal gesto hacia el pueblo.

Hasta entonces la desventurada Zoraida no había levantado los ojos del suelo ni había contradicho nada de lo que contra ella habían expuesto los testigos, ni visto ni oído al parecer nada de lo que le rodeaba; su profundo dolor, el recuerdo de los días del placer y la infame crueldad del hombre que la sacrificaba a otra mujer, pagando sus cariños con la muerte, la lúgubre estancia donde se hallaba, y adonde la habían traído sacándola de un calabozo infecto donde había pasado noches y noches sin saber nunca cuándo amanecía, las caras extrañas e insensiblemente apáticas de sus jueces, todo había llegado a abatir de tal manera su ánimo, que poseída de un pensamiento único no había oído siquiera ni aun reparado en sus acusadores. Al oír la voz de la vieja levantó la cabeza, se estremeció de repente, y volviendo a un lado y otro sus ojos atónitos, los clavó al fin en aquella momia reseca y diminuta, en cuyo rostro sólo se veían dos ojos que brillaban con la intención de una víbora.

-¡Qué horror! -exclamó la mora-. ¡Al fin se ha cumplido su maldición!

Fue tan agudo y llevaba una expresión tal de dolor el grito histérico que arrojó Zoraida, que hasta los más indiferentes y apáticos volvieron la cabeza a mirarla asombrados, y algunos jueces, que se habían dormido durante el curso del proceso, se despertaron creyendo que era la campanilla del presidente que ya los llamaba para votar la muerte de la prisionera.

-El testimonio de esta buena mujer -dijo el obispo, señalando a la vieja- es tan veraz y poderoso, que el diablo no ha podido menos de dejar hablar a su víctima, obligándola a que confiese cómo y cuándo se ha cumplido la maldición que sin duda arrojó sobre ella algún santo varón a quien trató de dañar con sus maleficios.

-Si su ilustrísima lo permite -dijo el fiscal eclesiástico-, requiero que se presente, como es uso, el hechizado en el tribunal para que dé más fuerza a la acusación.

-El hechizado es el señor de Cuéllar, y se halla en este momento al lado de su alteza -replicó Jimeno- mucho mejor y más aliviado desde el día en que se empezó a formar este proceso. Yo le represento ante el tribunal,

y por encargo suyo y obligación que mi conciencia me ha impuesto he acusado a esta mujer de bruja y hechicera infame, con pacto con el diablo, que la protege, como también de haber hechizado y tratar de asesinar a mi muy ilustre señor el castellano de Cuéllar, y me ratifico en mi acusación.

-¡Es un infame, es un infame! -exclamó Zoraida-. ¡Miente, miente! Y no hay Dios cuando no le traga la tierra.

Jimeno la miró con terror y bajó en seguida los ojos.

-¡Blasfemia! ¡Blasfemia! -gritaron todos los jueces.

El que parecía más dulce dijo:

-Que se le atraviere la lengua con un hierro ardiendo por mano del verdugo.

Pero una voz sonó en este momento entre los espectadores, tan dolorosa y terrible que habría hecho estremecer una piedra.

-¡Es mi hija! ¡Es mi hija! ¡Y me la van a matar!

-¡Hola! -gritó el obispo-. ¡Alguaciles! ¡Que echen de ahí ese impertinente!

Pero aún no había acabado de decirlo cuando, sin respeto a los centinelas y atropellando por medio, de todo como un rayo, se arrojó en medio de la sala un hombre al parecer frenético, y antes que ninguno se opusiese a su intento, abrazó estrechamente a Zoraida, que no menos atónita que cuantos estaban presentes, ni aun tuvo fuerza para separarlo de sí.

-¡Hija mía! ¡Hija mía! Yo soy tu padre. ¿No me conoces? -decía llorando-. ¡Cuántas veces te he tenido sobre mis rodillas y me encantabas con tu sonrisa! ¿No te dice tu corazón que te abraza tu padre? Mírame, hija mía... ya estamos juntos... ya no nos separaremos más, nunca más. Volvédmela, es mi hija -proseguía, volviéndose a los jueces-, es el apoyo de mis canas, es inocente; vosotros la perdonaréis. ¡Hija mía! ¡Hija mía!

Y al mismo tiempo la cubría de lágrimas y de besos, y corría de una parte a otra enajenado, implorando a los jueces, abrazándoles las rodillas y volviendo siempre a su hija con muestras de amor, de alegría, de pena y desesperación.

Lloraban los espectadores; algunos alabarderos que se acercaron a separarle de Zoraida apenas podían contener sus lágrimas, ni cumplían tampoco con su deber; hasta Jimeno mismo, a despecho de su mal alma y refinada maldad, sintió oprimírsele el corazón, y aun se arrepintió de lo que había hecho; sólo aquellos eclesiásticos, viejos ya, y en cuyas almas de hielo jamás había penetrado la ternura del amor paterno, cuyo deber había sido sofocar las pasiones de la juventud, y que nada veían ya en su vejez sino a sí mismos, se mantenían impassibles y pretendían arrojar de allí aquel hombre enojoso, que había faltado al miramiento debido a tan respetable tribunal con la osadía, nunca vista, de haber atropellado el foro.

-Prended a ese hombre y que vaya fuera de aquí -gritaba el obispo.

-¡Fuera! -repetían los demás jueces.

Y entre tanto el judío Abraham, que él era el padre de la desdichada Zoraida, temía, rogaba, maldecía, se ponía de rodillas, abrazaba a su hija, se arrancaba mechones de pelo, resistía a sus verdugos, besaba sus plantas y exclamaba a cada momento:

-¡Hija de mi dolor! ¡Hija mía! ¡Hija de mis entrañas!

No volvía en sí Zoraida de su sorpresa; pero aunque no hacía sino mirarle, se dejaba acariciar de él, y aun sentía en medio de tantas penas cierta dulzura en su alma, bien así como si ya hubiese pasado a otro mundo de más paz, donde había encontrado todavía otro ser tan infeliz como ella que la amaba y la acariciaba.

Pero los alabarderos empezaban ya a cansarse de aquella escena viendo al obispo y los demás jueces encolerizados, y el pueblo, aunque en un principio había tomado cierto interés, deseaba que prosiguiese ya la tragedia.

El horror que el leal pueblo de Valladolid tenía a la magia y a los que por influjo del diablo la ejercían, venció por último la sensación que el encuentro de un padre con su hija en situación tan triste había producido al principio. Con todo, y para decir verdad, muchos hubo que, sin poder resistir más, se salieron del tribunal llenos de lástima y pesadumbre.

-¡Ea! Cumplid las órdenes del tribunal -dijo el obispo, levantándose.

-¡Oh! No, no. Yo soy su padre -exclamó el judío-, y no me la arrancarán otra vez. ¿Veis cómo llora? ¡Hija mía! Yo creí que había muerto, y me la encuentro aquí ahora. Había perdido ya toda esperanza de volverla a ver. ¿Me la volvéis para quitármela para siempre? Ella era una niña; oíd su historia. Yo era alcaide del castillo de Zahara (6); una noche, después de dos meses de sitio, asaltaron los cristianos la fortaleza y la entraron a hierro y fuego. ¡Ah! Entonces la cautivaron; era una niña hermosa como un ángel, un retrato de la mujer que más he amado en mi vida, de mi esposa Sara. No os enojéis; seré breve. Ahora me la daréis, es verdad. ¡Hija mía!, tú serás el consuelo de mi vejez, yo te mimaré, te acariciaré, te adoraré noche y día.

-¡Oh! Sí, sí, vos sois sin duda mi padre -exclamó Zoraida, devolviéndole sus abrazos-, puesto que vos sois en el mundo la única persona que me favorece. Sí, vos sois mi padre; es el único amor que siento que penetra en mi alma sin celos ni remordimientos. Yo soy inocente, soy una infeliz sin otro crimen que haber idolatrado a un hombre sin merecerlo; pero no sé por qué todos son enemigos míos; vos sois mi único amigo, mi consuelo; vos no me engaños, me amáis de veras. ¡Padre mío!, mi corazón me dice que sois mi padre.

-¡Oh! Yo enloquezco al oírte decir ese nombre; bendita, bendita sea tu boca que lo pronuncia.

-Basta ya -gritó uno de los alabarderos, que sin duda era el jefe de los demás-; es preciso echar este loco de aquí.

-¡Loco! -exclamó el judío-. Loco, sí, de placer de haber encontrado a mi hija. Pero no, no me separéis de ella, haced que muramos juntos. Si sois padres... ¿No habéis tenido hijos nunca? ¡Ah! Yo soy un anciano, mis desgracias me habían hecho aborrecer a los hombres y me había vuelto misántropo; volvedme a mi hija y yo os amaré a todos por amor de ella.

Diciendo así se arrojó en el suelo, besaba los pies de los guardas, se defendía y resistía con toda su fuerza.

-¡Bárbaros! -exclamó por último, apresado ya por cuatro de ellos, que habían logrado sujetarle-. Vosotros no sois jueces, sino tigres sedientos de la sangre de mi hija. ¡Maldición! ¡Hija mía! ¡Hija mía! Apela al juicio de Dios.

-¡Oh! No hay duda -dijo Zoraida, mirándole fijamente a tiempo que se lo llevaban de allí medio muerto-, es mi padre, y es tan infeliz como yo.

Y en seguida inclinó la barba sobre el pecho, acongojada, sin poder llorar, gimiendo y sollozando con tan angustiada agonía que no parecía sino que se le arrancaba el alma.

Luego que sacaron del tribunal al desdichado judío, uno de los jueces tomó la palabra y dijo:

-Ya que no nos volverá a interrumpir ese hombre furioso, pido al tribunal que continúe juzgando.

El procurador de la acusada se levantó y propuso que, puesto que su cliente ni se defendía ni confesaba el delito, él pedía en su nombre a su ilustrísima refiriese su juicio al de Dios, haciendo con ella las pruebas que en tal caso requería la ley.

El obispo y todos los jueces aprobaron su proposición, y el tribunal levantó la sesión en el mismo punto, dándole dos horas de término a la acusada para que buscase caballero que la defendiese, pues de lo contrario sufriría otra prueba, pasando con los pies desnudos por once barras de hierro ardiendo.

Decretado que fue esto, el tribunal preguntó de nuevo a Jimeno si se ratificaba en su acusación y estaba dispuesto a combatir en buena ley, y sin valerse de hechizo ni superchería alguna, con cualquier caballero que tomase la demanda por aquella mujer, y Jimeno juró de nuevo y se afirmó tanto en lo que había dicho como en lo que ahora se le preguntaba.

Entonces se levantaron todos, se oyó ruido de pies en la antesala del pueblo, que se ponía en movimiento para marcharse, y los jueces, precedidos del obispo, se retiraron.

Al salir Zoraida en medio de los alabarderos, el paje se acercó a ella.

-¿Quieres ser mía? Todavía estás a tiempo.

-Huye, demonio de mi desdicha -respondió la mora, mirándole con ojos hechos ascuas de ira-; la muerte, el infierno, todo me es más agradable que tú.

-Tanto peor para ti -repuso el paje, volviendo la espalda-. No porque tú me desdeñes he de creerme más feo, y este desaire me lo vas a pagar bien caro.

Echó a andar entonces haciendo ruido con las espuelas, y en saliendo a la calle empezó a mirar a las celosías por si veía alguna dama a quien hacer señas.

Capítulo XXXV

Adiós por siempre, ¡oh sol!, naturaleza
del mundo entero, adiós. ¡Ah! No más sufra
yo el triste peso de la amarga vida,
para mí de pesares tan fecunda.
¡Oh, muerte! escucha mi postrer plegaria:
ven, oh sueño eternal, ven en mi ayuda.

Cuando el judío se arrojó en medio del tribunal a abrazar a su hija, acababa de entrar hacía poco en la sala, y habiendo preguntado a uno de los espectadores, hombre ya viejo y que parecía por sus modales haber sido en otro tiempo soldado, qué hacía allí aquella gente reunida, éste, después de satisfacer su curiosidad, le refirió, además, cómo él conocía a la acusada hacía ya algunos años. Esta conversación ofrecía tanto interés para el viejo hebreo, que no pudo menos de preguntarle dónde y cuándo la había conocido; a lo que respondió el soldado, que justamente lo era de la guarnición de Cuéllar, contándole toda la historia de la mora desde el momento de su cautiverio hasta el día.

Crecía el ansia y la inquietud de Abraham a cada palabra de aquel hombre, como si en ellas se encerrase algún encanto particular, hasta que llegando a dar señales del sitio donde la habían cautivado y de las ricas alhajas que traía consigo, con todas las demás circunstancias del asalto en que se había hallado él mismo, reconoció el judío a su hija, y a pesar del peligro a que se exponía si llegaban a conocerle como uno de los principales enemigos del rey, sin acordarse de nada en aquel momento, y perdiendo de repente su estoica serenidad, atropelló por todo, y se lanzó al cuello de la hija que creía perdida, con la violencia de una leona que ve a su leoncillo en manos del cazador.

Tal fue la causa que alborotó a todos los espectadores y motivó la sorpresa que acaso este suceso habrá producido al lector. Sólo el nombre de la acusada no convenía con las otras señas que el soldado dio al judío, llamándose ella Zoraida y siendo Esther el nombre de su hija. Pero, además de que esta circunstancia nada quitaba a la verdad de su relación, era muy fácil le hubiesen trocado el nombre poniéndole otro más acomodado a la pronunciación castellana, lo que el judío supuso también al momento, puesto que de lo demás de creerla árabe era muy natural habiéndola cautivado en un fuerte perteneciente a aquella nación. Y esta es la solución que da la crónica de que extractamos nuestra historia a las dudas que puedan ocurrir acerca de este maravilloso acontecimiento, no saliendo nosotros responsables de las que acaso ponga, además, algún lector quisquilloso.

Cuenta, pues, la historia que así como el judío salió de la sala entre los cuatro alabarderos que le sujetaron, que tal la rabia y el dolor que sintió, que llegó a perder el conocimiento, y le dejaron como muerto en uno de los oscuros corredores del edificio, habiendo dado orden, además, a los guardas de que de ningún modo le dejasen entrar si volvía de su parasismo.

Algunos del pueblo se acercaron a él, y en particular su joven criado el tímido Benjamín, que, a pesar del mucho cariño que tenía a su amo, no se había atrevido a manifestarlo delante de los alabarderos, contentándose con llorar a sus solas la suerte de la compañera de su niñez y el peligro a que se exponía su señor. Pero al momento que le vio libre de sus opresores llamó a dos hombres, quienes piadosamente, mediante cierta

cantidad que les ofreció, le ayudaron a transportar su cuerpo a otra parte. Cuando el judío volvió en sí, lo primero que preguntó fue por su hija; pero lejos de arrebatarse y dejarse llevar del sentimiento que desgarraba su corazón, pareció mucho más tranquilo y que había recobrado su sangre fría acostumbrada.

-Es menester -se dijo a sí mismo- salvarla, y esto no se logra con desesperarse. Lo primero que hay que hacer es penetrar en su cárcel. Le han dado dos horas y es preciso que yo la vea en este tiempo.

Y luego se levantó del lecho, no obstante las reflexiones de Benjamín, que hizo cuantos esfuerzos pudo para oponerse a la determinación de su amo, creyendo que se había vuelto loco, porque el judío echaba sus cálculos entre sí, y sólo tal cual vez dejaba entender alguna palabra suelta.

Entre tanto, el gentío congregado en Campo Grande desde el amanecer estaba ya sobremanera impaciente y desesperado con la tardanza de la función que aguardaba. No parecía sino que se les debía de justicia la muerte o la vida de aquella infeliz, que a todo estaban convenidos con tal de pasar el rato, ya viéndola ir al suplicio o salir salva de la prueba que debía sufrir. Pero el tiempo volaba, las horas corrían y no llegaba, no obstante, la que el pueblo esperaba con tanta ansia. Decían unos:

-Sin duda la bruja halló una escoba y se escapó por el agujero de la chimenea.

Gritaban otros:

-Es una infamia tenernos así todo el día esperando ahí una hechicerilla, que, al fin y al cabo, no es ninguna Medea -y el buen estudiante citaba el precepto clásico, nec coram populo Medea truciaet.

-La culpa de eso -decía otro- la tiene el rector de la Universidad, que entretiene al tribunal más de lo que debiera con sus discursos.

-Como que es el secretario del obispo.

-Muera el rector.

-Y los jueces.

-A sacar la bruja y nosotros la quemaremos -gritaba otro.

Y el tumulto crecía, y los arqueros que estaban de centinela no las tuvieron todas consigo. Pero el pueblo de Valladolid, así como todo el de España, sensato, pacífico y sufridor por naturaleza, no es de aquellos que se alborotan porque les hagan esperar mucho tiempo; así que, excepto algunos estudiantes de los más perdidos, nadie tomó parte en el alboroto, causando miedo un unos, risa en otros y apatía en todos la intrepidez de aquellos extravagantes mozuelos.

En esto el reloj de sol del convento de los Agustinos señaló las tres, y al mismo tiempo se oyeron gritos de alegría, tal como cuando sale el toro en la plaza los suele dar el pueblo, si hace mucho que espera la llegada del que ha de presidir la función.

-¡Ahí viene! ¡Ahí viene! -gritaban de todas partes los que ocupaban las alturas, mientras los que estaban debajo empinaban los gaznates por si lograban ver algo.

Pero no tardó mucho en aparecer la fúnebre comitiva con dos pregoneros delante, que a grito herido iban declarando los supuestos crímenes de Zoraida y la determinación del tribunal. Venía en seguida gran número de arqueros a caballo escoltando a la prisionera, que a pie y en

medio de ellos con los pies descalzos venía marchando con paso bastante seguro. Llevaba la espalda inclinada hacia delante y la cabeza baja, y tal vez su boca convulsa se contraía esforzándose para no llorar.

Así encorvada en su angustia parecía una palma tronchada por el huracán. Seguían tras de ella otros tantos alabarderos, menos por guardarla que por honra del obispo, que también con los otros jueces, cada uno en su litera, venía, como era de su deber, a presenciar el juicio de Dios. Al llegar a una de las entradas del palenque la comitiva hizo alto, sonaron las trompetas, formó la tropa y el obispo bendijo al pueblo desde la ventanilla de su litera. Apeóse en seguida, y lo mismo hicieron los otros jueces que le acompañaban, y en habiendo tomado asiento en el tablado, mandó el obispo trajesen allí a la acusada, y dijo:

-Tú eres una extranjera y no tienes aquí nadie que te proteja, pero has apelado al juicio de Dios, y él te salvará si no eres culpable. Su voluntad va a manifestarse, y el hombre no podrá hacer otra cosa que someterse a sus inerrables juicios. ¿Has encontrado caballero en el tiempo que el tribunal te ha concedido para buscarlo?

-¿Cómo quieres que una extranjera -respondió Zoraida-, como tú mismo has dicho que soy, pueda encontrar en tan poco tiempo ninguno que se exponga a defenderla, no sólo contra el acero de mi enemigo, sino contra la preocupación de los que, sin saber por qué, me aborrecen?

-Y vos -dijo el obispo, dirigiéndose a Jimeno, que, como acusador, estaba colocado enfrente de la acusada-, ya que no se presenta campeón ninguno que defienda la inocencia de esta mujer, ¿qué prueba queréis que dé de que es inocente?

Miróla Jimeno de hito en hito, cambiando tal vez de color, y pensando al mismo tiempo entre sí que eran aquellos pies demasiado lindos y delicados para no hollar siempre flores en vez de hierros ardiendo. Y no había formado la naturaleza aquella mano de nieve y rosas para oprimirla y reducirla a cenizas dentro de un guantelete de fuego.

-(Pero no importa -se dijo-, me ha despreciado, y debe morir). La prueba de las barras -continuó en alta voz, dirigiéndose al tribunal.

-Mujer -dijo el obispo-, la ira de Dios va a caer sobre ti si eres culpable, y allí, además -añadió, señalando a la hoguera-, encontrarás la pena de tus crímenes en la tierra. Cúmplase la voluntad de Dios.

Volvió Zoraida la vista al hornillo, que resonaba con el continuo y monótono son de los martillos que a compás caían sobre el yunque, y cada golpe le pareció sentirlo en el corazón. Y cuando la apartó de allí horrorizada y vio la leña que había de consumir su cuerpo, cerró los ojos y sintió, como si se le despegara la carne de los huesos, un dolor tan intenso que estuvo próxima a desmayarse. Pero su valor la sostuvo, y cuando abrió segunda vez los ojos miró al hornillo y la hoguera con serenidad.

Los dos maestros de campo, que asistían a la prueba por si acaso la acusada encontraba caballero que la defendiese, se retiraron a un lado del palenque y cedieron sus puestos a dos alguaciles del tribunal, que debían sostener a la acusada por los brazos mientras paseaba las barras. Dos escribanos que allí había debían dar fe de cómo se había verificado la prueba sin malicia, engaño ni hechicería, tanto por parte de la procesada como por la del acusador. Presentó un sacerdote a Jimeno los Santos

Evangelios para que jurara no traer sobre sí encanto alguno ni sortilegio que torciese el juicio de Dios en daño de la acusada, lo que el paje juró, muy seguro de que no había necesidad de más sortilegio que el hierro ardiendo para abrasar los pies de la mora.

El obispo lanzó de nuevo mil maldiciones contra el mal espíritu para que no interpusiese su influjo en contra o en favor de ella, y luego resonaron los golpes sobre el yunque con más fuerza, los jueces murmuraron algunas oraciones y salmos en voz baja, y el pueblo en silencio esperaba el fin de la prueba con cierto temor religioso. Entre tanto los tiznados satélites de Vulcano sacaron del hornillo hasta once ascuas largas de dos pies, que pusieron paralelas unas junto a otras por donde había de pasar la acusada. Los dos alguaciles la acercaron por fuerza hacia las barras, y Zoraida sintió crispársele los pies y, en todo su cuerpo, dolorosas contracciones de nervios. En vano se esforzaba a poner el pie; la naturaleza se resistía a aquel martirio, y sus miembros no obedecían a su voluntad.

-¡Oh! ¡Piedad! ¡Piedad! -clamó, arrojándose a los pies de los alguaciles que la empujaban-. Yo no me muevo de aquí; yo no puedo... ¡Perdón! Soy inocente... La muerte, la muerte... Sí, yo prefiero morir mil veces a pasar por aquí...

En balde fuera querer pintar el sonido de su voz, ya dulce y humilde, ya dando gritos horribles al mirar las ascuas que sus pies habían de pisar, y las miradas de piedad y de terror que volvía a todas partes y sus movimientos y contorsiones en aquel terrible momento.

Pero sus ojos no encontraban compasión en la fisonomía inflexible de sus verdugos, que, acostumbrados a presenciar todos los días semejantes crueldades, no hacían más caso de las lágrimas y súplicas de sus víctimas que del llanto de un niño que hubiera perdido un juguete.

-Vamos, reina mía -decía uno de los alguaciles, que se pierde tiempo. Más caliente estará el infierno, y no te pesaba tanto ir allá.

-¡Por Dios! ¡Por Dios! -gritaba con voz que desgarraba el corazón de oírlo-. ¡Matadme! No me martiricéis. ¡Ah! ¿Quién me había de decir en otro tiempo que el hombre a quien he amado más en mi vida había de dejar que me martirizasen así? Yo deseo la muerte; dádmela; yo soy culpable; yo diré todo lo que queráis con tal de no pasar por aquí.

Esta última confesión suspendió el empeño de los alguaciles, y el juez, que en pie y junto a ella debía presenciar la prueba, se acercó al tablado y dijo:

-Atendido a que la acusada se resiste a sufrir la prueba y ha confesado todo, pido que sin más dilación sufra la pena de muerte a que en este caso está condenada por el tribunal.

-La voluntad de Dios -dijo el obispo- se ha declarado manifiestamente y el demonio no se ha atrevido a arrostrar su juicio y ha abandonado el campo, entregando a la justicia su presa. Que se ejecute la ley, y Dios tenga piedad de su alma.

-Amén -contestaron a una voz los jueces.

-Jimeno -prosiguió el obispo, dirigiéndose al paje-, habéis sostenido vuestra acusación como leal y noble que sois, y el tribunal os declara libre de la palabra que habéis empeñado de sostenerla hasta el último trance, puesto que desiste de la prueba propuesta vuestra acusada.

En oyendo esto, Jimeno, acompañado de los maestros de campo, echó a andar, después de haber saludado al tribunal respetuosamente, y se dirigió pensativo, con la cabeza baja y sin mirar a Zoraida, hacia la puerta del palenque, que caía al otro extremo. El verdugo tomó el hacha en la mano y se dirigió adonde estaba Zoraida todavía de rodillas, sin movimiento. Sus dos ayudantes pusieron fuego a la leña, que, por estar embreada, ardió en un momento, y los dos alguaciles se separaron de ella para hacer lugar al ejecutor.

Algunos corazones del pueblo, que la hermosura de Zoraida y sus gritos habían movido a piedad, temblaron en aquel instante cuando vieron la hermosa cabellera de la desventurada en manos del verdugo, que la arrojó adelante con indiferencia, cubriendo con ella su hermoso rostro, y echando en seguida el pie derecho atrás y levantando el hacha en alto, se disponía a descargarla ya sobre aquel cuello de alabastro, morada de los amores.

Pero en aquel mismo instante, y cuando aún no había salido el paje del palenque, resonó un grito, que se extendió como un golpe eléctrico de boca en boca, y cien voces resonaron a un tiempo con alegría: «¡Un caballero! ¡Un caballero!»

El verdugo volvió la vista a los jueces, y el obispo le hizo señas de detenerse. Bajó el hacha y quedó inmóvil detrás de Zoraida, que clavada en el suelo de rodillas, esperando la muerte con resignación, parecía una estatua de mármol de las que suelen adornar algunos sepulcros.

En este momento un caballero armado de punta en blanco entró en el palenque a rienda suelta montado en un generoso alazán, y arrojándose pie a tierra de un salto, se dirigió al tablado de los jueces con gallardo desembarazo. Era de mediana estatura, robusto y airoso de continente.

Uno de los maestros de campo se acercó a él y le preguntó a qué venía.

-A sostener la verdad contra la mentira, a proteger la inocencia contra el hombre más infame y falso que existe, si la acusada me quiere por su caballero.

-Para eso -respondió el maestro- es preciso que digáis vuestro nombre y os dejéis registrar por si se esconde en vos alguna superchería.

-¡Superchería! El acusador de esa infeliz es capaz de usarla, que no yo. De todos modos, estoy pronto a todo, menos a decir mi nombre.

-Vuestra nobleza al menos...

-La probará mi espada -respondió con intrepidez el desconocido-; además, el acusador y yo en otra ocasión hemos trocado ciertas prendas, y la que él me dio la traigo siempre conmigo. Quiero, pues, que me devuelva la que le entregué.

-Os creo, caballero, y esa prueba me basta -respondió el maestro, mirando una sortija que el incógnito le enseñó quitándose el guantelete de la mano derecha, y en la cual estaba grabado un blasón.

Diciendo así le presentó ante los jueces.

-Este caballero -dijo- está pronto a sostener a pie y a caballo que la acusación hecha contra esa mujer es falsa y apela nuevamente en su favor al juicio de Dios.

-La acusada -respondió el obispo- se ha negado a la prueba de las barras y ha preferido la muerte más bien que las consecuencias del juicio

divino, y nosotros hemos dado por libre a su acusador.

-Sin embargo, si vuestra ilustrísima lo permite -dijo el maestre-, observaré que la prueba del combate fue la primera en que la acusada convino y la que el tribunal aprobó, dándole dos horas para que buscara su campeón.

El tribunal, después de una corta, aunque muy acalorada discusión, mandó se le preguntase a Zoraida si convenía en esta prueba, y el maestre que acompañaba al caballero desconocido se acercó a preguntárselo.

Habíase recobrado Zoraida de su estupor, y las voces de la multitud y los vivos con que celebraron la llegada del caballero resonaban tan confusamente en su imaginación, mezclados con el golpe de martillo en el yunque (que, aunque ya había parado, todavía hacía dar saltos a su corazón, repitiéndose en sus oídos) que apenas podía darse razón a sí misma de lo que le pasaba. Trató de echarse el cabello a la espalda para despejar la frente y mirar a su alrededor; pero halló que tenía las manos atadas atrás, y entonces exhaló un gemido. Extrañábale, sin embargo, la tardanza del verdugo en sacudir el golpe terrible que la había de quitar para siempre de penas, y por un movimiento de instinto encogía de cuando en cuando los hombros.

Su ropaje era blanco, su cuello estaba desnudo, y de rodillas en medio del campo, detrás de ella el verdugo, el hacha al lado, mirándola con ojos estúpidos, aguardando sólo una señal para retirarse o matarla, y en su rostro cuadrado marcada la insensibilidad, ofrecían un conjunto de resignación, de belleza, de horror y de estolidez inexplicable.

Uno de los alguaciles mandó al verdugo que se retirara, lo que él hizo refunfuñando; la levantó, le desató las manos, y Zoraida entonces, echándose el cabello a la espalda, miró con ojos espantados alrededor, y enseñó el rostro pálido con la huella de la muerte en él. Hubiérase dicho un cadáver que volvía a la vida. Entonces llegaron a ella el maestre y el caballero que se ofreció por su campeón. Entendió apenas Zoraida lo que le decían, pero respondió que sí le aceptaba, y entonces la sentaron en un escaño junto a la hoguera, mientras decidía la próxima lid de su suerte.

Preguntó el otro maestre a Jimeno si estaba dispuesto a sostener la lid, a lo que respondió que sí, siempre que su contrario manifestase su nombre.

Entonces los dos enemigos se carearon, y el desconocido le dijo, presentándole la sortija:

-¿Jimeno, reconoces esta joya? Tú debes tener en tu poder un relicario con un pedazo de la verdadera cruz que te cambiaron por ella.

Jimeno palideció; aquella voz le parecía haberla oído otra vez; pero no era la voz de un vivo; aquel cuya era había muerto hacía mucho tiempo.

-¿Quién eres? -le preguntó en voz baja, temblando.

-Pronto me conocerás -repuso el incógnito-; monta a caballo y luego verás quién soy.

-No, yo no me bato contigo; tú eres el alma de...

-De Usdróbal quieres decir -replicó el campeón de la mora-; calla y monta a caballo, o te declaro cobarde y manifiesto tu villanía.

-Eso no, ¡vive Dios! Más que seas el demonio mismo, no te temo -respondió el paje-, y si eres Usdróbal y vives todavía, lo que es imposible, yo haré que no vuelvas otra vez a presentarte delante de mí.

Estoy pronto -añadió, volviéndose a los padrinos.

El despecho y la cólera habían sucedido al espanto de la sorpresa en el alma negra del paje; calándose el casco, salió gallardamente al medio y montó un caballo que le presentó su escudero. No obstante el coraje y la duda que le irritaba y afligía a un mismo tiempo, todavía se gallardeó en la silla y dio una vuelta haciendo gentilezas por el palenque.

Al pasar junto a Usdróbal, que cerca del tablado estaba a caballo apoyado en la lanza, soltó una carcajada y le dijo:

-Tu protegida y tú vais ahora al otro mundo de fiijo, y yo te aseguro que no me has de estorbar tercera vez hacer lo que me dé gana. Para un villano, no te tienes mal a caballo.

-Mejor que tú, y no hace muchos días que te lo probé -contestó el campeón.

(Imposible es que sea Usdróbal -se decía a sí mismo Jimeno-; yo mismo lo eché en el foso).

Hechas, pues, todas las ceremonias de uso y habiendo jurado los dos campeones ante el crucifijo que iban a combatir lealmente para aclarar la verdad y hacer patente el juicio divino, tomaron lanzas de manos de los escuderos, los dos maestros partieron el campo y las trompetas dieron la señal de la acometida.

Creció entonces el ansia y la zozobra en todos los corazones, cada cual tomando interés por uno de los dos contrarios, aunque la mayor parte deseaban el triunfo al desconocido.

Tenía, no obstante, Jimeno sus partidarios entre los que, sin conocer a fondo los sujetos, juzgan únicamente por la apariencia, y en particular entre las mujeres, habiendo agradado generalmente la belleza de su rostro, su natural buen humor y la elegancia de su apostura. Pero de todos los espectadores no había ninguno tan conmovido como el judío, que a la llegada del caballero había logrado introducirse, aunque con mucha dificultad, en uno de los grupos que más cerca estaban del palenque, y que desde allí no quitaba los ojos de su hija sino para mirar a su campeón, tan embebecido y desasosegado que puede decirse temía más que ella el término de la lucha.

Entre tanto, como hemos dicho, sonaron las trompetas, y ambos campeones se lanzaron a la carrera. Igual era su furia y su valentía, igual, sin duda, el deseo de venganza y el odio que mutuamente los animaba. Encontráronse, pues, con tanta fuerza, tanta violencia y coraje, que aún no los habían visto arrancar de sus puestos cuando vieron los espectadores con espanto rodar por tierra a entrambos jinetes con sus caballos. El incógnito había caído envuelto con su bridón hecho un lío, con un mechón de crin en la mano a que se había asido. El trotón de Jimeno, habiéndose levantado de manos, midió el palenque con sus espaldas, mientras que su señor, al que había encontrado en todo el ímpetu de la embestida la lanza de su contrario en su pecho, botó de la silla como una pelota al aire, yendo a parar a más de dos varas de su caballo. Desembarazarse de los estribos, levantarse y echar mano a la espada el campeón de Zoraida fue obra de un solo punto; pero viendo que Jimeno no se movía, se acercó a ver si respiraba aún, y en tal caso a obligarle a confesar su delito. Los dos maestros de campo llegaron al paje igualmente, y en habiéndole desarmado, reconocieron que estaba expirando.

La lanza del desconocido había saltado en dos partes, y una de ellas, que le había entrado por la juntura de la coraza, asomaba a su espalda el hierro y más de una cuarta de asta. El golpe que había llevado al caer le acabó de matar, reventándole, y la sangre le saltaba aún a caños por las narices, los ojos y los oídos. Cuando su contrario lo exigió con el puñal en la mano que manifestase su crimen, todas sus facciones se contrajeron, rechinó los dientes y gritó:

-¡Maldición! -y quedó muerto.

Sucedió a esto en el concurso un profundo silencio.

El obispo y todos los jueces se levantaron, y habiendo traído a Zoraida, toda turbada y confusa, el obispo dijo:

-He aquí el juicio de Dios. Mujer, eres inocente.

Capítulo XXXVI

DON JUAN

..... Por estotra puerta

te puedes ir

AGUSTÍN MORETO, Trampa adelante.

Luego que Esther o Zoraida fue declarada inocente, prorrumpió el pueblo en infinitos vivas y estrepitosas aclamaciones, dando el parabién por su victoria al guerrero que tan generosamente había tomado a su cargo salvar aquella mujer desvalida. Los que ocupaban los tejados de los conventos se desprendieron todos, a cuál más ligeros, con intención de verle de cerca, palparle si era posible, y satisfacer su curiosidad conociendo a tan intrépido caballero. Los que habían tomado puesto en el llano se empujaron y comprimieron para acercarse más al palenque, y en todas partes resonaban los aplausos, crecía el entusiasmo, los vivas, los bravos llenaban confusamente los aires y el espacioso Campo retemblaba sacudido con tanto estruendo.

Los jueces y los maestros de campo dieron también la enhorabuena al vencedor, habiendo quedado satisfechos de su comportamiento, y en habiendo concluido las ceremonias de uso, se retiraron del palenque con la misma pompa y el mismo orden con que habían venido.

Pero antes de que hubiesen salido, ya el judío tenía abrazada a su hija, que sollozaba en sus brazos, y como si estuviera demente, gritaba, lloraba, saltaba y la cubría de besos con tanta avaricia como ternura. Ni uno ni otro pudieron pronunciar una sola palabra por mucho tiempo.

Miradas, sollozos, lágrimas y estrechísimos y convulsivos abrazos y gritos inarticulados fue únicamente lo que expresó el gozo del primer momento; y luego los mismos extremos que hacían, comunicando nueva convulsión a sus nervios, mil y mil veces la estrechaba su padre de nuevo y ella a él, y cada vez con más fuerza. Y su voz interrumpida, cortada, ahogada con los anhelosos latidos de sus corazones, podía sólo de cuando

en cuando proferir: «¡Hija mía!» «¡Padre mío!», y hubiérase dicho que él no se contentaba con tenerla allí, ni con besarla, ni con apretarla a su corazón, sino que quería convertirse en ella misma, esconderla dentro de su corazón para que nadie la tocara ni el aire la ofendiera, y llevarla allí, y mirarla, y acariciarla, no ya como un padre, sino como la madre más cariñosa. La expresión de su alegría se comunicaba a todos los espectadores, que asimismo lloraban, y con semblantes llenos de lágrimas, pero bañados en dulce sonrisa, los contemplaban. Acercóse también allí Benjamín, que acompañaba también a su amo en los extremos que hacía, y seguramente los tres formaban el cuadro más tierno que puede crear la imaginación.

Había Zoraida olvidado todo en aquel momento, y hasta su antiguo amor por el ingrato Saldaña parecía también que se había apagado enteramente en su alma. Ya no era una huérfana sin amparo, una mujer desdeñada, maldecida, odiada de todo el mundo; había hallado por último un protector, un amigo, un hombre que la amaba, se alegraba y padecía con ella; un padre, en fin, que la idolatraba. Zoraida era entonces feliz, y las lágrimas que derramaba no corrían gota a gota abrasando sus ojos y sus mejillas, sino que manaban en tropel, y desahogaban dulcemente y refrescaban por vez primera su corazón.

Lo primero que vino a la memoria de su padre, luego que recobró su razón, de que le había casi privado aquella sobrenatural alegría, fue preguntar por el caballero que había salvado a su hija. La gratitud quizá exigía haberse acordado antes, pero el amor paternal sofocó en un principio cualquiera otro sentimiento en el alma del pobre judío, que, a despecho de su estudiado estoicismo, había casi perdido en aquella ocasión la cabeza, y Zoraida no estaba tampoco en disposición de manifestarle su agradecimiento.

Pero cuando los dos se acordaron, ya había desaparecido, y no fue posible hallarle por más que hicieron, pues en montando a caballo había salido a escape del palenque entre los gritos de la multitud, que, puesto que algunos intentaron seguirle, no lo pudieron lograr sino con los ojos, hasta que le perdieron en las estrechas y revueltas callejuelas que abocaban entonces al Campo Grande.

-Cómo ha de ser, hija mía -dijo Abraham-; ese extranjero es un hombre de bien y ha tenido lástima de nuestras lágrimas, siento que se haya marchado sin probarle nuestra gratitud, pero confío que pronto le hemos de volver a ver, y en ese caso todos los tesoros del mundo no son bastante para pagarle. Tú estás muy débil y necesitas descanso; vamos a mi posada, y no nos separaremos nunca.

-No, nunca, padre mío -respondió Zoraida-; yo creí que ya no me quedaba ninguna esperanza en el mundo, y ahora veo que puedo todavía ser feliz. Pero, ¡ah!, padre mío, si supierais...

-Serénate, hija mía, ahora, y no turbes tan dichoso momento con ninguna memoria triste. Ven, hija querida de mi alma. ¿Qué puedes ya necesitar en el mundo habiendo encontrado a tu padre? Yo te amo más que a mi vida. ¡Estás tan pálida! ¡Has sufrido tanto! Pero todavía estás hermosa. Sí, esos son los ojos de mi hermosa Esther.

Diciendo así la besó en ellos cariñosamente y echó a andar dándole el brazo, encargándole muchas veces y con mimosa ternura que se apoyase en

él, y preguntándole cómo se sentía a cada instante con indecible cuidado.

La muchedumbre se había ya dispersado poco a poco, y sólo algún que otro de los más curiosos paseaba por fin a sus anchas el Campo Grande, que no tardó una hora en verse tan abandonado y solitario como de costumbre. Venía ya a más andar la noche, y las oscuras calles de la ciudad ponían al judío a cubierto de la persecución que recelaba emprenderían contra él si, como tenía motivos para sospechar, le había conocido alguno. No había pensado hasta entonces en el riesgo a que se había expuesto presentándose en público como uno de los principales héroes del drama que acababa de representarse; pero ahora, más cuidadoso que por él por su hija, cualquier sombra, cualquier bulto le sobresaltaba.

Un hombre envuelto en una ancha capa aparecía a cierta distancia de ellos y desaparecía por intervalos como una sombra errante, como una aparición maléfica, siguiéndolos y espiando sus pasos. No había reparado en él Zoraida, ni el judío le dijo una palabra siquiera por no asustarla; pero más de una vez estuvo tentado de detenerse a preguntar a aquel hombre quién era, y aun lo hubiera hecho a no ir desarmado. Hubiera querido Abraham dar algunas vueltas más primero que entrar en su posada por ver si le seguía aquel hombre tenaz que como un gato arrimado a la pared se deslizaba sin ruido, y aun no parecía que movía los pies; pero se hacía ya tarde, su hija estaba casi exánime con lo mucho que había sufrido y el incansable embozado llevaba traza de seguirlos al fin del mundo. Dábale cuidado al judío, y algunas veces detenía el paso, y aun se paraba por ver si el encapotado pasaba de largo; pero era como su sombra, y siempre quedaba detrás, y siempre a la misma distancia.

En resolución, por más que hizo no pudo evitar que el desconocido le viese entrar en una casa en el barrio de los judíos, donde el padre de Esther se alojaba con un amigo que allí vivía.

Bajó a abrirles la puerta una vieja con un candil, y en habiendo entrado salió a abrazarle un anciano, cuya nariz larga y demás facciones habrían hecho conocer al menos inteligente fisonomista que era uno de los descendientes de las doce tribus.

-Bendito sea el Dios de Israel -le dijo-, que te ha sacado de manos de esos lobos sedientos de nuestra sangre y te ha devuelto tu hija en el día de la tribulación. Pero me parece que está muy pálida; ya se ve, es natural; es menester que descanse.

-¡Zoraida! ¡Hija mía! -exclamó Abraham, todo sobresaltado, viéndola que perdía las fuerzas, medio exánime y amarilla como una muerta-. ¡Zoraida! ¡Dios mío! ¡Te he recobrado después de tantos años para perderte tan pronto!

Pero Zoraida no respondía, ni acaso oía lo que le decía su padre; un sudor frío humedecía su frente, pálida como la cera; tenía las manos heladas, que apretaba su padre entre las suyas, besándola y llamándola por su nombre como un frenético, mientras su cuerpo había caído desmayado sobre unos almohadones que acercó al momento el otro judío.

Había éste conservado su juicio más que su amigo, y en habiéndola pulsado conoció que no era aquel desfallecimiento otra cosa que una congoja producida por el sobresalto y la angustia de aquel día terrible y tantos otros como había pasado, sin otro desahogo que sus lágrimas, abandonada de todo el mundo y sostenida únicamente por la energía de su

alma. Por lo que volviéndose a Abraham dijo:

-El sabio, amigo mío, no debe sorprenderse por nada y debe estar prevenido para sufrir toda clase de contratiempos. Lo que tu hija tiene no es nada, y es raro que de esa manera te turbes, tú que has sido siempre ejemplo de firmeza de alma en nuestra tribu.

Frunció Abraham las cejas, y habiendo procurado serenarse, sentido de haber dado a conocer su debilidad delante de su amigo, lavó la frente de su hija con una de las aguas maravillosas que traía consigo y pidió a su compañero que le ayudase a transportarla al lecho, puesto que ya daba señales de volver en sí y necesitaba de mucha paz y sosiego para reponerse. Hecho lo cual, ayudado además de Benjamín y la vieja, los dos judíos se retiraron a otra habitación interior adornada con alguna decencia y alumbrada por una lámpara de plata que ardía en mitad de la sala. Un brasero en que se quemaban varios olorosos perfumes estaba sobre una mesa de tres pies compuesta y ajustada con diferentes maderas de gusto mosaico, siendo este mueble y la lámpara los dos únicos objetos de lujo que allí había, pues los almohadones y los sillones eran tan viejos y feos que más que adornar afeaban la habitación.

Los dos viejos acercaron dos sillones a la mesa, y en sentándose, dijo el patrón a su huésped:

-Mucho tarda ese joven cristiano a quien entregué la armadura y el caballo de que tú has salido fiador, y que tan bien ha aprovechado hoy a todos. Él tiene cara de buen muchacho, y hoy se ha portado como valiente; pero esto mismo me hace pensar que una vez que se ha visto a caballo no le hemos de volver a ver por acá.

-Mucho lo sentiría -replicó Abraham-; no por el caballo y las armas, que ya son tuyas y yo te las pagaré, sino por no poderle dar las gracias como lo merece su buena acción.

-En efecto -repuso Aarón, que éste era el nombre del otro judío-, la fianza que me has dado te compromete a pagarme en caso que él no cumpla devolviéndome lo que por tu intercesión ir presté. Pero ya sabes que no estamos para gastos, y...

En esto estaban de su conversación, cuando fueron interrumpidos por la llegada del joven de quien hablaban, que con aspecto no muy tranquilo y precipitados pasos se había entrado hasta allí sin más etiqueta que pudiera usar en su propia casa. Venía armado todavía como si acabase de echar pie a tierra de su caballo, sólo que en vez de casco le cubría la cabeza un sombrero de alas anchas que casi le tapaba la cara, aunque no tanto que cualquiera que le hubiera visto una vez, si le miraba con atención, no reconociera en su noble fisonomía al generoso Usdróbal, como ya habrá supuesto el lector. Lo mismo había sospechado Jimeno al verle delante de sí en el palenque, puesto que le creyó nada menos que un fantasma del otro mundo, no pudiéndose imaginar que estuviese vivo el mismo a quien él había visto hecho pedazos arrojar en el foso la noche que habían ambos tratado de libertar la hermana del castellano de Iscar. Pero la buena suerte, que sin duda para mayores cosas le guardaba, dispuso de modo que saliesen torcidos los planes del malvado paje, librándole de la muerte que su traición le tenía apercibida.

En medio de aquel inesperado combate, herido uno de los asesinos, rodó la escalera con grande estrépito hasta el último tramo sin detenerse,

mientras que Usdróbal, luchando aún con los otros, sostuvo todavía la batalla por algún tiempo. Herido ya y fatigado de combate desigual, viéndose a pique de perecer, se le ocurrió una estratagema para salvarse, y arrojándose de repente en tierra, suponiendo que dándole por muerto se retirarían sus contrarios, se pegó contra el muro, sin respirar siquiera, hasta que sintió que se alejaban satisfechos de su victoria. En este tiempo bajó la escalera con cuidado, receloso del menor ruido, la espada en la mano, hasta que llegando a un trozo de la muralla que daba al campo, se arrojó desde su altura sin titubear, con lo que anduvo toda la noche hasta llegar a sitio donde curarse de sus heridas.

Volvieron al poco tiempo los asesinos con una luz a recoger su cadáver; pero como no le hallaron, temerosos de que el paje los castigara, y codiciosos del premio que éste les había ofrecido, no dudaron en suponer que el cuerpo muerto de su compañero era el de Usdróbal, estando tan desfigurado y hecho pedazos que no daba nada que sospechar, y Jimeno, que desde el principio de la pelea se había retirado llevando a Leonor, creyó de buena fe cuanto quisieron decirle.

Permaneció Usdróbal oculto por algún tiempo curándose de sus heridas, y sentó plaza después en uno de los escuadrones rebeldes, donde estuvo hasta el día de la derrota general, en que habiendo determinado marchar a Vizcaya en busca del hijo de don Lope de Haro, que andaba revolviendo aquella provincia, llegó a Valladolid, donde la fama del proceso de la desgraciada Zoraida le hizo detenerse por unos días. Estuvo presente a todas las declaraciones de los testigos, y desde el momento que vio que era el paje su acusador se determinó a servirla de campeón en caso que el juicio se remitiera a las armas. Fatigábale, sin embargo, el pensar que a despecho de su buena intención no había de serle su valor de provecho, por no estar armado caballero y no tener siquiera quien le prestase caballo con que poder entrar en la lid. Pero el cielo que velaba en favor de la inocencia, hizo de modo que el judío, a quien él había visto antes en el castillo de Iscar, no habiendo podido penetrar en la prisión de su hija, se dirigiese a él eligiéndole por su defensor, y proveyéndole de cuanto necesitaba para el combate.

Tal era la suerte que había Usdróbal corrido desde su salida del castillo de Cuéllar, de donde milagrosamente había escapado con vida, habiendo, en fin, logrado poner en claro el juicio de Dios con la muerte del traidor que no le creía ya en este mundo.

Entró, pues, como hemos dicho, bastante agitado en la sala donde conversaban muy en paz los dos amigos judíos, y encarándose con Abraham exclamó:

-Si aprecias en algo tu vida, sal de esta casa al momento, monta en mi caballo, que está a la puerta, y huye sin detenerte, porque no tardarán media hora en venir a prenderte aquí.

Turbáronse los dos judíos al oír tan inesperada noticia, levantáronse de repente de sus asientos, y exclamaron casi en el mismo instante cada uno según el sentimiento que en ellos había producido:

-¡Y mi hija!, ¡qué será de mi hija! -gritó Abraham-: ¿estás seguro de lo que dices?

-¡Mi casa, mis riquezas! -exclamó Aarón-: esos perros van ahora a saquear lo poco que con sus continuos robos han dejado al pobre judío.

Dios de Abraham, haz que los pies de esos babilonios queden clavados contra la tierra, para que no vengan a maltratar a tu siervo.

-Te han conocido -repuso Usdróbal, dirigiéndose a Abraham-, y yo me he adelantado a avisarte; huye, si no quieres perder la vida, y no temas en cuanto a tu hija, que además que no hay nada contra ella, yo te prometo a todo trance protegerla y llevarla adonde tú estés.

-Sí, tienes razón -repuso Abraham, que recobró al momento su acostumbrada serenidad-, no hay más remedio que huir. ¿Y a quién mejor que a ti podré yo fiar el cuidado de mi hija, que hoy le has salvado la vida? ¡Ah! sólo ella puede obligarme a salvar la mía: por lo demás, ya soy viejo, y morir hoy, morir mañana, me sería indiferente. Pero, vamos, no hay más remedio que huir.

-Tú, sí, vas seguro -replicó Aarón-; pero yo, ¡desventurado de mí!, no tengo recurso ninguno, y voy a perder en un día lo que me ha costado tantos de sudor para atesorar. No que yo sea rico... -prosiguió volviéndose a Usdróbal.

-¿Qué me importa a mí que lo seas o no? Sálvate, Abraham; yo creo que todavía tienes tiempo.

Abrazáronse los dos judíos, el uno recomendando a su hija, y el otro sollozando y gimiendo por su dinero, que iba a correr tanto riesgo si entraban en su casa los babilonios, y Abraham, en habiendo tomado una luz, acompañado de Usdróbal, sin atreverse a despedirse de Zoraida, que descansaba, se encaminó hacia la escalera, cuando oyeron grande estrépito de armas y gente que se acercaba.

-Sígueme -le dijo Usdróbal, desenvainando la espada-, que juro a Dios que he de abrirte camino.

-Eso no lo permitiré yo -replicó el judío-, que no quiero que pierdas por mí tu vida: retírate.

-De ninguna manera; o he de morir, o te he de salvar -repuso el valeroso cristiano-; no se dirá que abandoné yo nunca en el riesgo a mi compañero.

-Generoso amigo mío, guarda tu vida y cuida de mi desgraciada hija, si no yo te juro que me entregue yo mismo a mis enemigos.

En esto el ruido de los pasos y el crujir de las armas se oía cada vez más cerca.

-¿Pero hay algún otro sitio por donde huir? -preguntó Usdróbal.

-Sí -replicó el judío-, pero es preciso que me dejes solo; aquí esta ventana cae a un corral que tiene una puerta falsa que comunica al campo; la bajada es fácil y aún tengo tiempo; tú no eres conocido y debes quedarte aquí con mi hija... ¡Esther mía! -prosiguió interrumpiéndose con un suspiro-; pero tú, amigo mío, tú la consolarás. Adiós.

Diciendo así echó el cuerpo fuera de la ventana, y apoyando los pies en una estrecha cornisa que formaba la pared a poco más de una vara del suelo, saltó al patio sin hacerse daño, abrió la puerta falsa, y Usdróbal le creyó libre. Apenas volvió la cabeza de la ventana donde había estado mirando la fuga del judío, cuando se halló rodeado de hachas encendidas, artesanas, picas y alabardas de los que venían en su busca.

-Hola, amigos -dijo Usdróbal, volviéndose a ellos con extraordinaria serenidad-, yo creo que el pájaro ya voló; a menos ya hace rato que ando reconociendo la casa, y voto a Santiago que no ha quedado rincón que no he

escudriñado.

-La puerta de ese corral da al campo -dijo uno de los alabarderos.

-Así es -repuso Usdróbal sin alterarse-; pero justamente al otro lado hay gente apostada para apresarle, y por ahí no se ha de escapar.

-No hay duda -respondió el que parecía jefe de aquella tropa-; tiene razón este mozo, que allí está ese hombre flaco que dio el aviso y un compañero mío con algunos hombres de armas.

-¡Suerte del diantre! -murmuró entre sí Usdróbal desesperado con la noticia que él mismo había forjado, y que salía cierta por su desgracia.

En esto llegaron dos hombres más con el judío Aarón, a quien habían hallado en un sótano entre algunos cofres y sacos, casi embutido en ellos y pegado a la pared como si fuera una oblea.

En vano juraba el pobre hombre y afirmaba que nada sabía de Abraham: amenazábanle con tormentos si no declaraba dónde se encontraba su amigo, a quien traían orden de prender y llevar a presencia del rey, contra quien había conspirado, y aun hubieran puesto en ejecución su amenaza si no hubiera llegado el aviso de que estaba ya asegurado el reo a tiempo que tratando de escaparse había tropezado con los que guardaban la salida del campo. Estaba allí en efecto Zacarías, que era el que le había seguido aquella noche, y que, cierto de la casa en que habitaba, le había descubierto.

Sin embargo, no impidió la aprehensión de Abraham para que llevaran preso al otro judío, habiéndose salvado Usdróbal, como suele decirse, en una tabla, por no haber topado con el infame devoto, que no hubiera quizá dejado de hacerle alguna obra de misericordia.

Quedó la casa sola, habiendo quedado el cuarto de Zoraida únicamente sin registrar, ya que por haber hallado al judío tan pronto no entraron en su aposento, donde la infeliz reposaba todavía de sus pasadas fatigas, y muy ajena del peligro que corría su padre.

Capítulo XXXVII

BOABDIL

Pues la sentencia pronunció tu labio,
él vivirá; pero a mi amor sincero
has de corresponder.

ZORAIDA

¡Señor!, ¡amaros!

BOABDIL

O caerá su cabeza en este día.

ZORAIDA

¿Hay mayor crueldad?

NICASIO ÁLVAREZ DE CIENFUEGOS, Zoraida.

Mientras esto pasaba en Valladolid, proseguía Sancho IV en el castillo de Cuéllar ocupado en castigar los jefes de los rebeldes, llevando la crueldad al punto de no perdonar uno solo de cuantos tuvieron la desgracia de caer en sus manos. Cabezas ilustres desprendió de sus troncos el hacha del verdugo, y pocas veces bañó sangre más noble el cadalso, siendo la mayor parte de los que en él perecieron fieles servidores del sabio rey don Alfonso, en cuyo servicio habían arriesgado su vida más de una vez valerosamente en los combates. Sólo Hernando de Iscar quedaba hasta entonces vivo, si puede llamarse vida la miserable existencia que arrastraba en una estrecha prisión del castillo de Cuéllar, adonde le habían trasladado luego que la victoria del rey desbarató los planes de sus compañeros. Pero su mala suerte estaba muy lejos de ofrecerle tarde o temprano la libertad, puesto que como jefe principal de los revoltosos era casi seguro correría igual fortuna que sus amigos, muriendo en un patíbulo como traidor si ya el rey, cediendo a las instancias de Saldaña, no le perdonaba la vida.

Tal era, sin duda, el pensamiento del castellano de Cuéllar, que ya había logrado del rey dilatar su muerte con esperanza de alcanzar la mano de Leonor, condición que pensaba poner, y sin la cual estaba firmemente resuelto a no interponer su influjo en favor de Hernando. Traíale esta idea sobremanera distraído y silencioso, y aunque en él no fuera extraña jamás la tristeza, en su rostro amarillo y en sus hundidos ojos notábase empero que no era ya un mar de pensamientos el que movía borrascas en su alma, sino que uno inmutable, único, se había apoderado de todo él. Paseábase solo calculando entre sí cómo haría para no ser aborrecido de aquella mujer que era el sueño de su felicidad, ya dudando si obraría generosamente poniendo en libertad a su hermano, ya temiendo no recibir en tal caso más que una fría muestra de agradecimiento de parte de su altiva prisionera, quedando al mismo tiempo sin medios de forzar en adelante su voluntad, por haberse privado del único recurso que en su desesperación le quedaba.

-No -se decía a sí mismo-, no para obrar tan neciamente os he hecho traer prisioneros a mi castillo. Tu hermano morirá si te obstinas, tú estarás aquí presa toda tu vida, y al fin te he de poseer por fuerza o por voluntad.

En diciendo esto se encaminó hacia la habitación de Leonor, resuelto a poner por obra lo que había pensado; sólo que al entrar sintió enfriarse su valor, titubeó, se maldijo a sí mismo, y tuvo que hacer un no pequeño esfuerzo para afirmarse en su determinación.

Estaba Leonor acompañada de dos de las doncellas que la servían, quienes viendo entrar a Saldaña se retiraron, y él se sentó enfrente de ella.

-Traígoos, señora -le dijo con los ojos torvos clavados en tierra y una agitación que desmentía el tono tranquilo de sus palabras-, una muy mala noticia.

-¿Ha muerto mi hermano? -preguntó Leonor toda sobrecogida.

-Es mucho peor -replicó Saldaña con la misma calma aparente-; vuestro hermano cayó prisionero, y...

-Es falso -exclamó Leonor con orgullo-: mi hermano hubiera muerto mil

veces antes de dejarse prender; es falso.

-La suerte de la guerra -continuó Saldaña moderando su voz-, es tal que muchas veces sucede lo que uno menos se imaginaba. Vos no lo creeréis, pero la prisión de vuestro hermano no es menos cierta por eso: yo os lo digo a fe de caballero.

-¿Y qué será ahora de él? ¡Saldaña! -exclamó Leonor mirándole horrorizada-, ¿qué será de él?

Bajó Saldaña la cabeza sobre el pecho, cruzó los brazos, hubo una pausa, encogióse de hombros, y dijo:

-Su suerte será la de sus compañeros; morirá como ellos en un cadalso pregonado como traidor.

-¿Y vos me lo decís así, Saldaña? -exclamó Leonor-, ¿vos me lo decís tan fríamente?

-Y si yo os pregunto si me amáis, ¿no me responderéis fríamente que no? -replicó Saldaña-. ¿Y creéis acaso que es más una sentencia de muerte, un pregón que se olvida en cuanto se ha acabado de oír, una nota de infamia que allá en el otro mundo no ha de aumentar las penas del infierno ni las dulzuras de la gloria; creéis que es más que un no de la mujer que se adora, que puede forzar al hombre a cometer crímenes, a hacer eterna la condenación de su alma, eternos sus tormentos, y obligarle a llevar años y años una vida de maldición que sólo podría trocarse por la muerte de horror y desesperación que le aguarda? ¡Ah! Y vos me habéis dicho ese no fríamente más de una vez.

-Vuestro honor mismo, Saldaña, está comprometido a salvar a mi hermano -repuso Leonor conmovida-; él ha sido el amigo de vuestra juventud, él ha sido vuestro enemigo noblemente en el campo. Un caballero generoso debe recordar sólo en tal caso la amistad, y olvidar todo resentimiento.

-¡Mi honor! -respondió el de Cuéllar con una amarga sonrisa-. ¡Un caballero generoso! ¡La amistad! Yo ya no tengo amistad, generosidad ni honor; tú me has dicho que no, y yo he sacrificado ya todo por lograr un sí de tu boca.

-¡Oh! Saldaña -exclamó Leonor con aquel eco de voz tan dulce que enterneciera un diamante, y arrojándose al mismo tiempo delante de él de rodillas-, por Dios, por mí, si me amas, salva, salva a mi hermano.

-¡Leonor! -gritó Saldaña sorprendido de aquella acción tan inesperada-: levantad, que yo no soy sino un hombre y tú una divinidad, y yo sí que debo besar tus pies.

-¿Salvarás a mi hermano?, ¿me lo prometes? -preguntó Leonor, poniéndose en pie.

-¿Serás tú mía? -preguntó Saldaña-; ¿me lo juras?

Esta pregunta hizo volver en su acuerdo a la desdichada Leonor, que se sonrojó avergonzada de haberse humillado hasta el punto de tener que oír con paciencia el atrevimiento que ella misma había provocado, arrebatada del deseo de libertar la vida a su hermano. Sentóse otra vez en su silla, y quedó pensativa por largo rato; Saldaña ocupó de nuevo su asiento.

-¡Qué dijera Hernando de mí -se dijo a sí misma-, si ahora me hubiese visto rogar por él a los pies de su enemigo! ¡Qué poco reconocería en mí a su hermana!

Mientras reflexionaba de esta manera y procuraba recobrar la entereza digna de una dama de aquellos tiempos heroicos, esforzándose a mirar con serenidad el rostro a la fortuna, Saldaña, no menos pensativo, aunque mucho más animoso, no quitaba los ojos de ella, dándose a sí mismo ya el parabién de su triunfo.

-Leonor -dijo-, tu hermano vivirá, y sus estados y todo lo que ha perdido le será devuelto con sólo que tú pronuncies una palabra. Mil veces te he dicho que te idolatro, y te he pintado el amor de fuego con que has abrasado mi alma. No me hables de generosidad, no me pidas por él: es inútil; eres tú quien le ha de librar, y yo no he de ser sino el instrumento de tu voluntad. Mentiría si te ocultase que puedo fácilmente salvarle; pero no, Leonor, tú no has sido generosa conmigo; tú me has visto a tus pies triste, afligido y acosado de mil tormentos; te he pedido, no que me libertases de una muerte pronta, sino una lágrima de piedad, mi felicidad en la tierra y la salvación de mi alma; tú me has arrojado de ti con desdén, y el lobo tiene más piedad del cordero que devora, que tú has tenido de mí ¡Leonor! ¡Leonor! No apeles a mi generosidad.

-Sí, me he engañado -replicó la hermosa de Iscar, recobrando su natural gravedad-; te creía criminal, pero caballero; ahora conozco que tu corazón no tiene otro resorte que tu egoísmo, que en ti la orden de caballería está peor empleada que en el más ruin villano. Sí, baja los ojos y avergüénzate, Saldaña: mi hermano morirá en un cadalso, le llamarán traidor, pero la posteridad le juzgará como a bueno, y tú y sus enemigos llevaréis la mancha con que intentáis ahora empañar el lustro de sus hazañas. En cuanto a mí, soy noble castellana y hermana suya; la misma sangre que arde en sus venas anima mi corazón; rogaré a Dios por su alma, y no se dirá que desmentí con una sola lágrima de debilidad mi linaje.

Pronunció estas palabras con tanta majestad, entreviéndose al mismo tiempo la pena que le causaba la situación de un hermano que hacía con ella las veces de padre y a quien tenía por único cariño en el mundo, que el insensible Saldaña no pudo menos de conmoverse.

-Leonor -le dijo, arrodillándose a sus pies y tirando de la daga que llevaba al cinto-, un solo remedio hay para mí: si tan infame te parezco, toma este puñal y clávalo en mi corazón. Véngate de los insultos que te he hecho, y venga al mismo tiempo a tu hermano. Animo tengo para sufrir la muerte y bajar al infierno que me aguarda; pero quitarme yo mismo el único recurso que me queda para obligarte a que seas mía si vivo, ni quiero, ni puedo: hiéreme.

-Retiraos, Saldaña, retiraos de aquí -repuso Leonor con serenidad-, y si queda en vuestro corazón algo del respeto que me habéis manifestado siempre hasta ahora, no volváis más a insultarme con vuestra presencia. Entre nosotros no cabe ya reconciliación: yo soy vuestra prisionera, mi hermano es vuestra víctima, y vos nuestro enemigo común.

-En efecto -replicó Saldaña, levantándose y dando rienda suelta a la ira-, tú eres mi prisionera, y yo dispondré de ti a mi voluntad: he sufrido tus insultos, te he rogado cuando podía mandarte, me he visto ajado y hollado por tu soberbia. Desde ahora cuenta que hemos cambiado ya de papel; a mí me toca mandar, a ti obedecer, suplicarme y llorar, y tu hermano morirá, o tú has de ceder a mi gusto. Tres días te doy de término

para resolverte, cumplidos éstos, Hernando acabará en el patíbulo su vida, y de grado o de fuerza te poseeré.

Los ojos hundidos de Saldaña lanzaron sobre la infeliz una mirada de tigre; el tono de su voz ronco y oscuro semejaba al zumbido del huracán entre los árboles, y Leonor, a despecho de la entereza que se esforzaba a aparentar, no pudo menos de apartar de él la vista y estremecerse.

Capítulo XXXVIII

.....
.....
Que es mujer, y apasionada,
ningún respeto la enfrena,
Romance de Abenzulema

Entre tanto Zoraida lamentaba en Valladolid la prisión de su padre, a quien ya sabía que conducían algunos hombres de armas camino de Cuéllar con intención de presentarle al rey, a quien tocaba únicamente juzgarle como embajador que se decía del rey de Aragón.

Vano fuera querer pintar la sorpresa y el dolor que sintió cuando se halló al despertar sola en aquella casa, para ella desconocida, con una mujer anciana a la cabecera del lecho, que con infinitas lágrimas y no pocos suspiros le refirió la prisión de Abraham, así como la de Aarón, sobre lo cual hizo largos comentarios y dolorosas lamentaciones. Baste decir que la confusión en que se hallaban los sentidos de la desgraciada judía era tal, que apenas como de un sueño se acordaba de todos los sucesos que desde su prisión en el castillo hasta entonces habían pasado por ella, y casi no comprendía lo que le contaba aquella mujer. Oíala sin hablar palabra, y miraba a su alrededor como atónita de verse allí, sin poderse dar razón así misma de todo aquello.

Pero cuando Usdróbal, poco tiempo después de amanecer, volvió a verla, habiendo logrado zafarse de los de la escolta, todas las dudas se disiparon en su mente, los recuerdos de lo pasado cobraron nuevo vigor en su alma, y la dolorosa verdad ocupó el lugar de sus ilusiones. Todo era demasiado cierto, y Usdróbal debía ser en adelante su único protector en el mundo, según había encargado su padre.

Con todo, como mujer tan sobremanera animosa, no tardó en tomar su resolución, y sabedora del destino del preso, se determinó a volver al castillo que había de servirle de cárcel. Vistióse, pues, y en saliendo a otro cuarto donde la aguardaba Usdróbal le comunicó su designio de marchar a Cuéllar, donde ella sabía cómo entrar y cómo salvar a su padre, valiéndose del conocimiento que tenía de todos los pasadizos ocultos y comunicaciones secretas de aquel castillo. No le pareció a Usdróbal tan descabellada su proposición que se pudiera desechar sin meditarla primero.

Parecíale efectivamente fácil la libertad del judío si Zoraida lograba penetrar en la fortaleza, en lo que no había a su parecer gran riesgo, ahora que Jimeno había pagado sus crímenes con la muerte y no podía sorprenderles. Facilitábale quizá más esta empresa, que al cabo no dejaba de ser peligrosa tanto para él como para Zoraida si llegaban a sospechar su intención, el recuerdo de la hermosa Leonor, cuya imagen no se había apartado de sus ojos en medio de cuantas aventuras había corrido. La idea de hacer algo en su favor, y sobre todo el pensamiento de que quizá podría verla u oírla al menos, y que iba a habitar bajo el mismo techo, producía tal contento en su alma, que nada le parecía imposible ni aun dificultoso. Pero aunque todo esto lo halagaba sobremanera, no le cegaba hasta el punto de desoír la voz de su conciencia, que le gritaba mirase bien el paso que iba a dar tan aventurado, puesto que al fin él sería responsable de cualquier desgracia que por su imprudencia sobreviniese a aquella mujer que había puesto la Providencia divina a su cuidado.

-En verdad -se dijo a sí mismo pensando en esto y sonriéndose-, que en mi vida he meditado nada con tanta madurez como ahora, y luego dirán que soy ligero de cascos. Pues, señor, nada de eso -prosiguió en alta voz-, yo iré solo y sacaré a vuestro padre de sus apuros, o mal me han de andar las manos.

-Eso no -respondió Zoraida-; vos me acompañaréis, y yo iré; y no meditéis más sobre esto porque estoy determinada ya, y no he de dejar de ir.

En resolución, largo fue el debate; pero, habiendo vencido por último la obstinación de Zoraida fueron tan poderosas las razones que supo darle, que Usdróbal se encogió de hombros, y no sabiendo qué responder salió a preparar el viaje para marchar aquel mismo día.

Tres horas después ya se había proporcionado Usdróbal dos caballos, Zoraida se despidió de la buena vieja que la asistía, y ambos a dos emprendieron su marcha, cada cual muy pensativo y ocupado de sus designios.

Marchaban uno al lado del otro sin hablar palabra. Usdróbal saboreándose con formar, como suele decirse, castillos en el aire, y ella esforzándose a desechar de su imaginación la principal figura del cuadro que le forjaba su fantasía. Pero por más que intentaba alejarla, representándose a su padre en el inminente peligro en que se encontraba, por más que intentaba apartar de sí cualquiera otra idea, deseosa de no pensar ni amar más que a él, estaba harto reciente su herida, y su pasión era demasiado poderosa para que no pensase en Saldaña.

Su infidelidad, su infame comportamiento, su amor por aquella cristiana a quien ella en sus celos atribuía la mayor parte de sus desgracias, cuanto había padecido por causa suya, cuantos planes de venganza le sugería su resentimiento, todo, en fin, combatía y ocupaba de tal manera su alma, que la prisión, la muerte de su mismo padre no era sino una gota más de veneno en el agitado mar que emponzoñaba su vida.

Su amor a Saldaña había sido el primero, el único amor de su corazón, y ahora no podía menos, con vergüenza, de confesar en sí que la libertad de su padre era sólo un pretexto con que quería en vano engañarse a sí misma para ocultarse la fuerza de su pasión y el poder del destino que la arrastraba a Cuéllar. Mil pensamientos de venganza volaban delante de

ella, mientras que otros tantos de esperanza y felicidad llenaban la mente del alegre Usdróbal, que al cabo de haber andado una legua entonó esta canción con voz clara y no de mala manera cantada:

Tocando están a maitines

y está roncando el prior,
que es para él la campana
como cantarle el ro ro.

Dos vueltas daba en la cama,
un bostezo y una tos,
y como es noche de enero
entre sueños se arropó.

Perdido entre tanto andaba
ya fatigado el trotón,
calado y yerto de frío
jurando y llamando a Dios,
un jinete aventurero
que mal oficio tomó.

Al tañer de la campaña
relincha alegre el bridón,
alza la cabeza, el paso
presto aguija, y su señor,
reanimada su esperanza
de hallar cerca población,
va acariciándole el cuello
y le anima con la voz.

Entre breñas solitarias,
como sombras que fingió
en noche oscura a lo lejos
tal vez medroso pastor,
se elevan las altas torres
de aquella santa mansión.

A pie se arroja al llegar
soñoliento el viajador
y chocó en sus férreas puertas
con ímpetu su lanzón,
que por bóvedas y claustros
hondamente resonó.

Para; nadie le responde;
vuelve a llamar: al rumor
los muertos se despertaran,
mas no despierta el prior:
dos, tres, cien veces repite
los golpes con más tesón:
tiembla la puerta, y es fama

que el edificio tembló.

Pero no entró el caballero
ni dio al caballo ración,
y a pesar del ruido duerme
a pierna suelta el prior.

-Vos sois dichoso, Usdróbal -dijo Zoraida con un suspiro.

-Ciertamente no me creo del todo infeliz -repuso el desembarazado
mozo-, pero tampoco me faltan penas.

-¿Amáis mucho a Leonor? ¿Creéis que ella no os sea ingrata?

-Señora -respondió Usdróbal sonrojándose-, yo amo a Leonor con toda
mi alma, pero ella no sabe ni sabrá nunca que yo la amo. No -prosiguió
como si hablara consigo mismo-, no se lo diré jamás; hay mucha distancia
de mí a ella, y perdería hasta el consuelo de verla.

En esta conversación llegaron a uno de los pueblos del camino, donde
descansaron aquella noche, sin que sea posible pintar el decoro y respeto
con que Usdróbal la trataba, que no parecía sino que más se había educado
en cortesanos estrados que en rudos castillos y cuevas de ladrones; tan
puntual y atento supo mostrarse en aquella ocasión.

Al día siguiente, que por estar ya a fines de octubre empezaba a
enfriar la estación, habiéndose puesto en marcha dejó Usdróbal ambos
caballos en la cabaña de un pastor, no muy lejos de Torre-Gutiérrez,
adonde caía justamente, si mal no se acuerda el lector, la entrada secreta
que conducía a la fortaleza de Cuéllar. En vano rogó allí de nuevo a la
apasionada Zoraida que desistiese de su empresa, representándole los
muchos peligros a que se exponía, y ofreciéndose él a cuanto fuese
necesario hacer en favor de su padre. Pero ella desoyó todos sus consejos,
arrebataada de su vengativa pasión, que por instantes crecía conforme se
iba acercando a la habitación de su infiel, con mezcla de rencor y de
ternura, de valor y de miedo, toda trémula y temerosa de verse con
Saldaña, jurando huir de él, y deseosa al mismo tiempo de hallarle.

Entraron, en fin, y aquel día era sin duda uno de aquellos en que ha
de cumplirse algún terrible anatema, un día de maldición y de muerte.

Capítulo XXXIX

RODRIGO

¡Desventurada!
Gonzalo, su cadáver apartemos
de este lugar.
NICASIO ÁLVAREZ DE CIENFUEGOS, Condesa de Castilla.

Acababa Saldaña de pronunciar las tremendas palabras que hicieron estremecerse a la desamparada Leonor, cuando mirando a un lado y a otro, sin acertar aún a retirarse de su presencia, y temeroso también de dejarse llevar de la ira que le abrasaba si permanecía allí más tiempo, cuenta la historia que a una de las puertas laterales de la habitación vio una mujer lívida, azul el rostro, la rabia en la boca, lumbre en las pupilas, furia en todos sus ademanes, que sin quitar de él los ojos, y con un puñal en la mano derecha, a paso de lobo se le acercaba.

Miróla Saldaña aterrado, y ella viéndose descubierta ni huyó, ni bajó los ojos siquiera, antes por el contrario enclavólos en él con más ahínco que nunca, y sólo detuvo el paso dudosa a cuál de los dos, a él o a Leonor, elegiría por su víctima. Hubiérase creído al ver a Leonor y a Saldaña suspensos y estúpidos a su vista, que los ojos de aquella tigre tenían virtud para convertir en piedra cuanto miraban, como la Gorgona de la fábula. Pero no tardó mucho tiempo Saldaña en volver en sí y en reconocerla. Había sabido ya el éxito del proceso y la muerte de su lindo paje, y vio que la que tenía delante de sí era Zoraida.

-¡Mujer!, ¡todavía estás aquí, todavía vuelves a atormentarme!
-exclamó lleno de furor.

Y arrojándose sobre ella tiró de la daga, y antes que Leonor pudiera evitar el golpe, se la clavó en el pecho y la derribó a sus pies yerta. Cayó Zoraida, dio un alarido Saldaña, y arrojando la daga huyó precipitadamente del cuarto.

-¡Maldición! ¡Maldición! ¡Soy perdido! -se oyó que decía huyendo al mismo tiempo fuera de sí.

Dio Leonor gritos como una loca, acudieron al punto sus doncellas, y habiendo registrado la herida de Zoraida se halló que no era tan profunda que pareciese mortal, sin embargo que por entonces no daba señal de vida. Entró a poco Duarte y dos escuderos, y viendo que no se bullía ni respiraba siquiera, la sacaron del castillo al campo, donde, como no era cristiana, quedó para festín de las carnívoras aves sin enterrar.

Capítulo XL

Viéndole en su promesa tan constante

.....
.....
salió a la prima noche en gran secreto.
ERCILLA, Araucana.

Dos días después llegó el judío a Cuéllar cargado de cadenas y escoltado por un numeroso cuerpo de alabarderos, que llenos de cuidado venían porque no se les escapara, habiéndoselo encomendado mucho el buen

Zacarías, que les había contado maravillas de las brujerías que él mismo le había visto hacer. Al menor movimiento que hacía el infeliz, a la más breve palabra que pronunciaba, se hallaba las puntas de las alabardas al pecho, amenazando matarle si no callaba o no permanecía quieto, temerosos no fuera algún conjuro o alguna intención de escaparse. Mirábanle todos con asombro, persignábanse muy a menudo, amenazábanle con más frecuencia, habiéndole cargado con tantas cadenas y argollas que apenas podía moverse, y le traían caballero en una mula, donde sufría todas estas penalidades sin dejar escapar una queja. Alguna vez solía suspirar, pero era con el recuerdo de su querida hija, que habría recobrado para perderla tan pronto, y que iba a quedar, a lo que él se imaginaba, sola y abandonada en el mundo. Por lo demás, en cuanto a él, no temía por su vida y alimentaba aún muy buenas esperanzas de salvarse si alcanzaba hablar al rey, como se lo habían prometido.

Colocáronle en una de las torres en un encierro, donde habiéndole aliviado del peso de las cadenas lo dejaron solo entregado a sus reflexiones, que a la verdad no hay lugar más a propósito para dar libertad a la imaginación que aquel en que está preso el cuerpo. Al cabo de ocho días sintió descorrer con grande estrépito el cerrojo de su calabozo, y oyó la agria voz de su carcelero, que le mandó le siguiese. Halló a la puerta una pequeña guardia de arqueros, y colocándole en medio le condujeron hasta la habitación del rey, que con grande aparato, rodeado de sus caballeros, le aguardaba con mucho deseo de conocer a un hombre tan sabio y que merecía la confianza del rey de Aragón.

El judío entró en la estancia con serenidad, y aun con cierta expresión de indiferencia en su fisonomía, clavó en el rey los ojos un momento, y habiéndole saludado profundamente a la usanza oriental, quedó en pie con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho en muestras de su respeto. Miróle también el rey con ojos escudriñadores, habiéndole devuelto su saludo con cierta consideración que siempre tuvo el hijo de don Alfonso a los sabios, como uno de los príncipes más entendidos de su tiempo.

-¿No es tu nombre Abraham? -le preguntó en seguida de este ligero examen.

-Ese es, señor -respondió el judío gravemente-, el nombre que me dan los de mi tribu, puesto que entre los sabios soy conocido por otro.

-¿Es verdad -preguntó de nuevo el rey- que tú has descubierto el gran secreto de la piedra filosofal?

-No -repuso Abraham-; mis adelantos en la ciencia no han llegado hasta allí, y no soy más que un humilde aprendiz de los grandes maestros, cuyo principal secreto no he podido penetrar todavía.

-¿Pero tú eres el médico y secretario de nuestro muy querido primo el rey de Aragón?

-Soy, señor -replicó Abraham-, un humilde servidor de su alteza, que se ha dignado honrarme con su confianza.

-¿Y qué embajada has traído de su parte para nosotros, puesto que según tú mismo has dicho eres un enviado suyo?

-Señor -respondió el judío-, el rey de Aragón me dio una comisión importante para vuestra alteza, y si no he cumplido antes mi encargo ha sido porque graves acontecimientos me han impedido...

-¿Te mandó sin duda -dijo el rey con ironía- que te avistases primero con los rebeldes que acaudillaba el de Iscar, en cuyo castillo te has detenido algún tiempo?

-Así es ciertamente como vuestra alteza dice -repuso Abraham sin turbarse-, y mi estancia en su castillo ha sido el principal motivo de mi detención, en todo lo cual he obrado con arreglo a las órdenes del rey mi señor.

-Y has cumplido como buen vasallo de nuestro querido primo -replicó don Sancho-. Ahora bien, como yo soy el rey de Castilla, mando en mis reinos y no me acomoda que en ellos venga a sembrar la discordia ni aun el legado del Papa; escribiré al rey de Aragón que tú te has portado fielmente, y te mandaré al mismo tiempo ahorcar.

-Señor -respondió el judío-, vuestra alteza es dueño de mi vida, pero debe meditar mucho antes de quitármela, no sea que tenga que arrepentirse cuando ya no tenga remedio. Todo el poder de un rey se reduce a destruir a un hombre, pero por más que lo desee no alcanzará a dar vida a un reptil. Yo soy un enviado del rey de Aragón: instrucciones secretas que no tendría inconveniente en manifestar a vuestra alteza a solas, me han obligado a obrar de un modo al parecer sospechoso. Sin embargo, y aun dado caso que me hallase en el de tener que guardar el más escrupuloso secreto, vuestra alteza faltaría al derecho de gentes si mandase ahorcar a un enviado de otro monarca, que con el seguro de la buena fe y de la paz ha venido a ponerse en vuestro poder, y es imposible que el rey valiente y caballero, el hijo del rey Alfonso, se olvide de sí mismo hasta el punto de sacrificar a una sospecha cualquiera la vida de un extranjero que con tan sagrado carácter ha entrado en vuestros dominios. Por otra parte, vuestra alteza, como profundo político, debe conocer, si cree que el rey de Aragón sea un enemigo oculto de vuestra alteza, que con mi muerte no hará otra cosa que irritarle más y obligarle a que rompa por último abiertamente. Y si tal sospecha no cabe en vuestro generoso ánimo, como es de presumir, si recuerda las repetidas pruebas de amistad que aquel monarca le ha dado, es imposible que vuestra alteza trate de granjearse su enemistad cometiendo en la persona de su enviado injusticia tan escandalosa. Estas razones, y sobre todo la comisión que en secreto puedo manifestar a vuestra alteza, si se digna oírme, confío le harán obrar de muy distinta manera que se ha propuesto.

Atónitos quedaron el rey y los cortesanos de ver la energía y el atrevimiento con que se expresaba aquel viejo, en cuyo miedo habían esperado hallar un motivo de risa cuando el rey le anunciara su suerte, y a quien aguardaban haber visto intimidado y lloroso implorando el perdón a los pies del trono.

Duró un breve rato el silencio, y el rey pareció quedar pensativo.

-Judío -le dijo-, si el rey de Aragón fuese nuestro enemigo, caballeros tenemos nosotros y vasallos tan fieles como aquel monarca, y que sabrán defender el trono de Castilla, y aun triunfar de todos sus enemigos. No es mi ánimo tampoco tan temeroso que me amedrenten las amenazas hasta el punto de que el miedo tenga parte en mis determinaciones, y si cambiara alguna de ellas sería sólo un efecto de mi clemencia. Dices que tienes una comisión secreta para mí, y esto me mueve a suspender tu castigo, dándote lugar a que te defiendas de la acusación

que contra ti hay, y si eres inocente irás libre. Caballeros -prosiguió, volviéndose a sus cortesanos-, dejadnos solos, retiraos.

Pusiéronse en pie todos al punto, y en toda la sala resonó un sordo murmullo de los que se retiraban, y ninguno al salir dejó de echar una ojeada de curiosidad al judío, ya que todos le juzgaban por hombre extraordinario.

Quedáronse, pues, solos el rey y él, y habiéndose levantado el primero de su asiento, le mandó se acercase tanto a él que no pudieran ser oídos de nadie, si alguno trataba de escuchar y se había quedado por allí cerca. El judío cada vez que daba un paso encorvaba el cuerpo y se detenía obedeciendo la voz de don Sancho, que le intimaba dulcemente que se acercase.

-Amigo mío -dijo en voz baja-, sé todo lo que te ha pasado, y no quiero obligarte ahora a fingir haciéndote desembuchar ahí una embajada que sólo ha de reducirse a meros cumplimientos de parte de nuestro caro primo. Yo sé que tú has venido encargado de promover contra mí la rebelión, y tu rey te ha encargado de esta comisión peligrosa. No importa; sus esperanzas han salido fallidas, y yo he descubierto sus planes. En cuanto a la amenaza que me has hecho de que el rey de Aragón tomaría tu defensa, tú mismo sabes muy bien que no se cumpliría, y que a nosotros los reyes no nos importa nada sacrificar al instrumento de nuestros designios si con su muerte nos podemos librar del más pequeño disgusto. Yo respeto tu sabiduría, y no te culpo de haber servido a tu rey, por lo que si juras servirme a mí con la misma lealtad te tomaré a mi servicio, y no tendrás que arrepentirte del cambio.

-La confianza que vuestra alteza hace de mí -replicó el judío-, me mueve a responder con la misma franqueza. Mucho mal os he hecho, señor, pero aún me queda que haceros un servicio que equivaldrá al favor que me hacéis en dejarme libre. Sabed, señor, que aquí mismo, a vuestro lado, tenéis un caballero que nada menos trata que alzarse contra vuestra alteza, y aguarda a cumpliros la palabra que os dio de servirlos lealmente mientras dure la rebelión, para en el momento en que le parezca que os la ha cumplido, hacer valer sus derechos sobre el castillo de Albarracín, y ofrecerse a las órdenes del rey de Aragón.

-Sé todo eso muy bien -repuso el rey.

-Sí -replicó el judío, pero vuestra alteza ignora que el rey de Aragón y el de Lara se han convenido ya para obrar de mancomún contra vos, y lo que parecerá a vuestra alteza imposible, es que él y el hijo de don Lope de Haro están de acuerdo para vengar a su padre.

-También lo sé -respondió don Sancho-, y, sin embargo, se me hace duro creerlo.

-Ahí tenéis una carta que os lo probará -repuso Abraham, alargándole un papel-. Una casualidad ha hecho que cayera en mis manos, y su lectura os asegurará de la buena fe con que desde este momento empiezo a servirlos.

-Quieres decir -replicó el rey, después de haber leído la carta sin mostrar el menor movimiento de sorpresa- que puedo contar contigo desde ahora para en adelante.

-Así es, señor, como vuestra alteza dice; sólo que desearía cumplir primero, como es de mi deber, con mi rey, manifestándole mi intención de abandonar su reino para pasarme a Castilla, condición sin la cual vos

mismo no podríais juzgar bien de un hombre que fuera traidor al que primero le había empleado.

-Tal es -repuso el rey- mi intención: enviarte a Aragón con todas las muestras que de mi amistad puedo dar a su rey, tratándote como a su embajador y honrándote en cuanto esté a mis alcances. Pero allí mismo exijo de ti el desempeño de una comisión a que de ningún modo puede oponerse tu escrupulosa conciencia. Quiero, pues, que halles un medio de deshacerme de mis sobrinos los infantes de la Cerda. No que yo desee que se les dé un veneno, no te imagines tal cosa, pero sí que si pudiera ser que me los entregaran...; en fin, si pudiera lograrse que no me inquietaran más...

-Estoy, señor; vuestra alteza desearía que no le inquietaran más -respondió el judío con intención.

-En eso, ya ves -replicó don Sancho-, que no faltas a la fe que debes a aquel monarca. Él ya los tiene presos. ¿Qué importa que sea yo quien los tenga?

Puso el judío sus dificultades, mostró repugnancia; ofreció, rogó y amenazó don Sancho, hasta que pareciendo ceder por último el judío a sus razones y promesas fingió con tanta habilidad su papel que el rey quedó muy persuadido del buen fruto de su resolución. Añadióse, además, que hallándose enferma la reina, tuvo el judío ocasión de probar su ciencia devolviéndole en pocos días la salud, y que siendo muchos de los cortesanos en extremo aficionados a la alquimia y astrología, se granjeó en ellos poderosos protectores para con el rey, que ya sin necesidad de esto le manifestaba abiertamente una amistad asegurada con repetidas pruebas.

Hizo entre tanto Abraham las más vivas diligencias por averiguar el paradero de su hija, cuya última desgracia ignoraba, hasta que desesperado, y sin haber tampoco adquirido noticias de Usdróbal, llegó el día señalado para su vuelta a Aragón, y en que se puso en camino colmado de honores y confianzas y acompañado de una numerosa escolta para su honra y seguridad.

Capítulo XLI

Y a un lado miro

con soberbias torres
el palacio de Lara

.....
.....

Tanto desastre al infelice dueño,
tanta desolación a su familia,
¡cuán distinto se ve!...

ÁNGEL DE SAAVEDRA, El Moro Expósito.

Hallábase en esto Usdróbal fuera del castillo de Cuéllar, en las cercanías, adonde había tenido que retirarse temeroso de ser conocido. Sin embargo, no dejaba de hacer sus excursiones al fuerte, ansioso de saber de Leonor y de favorecer a su hermano si podía libertarle de la prisión en que yacía aguardando a cada instante la muerte.

Habían ya puesto en libertad a Nuño, a quien por fuerza arrancaron del lado de su señor, no pareciéndoles ser persona de importancia para que fuese preciso tenerle preso, y quizá también por quitar al de Iscar el consuelo que su fiel criado pudiera darle.

Los días habían pasado lentamente uno tras otro para don Hernando, que solo en uno de los calabozos del fuerte, no acertaba a darse razón del por qué le tenían allí tanto tiempo sin decirle palabra ni sacarle al patíbulo, lo que ya casi deseaba en su desesperación, cada mañana, apenas amanecía, esperaba ver entrar el verdugo en su calabozo con la escolta que había de acompañarle al suplicio, y al menor ruido que sentía apercibía el ánimo para el terrible trance en que a cada momento esperaba verse. Imaginaba otras veces posible su libertad, ya porque la guerra siguiera, ya porque algún amigo secreto le protegiese; pero ni la hora de la muerte llegaba ni sus esperanzas se realizaban, y pasaba lentamente un día tras otro sin recibir noticia alguna ni ver apariencia de que se decidiese de alguna manera su suerte.

Sin embargo, no se descuidaba el buen Nuño, ni por verse él libre se había olvidado de su señor preso; antes bien, todos los días venía al castillo por si hallaba ocasión de verle, y ya que no podía otra cosa, se contentaba con preguntar por él a su amigo el viejo Duarte, quien solía darle noticias. Volvía Nuño descontento y gruñendo casi todos los días del castillo, viendo que sus deseos a tan corto servicio habían de limitarse por fuerza, trazando a todas horas cómo libertar a don Hernando, para lo que ya había intentado hablar a Duarte, puesto que la rudeza y la fidelidad de aquel viejo para con su amo el de Cuéllar le quitaba el ánimo cuando más determinado venía a confiarle su plan.

Con este pensamiento, y renegando de su falta de resolución, salió de Cuéllar una tarde, y con mucho despacio, asaz pensativo y del mal humor dirigía sus pasos al pueblo de Iscar, pesaroso de haber vivido tantos años para sobrevivir a la ruina de aquel castillo, mansión otro tiempo de la alegría y el lujo y ahora desolado trofeo del conquistador. Ocupaban sus almenas las tropas de don Sancho, que se habían apoderado de él, y la vista de los soldados de un rey no menos odioso para Nuño que para su amo, más de una vez había hecho al buen viejo derramar amargas lágrimas de coraje. Veíase en su vejez sin asilo y a merced de algún antiguo vasallo de su señor, que por piedad le había recogido, y esta idea cruel para un hombre acostumbrado a mirar los vasallos de su amo como siervos suyos ajaba su amor propio tanto que ni aun bastaban las ilusiones que se hacía él mismo de que aquel labriego al favorecerle no hacía sino cumplir con su deber, y era un nuevo dardo que venía a clavarse en su alma.

Envuelto, pues, en estas meditaciones caminaba, y ya el sol empezaba a ocultarse cuando alzando la vista de pronto vio un hombre enfrente de él parado que le miraba de hito en hito, sin pestañear y como si quisiera reconocerle. Miróle Nuño asimismo, pero volviendo a sus largos monólogos,

prosiguió su camino sin acordarse más de aquel hombre, hasta que en habiendo andado pocos pasos más sintió que le tiraban de la rienda a su caballo para detenerle, lo que le hizo volver en sí y llegar la mano a la guarnición de la espada por lo que pudiera acaecer.

-Sosegaos, señor Nuño, que más vale que seamos amigos, y yo no vengo con intención de ofenderos -dijo el joven que estaba pie a tierra, y en el cual reconoció a Usdróbal, a quien más de una vez había visto en el campo de los rebeldes.

-Por Santiago -repuso Nuño-, que me alegro de hallarte, galán, pero siento que me hayas sorprendido, y si mi amo, el padre de don Hernando, me hubiese visto ahora caminar tan desprevenido, no habría dejado de decirme algo que me pesara. Pero a bien que él ya murió, su hija Dios sabe dónde estará, su hijo irá a acompañarlo dentro de poco y yo no los veré ya en todo lo que me queda de vida.

Dio a estas últimas palabras el pobre viejo un tono tal de melancolía y pesadumbre, que Usdróbal no pudo menos de conmoverse.

-Buen amigo -le dijo-, es menester más ánimo, y la esperanza no debe abandonaros tan pronto. Aquí me tenéis a mí...

-Tú eres muchacho -respondió Nuño-, y a tu edad lo mismo me daba a mí ocho que ochenta, pero ya soy viejo. Esperaba morir en el castillo de mis amos dejándolos a ellos felices; ellos han sido mi única familia, pues yo no he tenido hijos ni mujer, y no he vivido tantos años sino para ver morir a sus hijos y su casa en poder de otro dueño que ha echado de allí hasta los perros. Amigo mío, créeme: este golpe es demasiado cruel para que yo lo sufra con resignación.

-Con todo -repuso Usdróbal-, no hay que desesperarse todavía. Si esta noche queréis quedaros aquí conmigo en esa cabaña que veis, haremos penitencia juntos y acaso entre los dos daremos traza de que las cosas mejoren de aspecto. Puede ser que todo se componga y que hallemos medios de salvar a tus amos.

-Si tú, buen amigo -repuso Nuño-, encuentras camino de burlar la vigilancia de nuestros contrarios, te juro que puedes disponer de mi vida y de mí como de un esclavo. Vamos, que no dejaré yo también de servir de algo en tus designios, aunque no sea más que por mi prudencia y la experiencia que tengo del mando, que de algo me han de servir los años y las guerras y trabajos en que me he visto.

-Así es, buen Nuño -replicó Usdróbal-. Vamos.

Y diciendo y haciendo se encaminaron juntos hacia una choza que allí cerca, entretejida de ramas de árboles que en el techo ondeaban, se veía a la luz del crepúsculo como el yelmo de un caballero, y en entrando en ella los dejaremos meditando sus planes, cuyo resultado hemos de conocer por último, contentándonos con saber que al día siguiente muy de mañana montó Nuño a caballo, y habiéndose despedido de Usdróbal salió a buscar al Velludo, que andaba no lejos de aquellos contornos con su partida.

. Mas cesa

de repente
todo rumor, y el estridor violento
le sucede de un arco sacudido,
y de flecha veloz el silbo horrendo.
ÁNGEL DE SAAVEDRA, El Moro Expósito.

La alegría de verse libre y honrado por el rey de Castilla no pudo templar, sin embargo, en el pecho del judío Abraham, el dolor de no haber podido averiguar todavía el paradero de la desgraciada Zoraida. Harto feliz con ignorar la suerte que había cabido a su hija, creíase el más desventurado de los hombres cuando, a la vuelta de los emisarios que había enviado a Valladolid, no pudo lograr noticia cierta del camino que tanto ella como Usdróbal habrían tomado. Combatíanse varios pensamientos en su interior, y hasta llegaba a veces a desconfiar de Usdróbal, puesto que semejante idea apenas lograba hallar cabida en su alma, y era desechada con enojo cada vez que su imaginación acalorada se la presentaba.

Embebecido con esto, caminaba acompañado de un numerosa escolta que, a par que mostraba honrarle, no dejaba de vigilar todos sus movimientos, como si temiese que se les escapara. A la mitad del camino se agregaron dos hombres a ellos, vestidos de ermitaños, aunque no tan cubiertos con la capucha que no se les viese bastante del rostro para conocer quiénes eran. Traía uno de ellos un rosario de cuentas muy gordas, y en llegando a la tropa dirigió su *Laus Deo* con tan afeminada y meliflua voz que nadie hubiera creído sino que era Zacarías el que hablaba.

-Decid, hijo mío -dijo, llegándose con mucha dulzura a uno de los soldados-, decidme, y así Dios os lo pague en el cielo, ¿qué escolta es ésta y a quién vais acompañando?

-Nuestro capitán -respondió el soldado- es el valiente Alonso de Vargas, y el que vamos acompañando dicen que es un embajador, aunque otros aseguran que es un judío.

-Sed libera nos a malo -repuso el ermitaño-. ¡Un judío! Mal haréis si no le quemáis vivo o le exigís un rescate proporcionado a las muchas riquezas que debe tener. ¡Un judío! ¡Jesús! ¡Jesús! Ora pro nobis, Turris Eburnea.

-Pues voto a Judas -replicó el soldado- que como todos pensasen como yo no habíamos de andar muchas leguas acompañándole, que no es justo que un perro como él traiga asendereados tantos hombres de bien.

-¡Cómo ha de ser, hijo mío! Dios dispondrá lo que más convenga, y puede ser que no se pase mucho tiempo sin que ese mal hombre pague sus culpas y entregue a los fieles como tú lo que con sus usuras ha granjeado malamente.

-Tengo entendido -añadió el soldado-, (y por las barbas de mi padre que no las traigo todas conmigo), que el tal embajador de Lucifer es mágico y tiene pacto con el demonio.

-Vade retro -exclamó el ermitaño, haciendo al mismo tiempo la señal de la cruz-. Diabolicus vir. ¿Y cómo camináis con tanto descuido con un

hombre tan peligroso?

-Ande más y hable menos, ¡juro a Dios! -gritó en esto un cabo de la tropa que venía detrás-; y vos, señor ermitaño, idos a rezar vuestras oraciones.

-Sea lo que Dios quiera -respondió el soldado en voz baja al ermitaño, y apretó el paso en seguida.

Apresuráronlo también los dos anacoretas, observando al parecer con indiferencia el orden en que caminaba la escolta, que componían doce soldados armados de punta en blanco a caballo y un número doble de infantería con sus ballestas y partesanas. Iba el judío delante montado en una soberbia mula, y a su lado el capitán Alonso de Vargas razonando con él amigablemente, y el resto de la tropa marchaba detrás a cierta distancia, sin temor de ningún peligro, en dos filas y conversando unos con otros para entretener el camino. Cuando los dos ermitaños pasaron por donde caminaba el capitán, inclinaron la cabeza sobre el pecho en muestra de saludarle sin detenerse.

-¿A dónde bueno, devotos padres? -preguntó el capitán.

Zacarías hizo una seña a su compañero que respondiera.

-A la ermita de Nuestra Señora de los Afligidos -repuso su compañero.

-¿Y cómo tan solos? ¿No tenéis miedo de ladrones?

-En todo este camino, señor -replicó el anacoreta, no se halla uno, y, además, nosotros no llevamos nada que nos roben y no podemos tentar su codicia.

-Pues decían que el Velludo -respondió el capitán- vagaba por estas cercanías.

-Nada de eso; las últimas noticias son que ha tenido, que retirarse a Vizcaya. Loado sea Dios, que ha libertado esta tierra del terrible azote que la afligía.

Más hubiera querido saber el capitán acerca de lo que se decía del Velludo, pero los supuestos anacoretas saludaron de nuevo y apretaron el paso de modo que a poco tiempo en las revueltas del camino ya se habían perdido de vista.

-No sé por qué -dijo el judío al capitán, luego que hubieron desaparecido- me da el corazón que esos dos ermitaños no son sino dos pícaros redomados. y mucho que temo que no sean espías del Velludo.

-¡Qué! -exclamó el capitán con indiferencia-. El miedo os hace ver lo que no hay. ¿Qué habían aquí de venir a espiar ni qué adelantarían con eso? Tranquilizaos, que por vida de mi padre que daría los años que me quedan de vida por habérmelas con ese capitán de bandidos, y veríamos de qué le servían conmigo las tretas villanas de que se vale para escaparse.

-No habléis muy alto -repuso el judío-, que quiera Dios que no os oiga.

-No me irritéis, ¡vive Dios! -replicó Alonso de Vargas-, que estoy por ir solo a buscarle ahora mismo.

-Allá veremos -replicó Abraham.

Callaron con esto, y anduvieron aún una media hora da que sucediese cosa que digna de contar fuese. En esto el camino en que entraron empezó a estrechar rodeado de dos colinas muy pedregosas, y se levantaban de trecho en trecho tan elevados peñascos, que bien podría tras ellos ocultarse una docena de hombres. Los últimos rayos del sol herían

tibiamente las cumbres de las montañas, y apenas a cierta distancia se veían reflejar confusamente los espesos árboles de un bosque que como el término de aquella angostura se presentaba. De repente una flecha silba a los oídos del capitán, y otras dos más se clavan en su armadura. Alzar Vargas la vista, enderezarse en la silla y empuñar su lanza fue obra de un solo punto; pero ya, habían caído muertos tres soldados y tenía algunos caballos heridos.

-Ánimo, muchachos -gritó con voz de trueno; y ya me disponía a dar las órdenes convenientes cuando un sinnúmero de flechas quedaron hincadas en su cuerpo, dos de las cuales, calando hasta el corazón, le hicieron abrir los brazos y caer de la silla dando un bramido.

En este momento las dos lomas aparecieron cubiertas de gente que, desprendiéndose como un ejército de hambrientos buitres sobre las amedrentadas palomas, acabaron lo que ya había empezado el terror, pues sin dejarles volver de su sorpresa cayeron sobre ellos con tanto ímpetu que los pusieron en fuga, no creyendo menos sino que el cielo en su ira llovía sobre ellos hombres armados.

Defendiéronse, sin embargo, algunos que prefirieron la honra a la vida; pero, además de que fueron pocos, fue tanto el desorden y tan impensada la acometida, que no tardó mucho el Velludo en quedarse absoluto dueño del campo. Había conservado el judío su serenidad en medio de aquel trastorno, y apeándose de la mula estaba aún registrando las heridas del capitán por ver si podría socorrerle cuando, decidida ya la victoria, se halló prisionero entre los de su partido. El primero que se acercó a él fue el devoto ermitaño, que desde el día en que trató de quemarle no había dejado de soñar en los muchos cequíes que había estado a pique de agarrar si no hubiera llegado el Velludo tan a tiempo, y que desde entonces le había seguido como su sombra por si podía hallar otra ocasión de cobrarlos. El había sido el que, viendo cuán mal le salían sus trazas, avisó al Velludo de la proporción que tenía de batir la escolta que le acompañaba, persuadido de que cayendo el judío en poder de los bandidos, no le sería difícil atraer a su partido a algunos de ellos, y a despecho del capitán, si fuese preciso, forzarle a entregar tales cantidades que pudiesen satisfacer su codicia y la de sus camaradas. Había concertado para esto su plan con algunos compañeros que habían jurado obedecerle a todo trance, aun contra la voluntad del Velludo, y durante la acción no había hecho más que observar a Abraham por si se escapaba, por lo que fue el primero que le echó mano cuando estaba registrando, como hemos dicho, las heridas del desgraciado Alonso de Vargas.

Cuando el judío reconoció al que le tenía prisionero, no pudo menos de temblar recordando la cruel tragedia en que por causa de aquel mal hombre estuvo a pique de representar el papel de protagonista, y mucho más cuando le oyó decir:

-Dios no quiere sin duda que se pierda tu alma y te ha traído segunda vez al camino de tu salvación. Deja a ese infeliz, que está dando ya cuenta a Dios; vente conmigo.

-No me moveré de aquí -repuso Abraham- si primero no me lo manda el Velludo, cuyas órdenes estoy dispuesto a obedecer al momento. Vosotros en mí debéis mirar un aliado, y no tengo nada que temer de vuestro capitán.

-¿Quién lo duda? -replicó Zacarías-. Síguenos, pues, ya que el Señor

te ha libertado de tus enemigos, y dale gracias por haber venido a parte donde, como tú dices, has hallado tus aliados.

En esto llegó el Velludo preguntando por el judío, quien al momento que le hubo visto le conoció, y en llamándole, todos los demás se apartaron para hacerle lado, si no Zacarías, que así se separaba de él como un perro del hueso que tiene entre los dientes.

-Señor Zacarías, señor Zacarías -dijo el Velludo con sorna, dándole una palmada en el hombro-, por esta vez quedó también el cordero libre de los dientes del lobo. No se hizo la miel para la boca del asno, y así no seréis vos quien la coma. Idos, pues, de aquí, antes que os haga yo andar más que de prisa de un puntapié.

-Vuestro siervo...

Iba a contestar Zacarías, pero el temor que le inspiraba el Velludo le hizo retirarse sin proferir más palabra.

-Veníos conmigo -prosiguió el bandolero dirigiéndose al judío-. Abraham, sois libre, y nadie os tocará el pelo de la ropa viviendo yo; vamos.

Y tomando del ronzal la mula, echó a andar a su lado, antecogiendo su gente, que, rica con los despojos que acababa de ganar, le seguían en buen orden, encaminándose todos hacia el bosque, que, por ser ya oscurecido, se divisaba apenas como una sombra en el horizonte. Luego que llegaron se enmarañaron en su espesura, y habiendo colocado las centinelas, el Velludo se retiró con el judío y un caballero armado, que luego pareció ser Nuño, y que hablaba con el primero.

-No tengáis duda, que mucha experiencia tengo y he visto muy malas caras en mi vida, pero la de este que va aquí de ermitaño no se me despintará nunca, aunque viva más que Matusalén. Él fue el guía que me entregó a mí y a mi amo la noche antes de la batalla, y por cierto que ha de conservar la marca de un latigazo que le tiré a la cabeza con esta misma espada que llevo al cinto.

-Sosegaos, amigo Nuño -replicó el Velludo-, y yo os juro que las va a pagar todas juntas.

-Tiempo es ya -añadió el judío- de purgar la tierra de ese malvado.

Otras varias razones pasaron entre ellos, y la conversación llevaba trazas de no acabar tan pronto, cuando el grito de ¡Al arma, al arma! resonó a la redonda por todo el bosque. Alzó la vista el Velludo y vio que ardía una gran parte de él cuyas llamas iluminaban los contornos con tanta luz como si fuese de día. Los gritos se aumentaban, oíase ruido de armas, el incendio volaba y crecía el desorden.

-Mi capitán -dijo uno de los bandidos, todo desfigurado y falto de aliento-. Zacarías ha sublevado una parte de vuestra tropa, y dicen que ha de ser él quien los mande o que les habéis de entregar este hombre -y señaló al judío.

-¡Sangre y demonios! -exclamó el Velludo-. Pronto, ¡a ellos!, y no hay que dar cuartel a ninguno.

-Lo mejor que podéis hacer -dijo Nuño- es echaros fuera del bosque, que en el llano difícil será que os ataquen; me acuerdo yo que en el año 1255, día de San José, por la tarde...

Iba a proseguir refiriendo lo que había sucedido el día de San José por la tarde cuando notó que ya el Velludo había desaparecido y que había

quedado solo con el judío, que en tanto riesgo no sabía qué partido tomar.

-Parece ser que es a vos a quien buscan -prosiguió Nuño, volviéndose al judío-. Lo mismo me sucedió a mí la noche del día de San José, como iba contando; pero aquella era situación algo más apurada que la vuestra, y Dios sabe cómo me vi para salir de ella.

-Por Dios -interrumpió Abraham-, dejaos ahora de eso y veamos qué hemos de hacer, pues, según veo, el fuego llegará aquí muy presto y no nos queda más remedio que huir.

-Lo mejor que podéis hacer -dijo Nuño- es largaros y esconderos de unos y otros, pues yo que vos no me fiaría mucho de ninguno de ellos. Venid conmigo y no tengáis miedo, que basta que hayáis sido el médico de mi pobre amo para que yo os proteja y defienda contra todo el mundo.

Diciendo así tomaron la vuelta del camino, y habiendo trepado por entre unos peñascos, eligieron el sitio que les pareció más seguro, donde quedaron ocultos hasta el día siguiente.

Toda la noche duró el fuego y la batalla, y tal era el encarnizamiento con que pelearon unos con otros, que hubo muy pocos de una y otra parte que no saliesen heridos. Los caseríos vecinos, los pueblos a más de dos leguas de distancia, brillaban con un color rojizo en la oscuridad de la noche al resplandor del incendio; volaban hechos pavesa los árboles, y en medio de aquel espantoso estrago oíanse los alaridos de los moribundos, las voces de los combatientes, y no parecía sino que los hombres que peleaban eran demonios que entre las llamas retozaban contentos de ver la destrucción del mundo.

Sostuvo el Velludo aquella noche la fama de valiente que tan merecida tenía, no cuidándose del peligro, arrojándose a todas partes y combatiendo como buen soldado. Eran los suyos el mayor número, y aunque Zacarías animaba también a sus partidarios con el ejemplo, cada golpe del hacha del Velludo parecía decidir la victoria. Seguía a éste su fiel perro, que, no menos intrépido que su amo, acometía a sus enemigos con increíble inteligencia y ferocidad, y más de uno de los bandidos rebeldes fue víctima de los dientes del impetuoso Sagaz.

En resolución, al amanecer se levantó un viento fresco en dirección al sitio donde empezó el fuego, que, impeliendo las llamas a campo raso, lo apagó en pocas horas, faltó ya de árboles en que cebarse.

Amaneció nublado, y el humo cubría de tal modo la atmósfera, que apenas podía decirse que era de día. Entre tanto cesó la batalla y quedó el campo en silencio, lo que redobló la inquietud del judío y causó pena al buen Nuño, dudosos ambos por quién habría quedado el combate. Pero esta duda no duró mucho tiempo, y bien pronto, habiendo Nuño salido a registrar el campo, vio subir la colina al Velludo, negro de humo, medio chamuscadas las barbas y el saco de cuero quemado, cubierta de sangre el hacha que traía en la mano y con los ojos que relampagueaban de ira. Seguía su gente conduciendo algunos presos, y en llegando a la altura donde estaba el judío hicieron alto, se repartieron algunos víveres y se pusieron en buena paz a almorzar, tan alegres y satisfechos como si nada hubiera sucedido de extraño.

El judío se acercó al capitán y le saludó diciéndole sentía mucho haber sido él causa inocente de aquel trastorno, a lo que respondió el Velludo que él se alegraba sobremanera de aquello, porque así se había

conocido ya quiénes eran los buenos y los malos de su partida.

Dicho esto callaron todos, y él dio orden para que les quitaran la vida a los que traían prisioneros, lo que se ejecutó al momento, atándolos dos con dos por los brazos a los dos frentes de cada árbol que por allí había y disparándoles tantas flechas, que su muerte fue obra de un solo punto.

-Veamos -dijo, hecho esto, el Velludo con mucha calma desde la peña en que estaba sentado-, veamos ahora ese hipócrita de Lucifer que trataba de quitarme el mando. Por la Virgen de Covadonga que voy a hacer con él ahora un ejemplar castigo como no se ha visto en el mundo.

Diciendo así dio un silbido, y habiendo vuelto Nuño y el judío los ojos hacia la parte adonde llamaba, vieron venir al mastín trayendo medio a rastra el cuerpo de Zacarías, que en vano intentaba desasirse de él, y que cada vez que sentía en su carne los dientes del animal lanzaba un quejido tan lastimoso como risible para aquellos bandidos, que a carcajada tendida celebraban con sumo aplauso la gracia. Señalábanle todos riendo, y hasta el buen Nuño, aunque nos cueste trabajo decirlo, pagó su tributo a la ferocidad de aquel siglo con una carcajada brutal. Sólo el judío ni se reía ni se conmovía, indiferente al parecer, y admirando entre sí los castigos que tarde o temprano reserva al delincuente la providencia.

-Vamos, aquí -dijo el Velludo-, señor devoto, que os voy a enviar al cielo más pronto que la vista, aunque antes no será malo que nos divirtamos un rato a tu costa, según tu loable costumbre con los que caían en tus manos. Suéltale, Sagaz.

Con lo que habiéndole el perro dejado libre, Zacarías se hincó de rodillas y empezó amargamente a llorar, suplicándole que le perdonase la vida.

-Siquiera -decía- por el tiempo que os he servido.

Yo os prometo retirarme a buen vivir y rogar a Dios por vos; lo digo ahora de veras. Yo os prometo que no quiero más que salvar mi alma. Yo os besaré los pies, yo...

-A ver, un latinajo, maestro Zacarías -gritó, mofándose uno de los bandidos.

El Velludo le miraba con desprecio, y más de una vez tuvo el hacha en alto para descargarla encima, a tiempo que el infeliz se arrastraba en el suelo delante de él, le besaba en efecto los pies y pedía la vida con clamores capaces de enternecer una piedra.

-Vergüenza me da, ¡vive Dios! -dijo el Velludo soltando el hacha-, de pensar que has sido tú el que ha tratado de quitarme el mando. Ven acá, alma de cántaro, corazón de gallina, ¿qué demonios tiene la muerte que tanto te asusta? Por la Virgen de Covadonga, si no tiene más remedio que morir, muere como hombre y no hagas ver que eres un mandria.

-¡Por Dios! ¡Por Dios! ¡Compasión! ¡Misericordia de mí! -gritaba Zacarías-. Dios os lo premiará en la otra vida.

-Calla, cobarde, que no es cosa para tanto, ni vale tu vida el tiempo que hemos de tardar en quitártela. ¡Ea!, muchachos, ahí os lo entrego para que os divirtáis un rato con él -gritó el Velludo a su gente con su acostumbrada frescura.

Adelantáronse todos al pobre hipócrita, que más hubiera querido verse entregado a las fieras, y sin hacer caso de sus súplicas ni de los

alaridos que daba, empezaron a jugar a la pelota con él como con un pelele en carnestolendas, echándose los unos a otros, hasta que cansados de su diversión idearon otra de no menos ingenioso entretenimiento, y fue que cogiéndole entre dos o tres le ataron las manos a la espalda, y en seguida por medio del cuerpo a un árbol, ligándolo fuertemente asimismo por los pies, lo que con grandes carcajadas y chistes fue aplaudido por todos. Hecho esto llamaron al perro, y poniéndolo enfrente de él a cierta distancia y sujetándolo uno de ellos con ambas manos, hicieron por dos o tres veces además de dejarlo ir contra él, riéndose a cada contorsión que hacía el infeliz, temeroso de la embestida. Por último, al cabo de haberle remedado algunos y díchole otros cuantos donaires se les ocurrieron, achucharon al animal, y al grito de «¡A él, a él!», lo dejaron suelto.

Arrojóse el perro con tanta furia como suelen embestir al toro los alanos que a tales peleas están enseñados, y en llegando cerca del árbol dio un salto y agarró a Zacarías del pescuezo, que, olvidado de que tenía las manos atadas, hacía increíbles esfuerzos por llevarlas delante para apartarle con ellas. Apenas hubo hecho presa cuando dos ladrones acudieron a quitárselo, lo que con no poco trabajo lograron, y habiéndose vuelto a colocar en el mismo sitio que antes, le soltaron segunda vez. Varias veces repitieron la misma faena, y a la verdad que era horrible ver aquel hombre moribundo esperando de este modo una muerte, lentamente penosa, y clamando ya con espantosos gritos que le mataran por Dios cuanto antes.

En resolución, fueron tales los alaridos que dio, que el judío y Nuño se taparon los oídos por no oírlo, y el Velludo, levantándose de la piedra donde había permanecido mirando, puso fin a la bárbara diversión diciendo, a tiempo que se encaminaba hacia él:

-Yo te haré callar, Lucifer, que ya me duele la cabeza de oírte.

Y llegándose a él le dividió el cráneo en dos partes del primer hachazo, llamó al perro y se volvió a donde estaban el judío y Nuño, con quienes se puso a hablar muy tranquilo. Y fue lo particular que en su última hora de lo que menos se acordó Zacarías fue de encomendarse a Dios ni de rezar; tan turbado estaba que hasta se olvidó de la ocupación de toda su vida.

-No hay que temer, amigo Nuño -decía el Velludo-; yo os ofrezco que antes de tres días me tendréis a vuestra disposición con mi tropa en los pinares de Iscar y que se hará cuanto se pueda por vuestro amo. En cuanto a vos -prosiguió, hablando con el judío-, sois libre y podéis irs donde mejor os convenga.

Diciendo así, y habiendo reunido su partida, se despidió de ellos y se alejó de allí precipitadamente a una expedición, si no de mucha honra, al menos de bastante provecho.

-Si no fuera que es un ladrón -dijo Nuño, luego que el Velludo se retiró-, juro a Dios que sería un hombre con quien yo pasaría con gusto toda mi vida. Es intrépido como él solo y se parece como un huevo a otro a un amigo que yo tuve, que murió el año de 1255, el día de San José en la batalla que os empecé a contar. ¡Fue mucha batalla aquélla!

-El Velludo -respondió el judío- es como todos los hombres: un conjunto de cosas buenas y malas.

Y montando en su mula y Nuño en su caballo tomaron, el primero, el camino de Valladolid por si lograba saber el paradero de su hija, y el

segundo, el de Iscar, determinado a todo con tal de salvar a su señor de la prisión donde maldecía su destino.

Capítulo XLIII

Abrirse ve bajo su misma planta
la tierra de ambos polos sacudida;
sulfúrea niebla que la vista espanta
.....
y en medio de los aires se levanta
sobre un grupo de nubes sostenida,
adusta diosa cuya sombra crece
y allá en los cielos penetrar parece.
MARTÍNEZ DE LA ROSA

Dos días habían pasado ya desde la entrevista de Nuño con el Velludo, sin que en este tiempo hubiese visto Hernando de Iscar otra cara que la de su carcelero, que con extraordinarias precauciones le traía todos los días la comida, que el desesperado caballero apenas probaba, sin embargo que el cocinero del castillo solía echar en todos los manjares cantidad suficiente de ajos y especias para despertar el apetito.

Era su calabozo el cubo de una torre, sin más vistas que una reja que daba al campo, por donde le entraba la luz del día; un cántaro de agua y una cadena fija en una aldaba de la pared, y que ceñía al prisionero por medio cuerpo, aunque bastante larga para permitirle ponerse en pie y andar algunos pasos, hacían el único adorno de aquella estancia. Cerrábase con una puerta doble, tachonada de clavos, que bien así como la losa de una sepultura encajaba de modo, en el marco, que ni aun daba paso al aire, asegurada asimismo por fuera con dos enormes cerrojos, que al abrir o cerrar el calabozo hacían el único ruido que llegaba a los oídos del castellano de Iscar. Habíanse tomado cuantas providencias son imaginables para que no pudiera escapar, temerosos de su valor; y Saldaña, que miraba su prisión como el áncora de su esperanza, había impuesto pena de la vida por el menor descuido que padeciesen sus guardas.

Era animoso el de Iscar, y los trabajos que sufría no eran capaces de abatir su corazón; pero como al mismo tiempo era su genio impaciente sobremanera y en extremo altivo, su brío le hacía a cada instante exasperarse, y, perdido en sus cavilaciones, a veces parecía loco y se arrancaba mechones de pelo de coraje. Su carcelero, el buen Duarte, brusco y rudo como un puerco espín, apenas le hablaba una palabra, y el de Iscar, demasiado orgulloso para preguntar nada a un villano, no se dignaba siquiera mirarle cuando le traía su comida. No venía tampoco más que dos veces al día, y rara vez volvía a abrir el calabozo hasta el día

siguiente. Pero una tarde, a deshora, sintió el de Iscar el triste estruendo de los cerrojos que descorrían, y asombrado de aquel desusado ruido a tal hora, volvió la cabeza a mirar quien era con indiferencia, y vio a Duarte que con su cara de perro de presa y las llaves en la mano entraba en el calabozo. No preguntó nada el de Iscar, y era asaz tardo el honrado escudero para hablar de pronto sin meditar primero lo que iba a decir. Y no que temiese aquello de que palabra suelta no se recoge, sino que se sucedían tan despacio las ideas en su embotado caletre, y era, además, tan falto de explicaderas, que necesitaba de algún tiempo para romper.

En fin, haciendo un esfuerzo, después de haberse mordido la yema del dedo pulgar, rascándose la frente con la mano izquierda y dado dos o tres embestidas con el cuerpo hacia adelante como si fuese a hacer algo y no se atreviese a ello, dijo:

-Pues, voto a mi padre, que aquí no debéis estar muy a gusto.

Estaba sentado en el suelo el de Iscar, tenía la cabeza inclinada sobre el pecho, y no hizo señal siquiera de haberle oído, por lo que segunda vez se halló Duarte en la misma dificultad, sin acertar por dónde empezaría lo que tenía que decirle.

-Yo, señor -dijo-, no sirvo para esto; yo he conocido mucho a vuestro padre cuando el de mi amo y él eran amigos.

Aquí se detuvo por ser período demasiado largo y no ocurrirsele el cómo podría pasar adelante; pero el de Iscar, que oyó nombrar a su padre, no pudo menos de levantar la vista y responder con su acostumbrada aspereza.

-¿Y qué hay?

Esta pregunta fue un rayo de luz para Duarte, que respondió como si lo trajese estudiado:

-Es el caso que están haciendo en la plaza del pueblo un tablado, y que tengo entendido que, a más tardar pasado mañana, os van a cortar allí la cabeza. No que a mí me importe eso, ni menos me asuste, pero, al fin y al cabo, como os he conocido cuando erais niño, lo siento.

El rostro de Hernando resplandeció con el gozo de la desesperación al oír la noticia que le daba su carcelero. Púsose en pie, levantó al cielo los ojos y dijo:

-¡Yo os doy gracias, Dios mío! Padre mío, voy a abrazaros digno de vos, sin haber manchado en nada la gloria de mis antepasados.

Y volviéndose a Duarte prosiguió:

-Ve y di a tu amo que lo que siento es que no me haga dar muerte ahora mismo.

-Vive Dios que me alegro -repuso Duarte- que no os siente mal la noticia, porque, en fin, así se va un hombre más contento, y...

Aquí le faltaron ya palabras al escudero, que aquel día había hablado, puede asegurarse, casi tanto como en toda su vida, excepto cuando vivía Jimeno, a quien estaba maldiciendo continuamente por el poco respeto que el pícaro paje le manifestaba.

Iba ya a retirarse cuando el señor de Iscar, templada sin duda su altivez con la idea de la muerte próxima o enternecido su corazón con algún recuerdo de lo que dejaba en el mundo, volvió a mirarle y le dijo:

-¿Sabes tú de mi hermana? ¿Está aquí?

-Aquí está. ¿Qué hay con eso?

Un pensamiento cruel despedazó en este momento el corazón de Hernando y una lágrima de furor y de pena a un mismo tiempo se desprendió por su mejilla, al par que el temblor convulsivo de sus miembros probó la agitación de su alma. Figuróse si estaría ya deshonrada, y tal vez en aquel momento en brazos de su enemigo, acariciándole y olvidada de su hermano, cuyo honor, que debía reflejar en ella, iba a cubrirse de nubes para siempre por culpa de una mujer. El temor de deshonrarla delante de aquel villano si no era cierto lo que imaginaba y el más terrible de saber de fijo lo que quisiera eternamente ignorar combatía con el deseo más vivo de saber de ella. Por último, determinado a todo, se atrevió a preguntarle:

-¿Saldaña la trata bien?

-¡Toma! -respondió Duarte-. La mimo como a una reina.

-Y ella supongo -continuó el prisionero con amargura- admitirá sin repugnancia sus atenciones.

-Hay de todo -repuso el escudero con sequedad-, aunque dicen que se está tratando la boda.

-Mientes -le dijo el de Iscar con impetuosidad; pero acercándose a él cuanto le permitía su cadena, procuró contenerse y prosiguió:- Dime la verdad, explícate claramente, y yo te prometo... no sé qué -exclamó con impaciencia, acordándose de que nada poseía ya en el mundo y que estaba condenado a muerte-. Este relicario de oro -prosiguió, echando mano al que traía en el pecho- vale cien alfonsís y mi padre lo llevó encima mientras vivió.

-A mí no me seduce nadie -gritó Duarte con un gruñido-. ¡Vive Dios! Bueno es que anduvo el maldito paje, que está en los infiernos, tras de ganarme, y no lo pudo conseguir nunca.

-¡Por Santiago! ¡Villano! -exclamó el caballero, crujiéndole todos los huesos de su cuerpo de cólera y haciendo un esfuerzo para romper la cadena-, que me has de decir cuanto sepas o...

-No, no hay cuidado -repuso Duarte con estúpida calma-. La cadena no se rompe así como se quiera, y os vais a hacer mal si tiráis de ese modo.

-Maldito seas tú y tu amo, y ojalá que se cumpla mi maldición -gritó Hernando, con el rostro amoratado y arrojando espuma por la boca, de ira-, y maldita sea mi hermana, y caiga sobre ella, además, la maldición de mi padre si mi sangre se mezcla alguna vez con la del infame Saldaña.

Imposible fuera pintar la rabia que se apoderó del desdichado caballero, que no dudó ya un punto que su hermana había en fin cedido a las instancias de su robador; baste decir que se arrojó contra el suelo dando bramidos espantosos y golpeándose la cabeza con los eslabones de la cadena con tanta furia que el viejo Duarte, a despecho de su estúpida insensibilidad, se sintió conmovido, y aun le hubiera rogado que no se maltratase de aquella manera si el pobre hombre hubiese hallado palabras con que pedirselo. Calmado ya el primer ímpetu de su cólera, clavó el prisionero los ojos en el techo de su calabozo y dijo con desmayada voz:

-Vos me oís, padre mío; maldición sobre la hija de vuestro cariño, que ha desobedecido vuestros mandatos. Vos la hicisteis noble al engendrarla, y ella se ha prostituido a vuestro enemigo; vos la educasteis en la virtud y ello ha preferido el vicio y ha deshonrado nuestra familia

llenándome a mí de infamia. No es ya mi hermana, no es ya vuestra hija. ¡Maldición, execración eterna sobre esa mujer! Oye -continuó, fijando sus ojos en Duarte-, dile a tu amo que el único favor que le pido es que se harte de ella pronto y la odie, la mitad siquiera de lo que le aborrezco yo a él. ¡Hermana mía! ¡Hermana mía, tú eras la perla de nuestro linaje, el ídolo de tu hermano, y tú le has deshonrado por último!

-Juraría que siento pasos -dijo Duarte, acercándose a la puerta-. Alguien viene. Quedad con Dios, que no quiero que me vean hablando con vos ahora.

Y ya iba a cerrar la puerta cuando una mujer, hermosa como el sueño de la inocencia, aunque abatida sobremanera y preñados los ojos de lágrimas, le hizo seña con la mano que dejase abierto, y sin sentar apenas el pie en el suelo, veloz como el pensamiento, se precipitó en la prisión.

-¡Afuera! -gritó Duarte con su rusticidad favorita; pero antes que pudiese en ejecución sus palabras, como tenía medio cuerpo fuera del calabozo, sintió que le asían fuertemente de un brazo, volviéndose con impaciencia a saber quién era, halló un hombre embozado en una ancha capa de pies a cabeza, que, acercándosele cuanto pudo, le dijo en secreto algunas palabras y se alejó en seguida.

Empezaba ya a anochecer, y la poca luz que penetraba en el calabozo servía sólo para dejar ver las tinieblas; Duarte, obediente sin duda a las palabras del incógnito, se había retirado fuera del calabozo, dejando la puerta abierta; Hernando, tendido en el suelo, reclinaba su frente sobre su mano derecha, la cabeza vuelta hacia la pared y la desesperación en su rostro; y Leonor, que era ella la que acababa de entrar, parada en medio del calabozo, las manos cruzadas sobre el pecho y puestos los ojos en su hermano, mirándole con muestras de compasión y ternura.

-Hernando, hermano mío -se atrevió, por último, a pronunciar en voz baja y mirando a un lado y a otro, como si temiese que la escucharan, bajándose al mismo tiempo para abrazarle.

-¡Qué oigo! -exclamó Hernando sorprendido y volviéndose de repente a mirarla-. ¡Es la voz de Leonor! ¡Dios mío, haced que sea falso lo que me imaginaba!

-Hernando -exclamó Leonor, sorprendida de la frialdad de su hermano, que no había hecho sino mirarla-, ¿te has olvidado ya de mí? ¿No me amas ya como antes?

-¡Pluguiese a Dios -respondió Hernando- que te aborreciera! ¡Mujer! ¡Mujer! Tú me has perdido y te has llenado de infamia a ti misma.

-¿Yo te he perdido? ¿Yo me he cubierto de infamia? -exclamó Leonor, sorprendida-. ¿Qué quieres decir, Hernando? ¿Quisieras tú aborrecer a tu hermana?

-O que nunca hubieras nacido -continuó el caballero con muestras de pesadumbre-. Leonor, yo te adoraba; yo había jurado no dar mi mano a ninguna mujer para entregarme únicamente a ti, satisfecho con el amor puro de hermanos que se abrigaba dulcemente en mi alma; tú eres la joya de más valor que al morir me había dejado mi padre, la mejor riqueza de cuantas yo poseía; tu honor era para mí mil veces más querido que el mío; me deleitaba en tu virtud, y cuando te veía hermosa, dulce y pura como un ángel de luz, todos mis pesares se disipaban, el ceño de mi rostro se desvanecía y un sentimiento inexplicable de ternura se derramaba como un

bálsamo de delicia en mi corazón. ¡Ojalá que entonces te hubiese yo visto expirar en mis brazos o que el día que entraste en este castillo se hubiese desplomado sobre ti, sepultándote bajo sus ruinas! Yo te hubiera llorado, pero no te habría maldecido.

Al decir esto apoyó su frente en la mano izquierda, inclinó la cabeza, y su respiración anhelosa daba a conocer el tormento que le abrumaba.

Púsose Leonor junto a él de rodillas, arrasados los ojos de lágrimas, y echándole ambos brazos al cuello.

-¡Hernando! -exclamó-. ¡Ojalá, como tú dices, que hubiese sido el último de mi vida el día que pisé este castillo por mi desgracia! Pero, ¡ah!, ¿qué te he hecho yo para que me maldigas? ¿En qué te he ofendido, ¡infeliz de mí!, yo, que tantas penas he sufrido sola, débil, mujer en fin, sin ánimo, como tú, para vengarme de mi perseguidor, y forzada a oponer únicamente una resistencia pasiva a sus ruegos y a sus amenazas? ¿Qué más podías exigir de mí? Yo he sabido que estabas también prisionero de tu enemigo; mil veces ese hombre cruel, digno de odio y de lástima al mismo tiempo, me ha amenazado con darte muerte si no cedía a sus deseos. Mil veces se ha detenido en pintarme el momento de tu muerte con los colores más negros que pueden imaginarse, subiendo al patíbulo como traidor, envilecido tu nombre, borrados nuestros blasones por el verdugo y arrasado el castillo de nuestros padres. Y yo podía darte la honra y la vida si le entregaba mi mano, y sólo en una palabra mía consistía salvarte de muerte tan espantosa. Tres días me dio para decidirme. Pasaron éstos, y yo no había hecho más que llorar día y noche, sin determinarme a nada, y si tal vez pensaba en sacrificarme por ti, ponía a Dios por testigo de mi inocencia, y rogaba a mi padre que mirase con piedad la debilidad de su hija. Pero aun tuve fuerza para resistir y para rogar a nuestro tirano que me concediese algunos días más y dilatase tu última hora, esperanzada no sé en qué, y todavía sin saber a qué resolverme.

-A verme morir -respondió con firmeza el caballero-. A verme morir con el valor propio de la hija de cien héroes, y a morir tú misma primero que llamar tu esposo al verdugo de tu familia.

-¡Ah, sí, morir! Ese es mi único deseo -respondió Leonor-, pero la muerte no oye la voz del infeliz que la llama, y antes he de ver rodar tu cabeza y teñida el hacha del verdugo en tu sangre, y he de oír deshonorado tu nombre, y aun quizá viviré largos años, y una voz secreta repetirá a cada instante en mi corazón: Tu hermano murió en un patíbulo por tu culpa; en ti pudo más tu orgullo que el amor que le debías, y que te mandaba sacrificarte por él.

-¡Quita allá, mujer! -gritó Hernando, apartándola de su lado con aspereza-. Huye de aquí y deja que olvide que he tenido una hermana que prefiere mi deshonor a mi muerte; huye de aquí y déjame morir en paz.

-¡Ah! -suspiró la infeliz Leonor, poniéndose en pie, sorprendida de aquel tratamiento tan áspero-. Yo he suplicado a Saldaña que me permitiese venir a verte pensando servirte de consuelo, y he venido sólo a aumentar tu martirio. ¡Dios mío! ¡Qué maldición ha caído sobre mí para merecer el odio de mi mismo hermano! ¡Quién hay más desdichada que yo! ¿Qué quieres que haga por ti?

-Dejarme morir, y si de veras me amas, clavar un puñal en el pecho de

mi asesino y vengarme.

-Hernando, tú no sabes lo que me pides -respondió Leonor, aterrada-; yo sólo quisiera salvarte.

-Si tal hicieras, mujer, yo te juro que sería inútil tu sacrificio -repuso Hernando-, porque antes de verte esposa de ese traidor, yo mismo, yo, me atravesaría con mil puñaladas el corazón, y a falta de cuchillo, con mis propias manos me despedazara. Oye, la noticia del próximo fin que me aguarda, y que he recibido hoy, había regocijado mi pecho, y hasta de esta última alegría me has privado con tu ruin proceder; vete, vete de aquí, primero que me hagas cometer un crimen, ahogándote para evitarte que cometas tú una vileza, y sabe que te he maldecido, que en ti no veo ya sino una prostituta que va a entregarse a un malvado, que antepone la vida a la honra y que ha venido en fin, a amargar mi última hora con su presencia. Sí, yo te maldigo, y hasta que muera te maldeciré.

-No, no, hermano mío -exclamó Leonor, arrojándose a sus pies y abrazándole las rodillas, toda desolada y llorando-. Yo no merezco tu maldición; tú eres injusto conmigo, y, en fin, yo soy inocente y nada le he prometido. No me maldigas; ten compasión de mí y mátame si quieres, pero no me aflijas con tus insultos.

Miróla Hernando, y sintió al oír su voz dolorida, y al verla a sus pies tan acongojada, que su furor se había calmado de repente, y hasta se arrepintió de lo que había dicho. Porque en medio de su frenesí había dejado escapar palabras harto injuriosas contra su hermana; era, en fin, generoso y la amaba demasiado para que no le pesase su arrebató y tratase de enmendarlo y pedirle perdón de sus injusticias.

-Levántate, Leonor -repuso con voz más dulce-; yo te perdono; sin duda no eres culpable, pero tú no sabes adónde llega el dolor que despedaza mi alma. El peso de mis cadenas, la estrechez y el silencio lúgubre de este calabozo, los días que en él he estado esperando hora tras hora la muerte, todo ha sido un cielo si lo comparo con el infierno que abrasa ahora mi corazón. No has prometido nada me dices. ¿Y cómo has podido siquiera dudar un instante del partido que debías abrazar? ¿Cómo has podido creer que yo te agradeciera nunca una vida comprada con tu deshonor, ni cómo puedes tú ser jamás la esposa del hombre que te ultrajó y te ha ofendido, y exige tu mano por fuerza, del hombre, en fin, a quien detesto con todos mis sentidos y toda mi alma?

-¿Y crees tú -respondió Leonor- que le aborrezco yo menos? ¿No concibes el sacrificio que estaba dispuesta a hacer por salvarte? Dios sabe si mis intenciones son puras. Pero tú eres el último de mi linaje, y en ti, si mueres, se extinguirá para siempre. Yo no soy más que una mujer, y aunque viva, aunque te sacrifique a mi orgullo y a mi inclinación, no puedo por mí sola sostener el esplendor de mis ascendientes. Y viviendo tú renovarás nuestros antiguos timbres con tu valor y podrás cumplir tu venganza. Olvidarás que soy tu hermana, y mirándome como la esposa de Sancho Saldaña, yo misma presentaré a tu puñal mi pecho, dichosa si con mi muerte he salvado tu honra, después de haber salvado tu vida con mi vergüenza.

-Calla, calla, Leonor, y júrame, si me amas, odiar como yo a mi enemigo y no ser nunca su esposa.

-¿Y te he de dejar morir?

-Sí, Leonor -replicó su hermano-, y mi última hora será la más feliz de mi vida si me aseguras de mantenerte en tan noble determinación. ¿Me lo juras?

-¡Hernando!

-No hay remedio si no quieres que te aborrezca -replicó el de Iscar-; mi muerte será un bien, será una felicidad, y yo al expirar te bendeciré.

-Separémonos como hermanos, Hernando, y no me hagas jurar lo que quizá no tenga fuerza para cumplir.

-Júralo u olvídate para siempre, y mi desprecio y mi maldición será el premio de tu sacrificio. Pero si, al contrario, juras dejarme morir y odiar eternamente a Saldaña, yo te amaré con todo mi corazón, te amaré como a mi hermana querida, y moriré contento.

-¡Hernando! ¡Hernando mío! -exclamó Leonor, derramando un torrente de lágrimas.

-Estás resuelta, ¿no es verdad? Ven y déjame que te estreche por última vez a mi corazón: encuentre yo en ti todavía la hermana de mi cariño. Acuérdate que el verdugo de tu hermano ha sido Sancho Saldaña, que sus manos se han teñido en tu sangre...

-Sí, Hernando mío -replicó Leonor, arrojándose en sus brazos-, yo te lo juro.

-¡Padre mío! -exclamó Hernando, con su mano izquierda abrazando a Leonor, y alzando los ojos y la derecha al cielo-, tú has oído su juramento. Caiga tu maldición sobre el perjurio, y vela tú desde el cielo sobre esta infeliz huérfana que va a quedar a tantos peligros abandonada si cumple lealmente lo que ha jurado. Dios mío, ten lástima de su orfandad.

-¡Hernando! ¡Hernando! ¡Nunca más te he de volver a ver! -exclamó Leonor abrazándole toda trémula e interrumpida su voz con sus gemidos.

-En el cielo, Leonor -repuso su hermano con tono solemne.

La puerta del calabozo se abrió de par en par en este momento, y el embozado que había hecho retirar a Duarte se precipitó furiosamente en la estancia, y arrancando a Leonor de su hermano con increíble fuerza, tomola en brazos, y a pesar de los gritos y de las amenazas de Hernando, cerró la puerta de golpe, corrió con gran estrépito los cerrojos, y con su preciosa carga en los brazos atravesó a pasos precipitados los corredores, subió y bajó sin detenerse las escaleras, y Leonor, aterrada y sorprendida, no creyó menos sino que volaba en los aires arrebatada de un huracán.

Era Saldaña, que había estado oyendo la conversación de los dos hermanos; Saldaña, que había sufrido en media hora todos los martirios del infierno en la eternidad, despedazando su corazón la rabia, y roído de envidia, juzgando muy más feliz a su enemigo el de Iscar, preso y sentenciado a muerte, que a él mismo en medio de los honores y las riquezas y dueño de su libertad. Porque él cifraba su dicha en el amor de Leonor, y la había oído decir que le aborrecía, y aunque ya hacía tiempo que lo imaginaba, nunca se lo había oído a ella misma. Había visto, además, la alegría de Hernando que, resuelto a morir, miraba la muerte como el camino del cielo, tranquila su conciencia y sosegado su espíritu, y sin temor del juicio de Dios, confiado en su inagotable misericordia, mientras él, supersticioso, pecador endurecido y lleno al mismo tiempo de remordimientos, no gozaba un instante de paz, pensando en los eternos

castigos que le aguardaban. Despechado, por último, frenético, celoso del amor de los dos hermanos, no pudo contenerse más tiempo, y en uno de aquellos frenesíes que solían apoderarse de él, penetró, como hemos dicho, en el calabozo y la arrebató de los brazos de Hernando.

Atravesaba el corredor a donde daba la puerta de la habitación que en otro tiempo había ocupado la desventurada Zoraida, cuando creyó que oía pasos de alguno que se acercaba. Pero no eran los pasos que oía como los de un ser mortal, y había algo en el lento, melancólico y pausado ruido que hacían, que parecía cosa del otro mundo. La imaginación acalorada de Saldaña le hizo acordarse entonces de aquella infeliz que había asesinado él mismo, heló un sudor frío sus huesos, erizóronsele los cabellos y sintió que le faltaban las fuerzas. Los pasos que había oído parecían acercarse, sintió además un rumor semejante al que forma una ropa talar, que arrastra, al movimiento del que la lleva; cerró los ojos, apoyó la espalda contra la pared, estrechó a la desmayada Leonor contra su amedrentado pecho, y no acertó a seguir adelante ni a retirarse.

La noche había cerrado ya enteramente y la oscuridad más profunda reinaba en aquellas temerosas galerías. Los pasos resonaron más cerca, y Saldaña apenas osaba moverse, cuando abrió los ojos de pronto y vio, o imaginó, que veía, una luz pálida y moribunda a corta distancia, semejante a los fuegos fatuos que suelen encenderse en los cementerios. Figurósele que temblaba asimismo el suelo bajo sus pies, como si se abrieran las losas del pavimento, y que una figura cadavérica, una mujer, en su imaginación colosal, la imagen, en fin, de Zoraida, sólo que desfigurada ya con la muerte y de extraordinaria estatura, con el mismo puñal en la mano con que le amenazaba el día que la asesinó, se alzaba fantásticamente a su vista, y se encaminaba hacia él. Sintió Saldaña, al verla, oprimirse su corazón, crispase sus nervios, y a no tener apoyada la espalda contra la pared hubiera dado consigo y con Leonor en tierra. Pero el mismo terror que aquella aparición sobrenatural le infundía le prestó fuerzas otra vez en el mismo instante, y sin separarse del muro, puestos los ojos inmóviles en ella, a cada paso que la fantasma adelantaba retrocedía él otro, andando de lado, trémulo y falto de aliento.

Cuando llegó al ángulo del corredor, ya la visión había desaparecido, y en su lugar vio al viejo Duarte, que con una linterna en la mano venía hacia él desde el otro extremo. No pudo entonces menos de dudar si habría sido un delirio suyo la vista de aquella fantasma, y si habría tomado a Duarte por ella en su desvarío. Sin embargo, Duarte acababa entonces de llegar al corredor, y la figura de Zoraida había aparecido enfrente de él, y casi en el mismo sitio donde se había presentado la había visto desvanecerse. No dudó ya un punto de la verdad de aquella visión, pero habiendo recobrado en parte su espíritu, aunque todavía temeroso de volverla a ver, corrió con ímpetu a la habitación de Leonor, y en dejándola al cuidado de sus doncellas, se dirigió a su estancia y se arrojó en su silla, donde quedó pensativo por largo rato.

Capítulo XLIV

Fallida ya mi esperanza
quedo triste y sin ventura,
y en tamaña desventura
no he más bien que mi venganza.
ANÓNIMO

Entró luego a despertarle de sus cavilaciones un caballero de parte del rey, que le dijo que su alteza deseaba verle, y que le esperaba solo en su cuarto. Túvole que repetir el recado dos veces, a pesar de venir del rey, pues además de estar distraído no se picaba nuestro héroe de cortesano, y las penas que le consumían le traían tan fuera de sí que apenas ponía cuidado en lo que le hablaban. Levantóse de su asiento a la segunda vez sin replicar palabra, y habiendo hecho seña al caballero de que le había entendido, se dirigió a la habitación de don Sancho, donde le halló solo, ocupado en revolver algunos libros de astronomía.

Hízole un saludo respetuoso, al que contestó el rey, quien cerró el libro que estaba leyendo, y habiéndose vuelto a él le indicó que tomase asiento y se acercase, diciéndole al mismo tiempo:

-Parece, buen caballero, que os es fatal vuestra estrella.

-Vuestra alteza, señor -respondió Saldaña con tono de voz melancólico-, creo que se engaña en llamar estrella a la luz infernal que guía mis pasos en este mundo. Pero lo cierto es que no hay en él un hombre más desdichado que yo.

Eso quiere decir -repuso el rey- que la hermana del rebelde está más obstinada que nunca, y no nos permite con su tenacidad usar de nuestra clemencia.

-Así es -repuso Saldaña-: esa mujer se ha empeñado en que su hermano muera, y en que yo me desespere y maldiga al Dios que me hizo y la hora en que vi la luz.

-Pues entonces, ya veis -contestó don Sancho- que es inevitable que se cumpla la ley. Mi deseo hubiera sido perdonarle y reconciliar vuestras dos familias por medio de vuestro enlace con Leonor de Iscar, porque, por Santiago de Compostela, os juro que querría salvar y tener por mi servidor a un tan valiente caballero como su hermano, aunque no fuera sino por lo leal que para con mi padre fue el suyo.

-Hernando de Iscar, señor -respondió el de Cuéllar-, es testarudo como un toro, y yo no sé qué hacer ya con su hermana para persuadirla. Con todo, es cruel el partido que va a tomar vuestra alteza, y si pudiera ser retardar aún algunos días...

-No, Saldaña, os engañáis -interrumpió el rey-; lo que sería bondad únicamente de nuestra parte, sería mirado como una prueba de debilidad por nuestros enemigos. El delito de Hernando, mientras que a Nos no preste el homenaje debido y ceda su hermana a vuestras instancias, no debe quedar impune. Considerad que es el jefe de una facción que todavía cuenta muchos partidarios en todo el reino, y que mientras él viva y no le tachen los

suyos de traidor a sus juramentos, viéndole premiado a nuestro servicio, mantendrán esperanzas que debemos a toda costa desvanecer, y atribuirán a miedo la tardanza de su castigo. Os he hecho llamar, porque no he querido proceder de ligero; pero ya que vos mismo no conserváis esperanza alguna de reducir a su hermana, Hernando de Iscar es preciso que muera.

-Y entonces yo -respondió Saldaña- perderé también lo único que me quedaba en el mundo, porque también Leonor morirá sin duda, y vos seréis el que, por premio de los servicios que os he hecho, me la arrebatéis para siempre y hagáis que me maldiga en su lecho de muerte como al demonio de su desgracia.

-Saldaña -repuso el rey con afabilidad-, estáis loco, y no se puede hacer caso de lo que en este momento decís. Esa mujer os ha trastornado el juicio.

No se engañaba el rey en lo que decía y cualquiera que hubiese visto a Saldaña girar a un lado y a otro, los ojos desatentados, la cabeza baja y contraído a veces el rostro, hubiera participado de su opinión. Luchaba entonces el corazón de nuestro héroe con cien encontradas pasiones. Deseaba, por una parte, vengarse de una vez de Leonor, aunque fuese a costa de sí propio; faltábale, por otra, fuerza bastante para ejecutar su venganza, temía echarse sobre sí un nuevo crimen, hacía ilusión todavía de vencer la tenacidad de Leonor, pesaba además las razones del rey, y en medio de tan contrarias voluntades no sabía por qué decidirse. Y quedó algún tiempo en silencio y hablando a veces consigo mismo en confuso murmullo, olvidado de quien estaba con él, como si se hallara solo en su cuarto. Mirábale el rey, y de cuando en cuando se sonreía. También él hubiera querido salvar a Hernando, aunque por diferentes razones, que puesto que hasta entonces había aparentado ceder a las súplicas de Saldaña, no se le ocultaba al rey lo importante que podía serle un hombre del valimiento de Hernando si lograba desconceptuarlo entre los revoltosos y atraerlo a su servicio.

Pero el convencimiento en que estaba ya de que no podía alcanzar lo que quería, le había hecho mudar de intento, determinado por último a hacer, ya que más no podía, un castigo ejemplar en el jefe de los contrarios. Por otra parte, Saldaña no veía tampoco para él ventaja alguna en cometer el delito de sacrificar a Hernando, puesto que si hubiera querido sólo satisfacer sus sentidos, tiempo hacía ya que estaba Leonor a su voluntad, y en vano hubiera sido su resistencia; pero no buscaba en ella un placer pasajero, no era un instinto animal el que le hacía desearla, sino que un sentimiento profundo, una esperanza de felicidad le obligaba a todo para poseerla.

Imaginábase (porque siempre nos imaginamos en nuestros sueños de felicidad lo que queremos) que aunque ella le aborreciera entonces, su empeño en agradarla, si llegaba a ser su esposo, los miramientos que con ella tendría, volverían en carño el odio que un resentimiento pasajero había engendrado contra él en su corazón. Por lo que la vida de Hernando le era tan precisa como la suya propia para el cumplimiento de sus esperanzas, y sin embargo que la entrevista de los dos hermanos había disipado muchas de sus ilusiones y encendido en su alma vehementes deseos de venganza, decidido a acabar de una vez, aún no acertaba a determinarse, temeroso de perder para siempre lo que tal vez pudiera ganar todavía.

Serenóse, pues, un poco, y exhaló un profundo suspiro.

-Vuestra alteza -dijo- no debe precipitarse en quitar la vida al de Iscar. Quizá logremos todavía que Leonor ceda, y en ese caso...

-Desengañaos, Saldaña -repuso el rey-; la pasión que tenéis a esa dama os hace ver lo que no hay y esperar lo que no llegará jamás, mientras usemos de la blandura con que los hemos tratado hasta ahora. Si ven que no se cumplen nuestras amenazas, sus oídos se acostumbrarán a ellas, y no harán más caso que de las nubes de antaño. Las que se les han hecho son las más terribles, y nada nos queda ya sino ejecutarlas. Veremos si resiste hasta el último trance el valor de esa mujer inconquistable; probemos su ánimo con el último terror que nos queda, y creedme que si aún tiene firmeza para ver llevar a su hermano al cadalso, ni vivo ni muerto debéis esperar nada de ella, porque es claro entonces que es una de aquellas mujeres que sólo se hallan en los libros de caballería.

-Así es -replicó Saldaña-, y por mi desgracia veréis que no cede. Pero tenéis razón, y no queda otro medio de hacer titubear su firmeza. Es preciso que su hermano muera mañana mismo, y que ella misma presencie su muerte, o que un enlace dichoso ponga fin a las enemistades que nos desunen.

-Me alegro -dijo el rey, sonriéndose- de que penséis con más juicio, y si la mala suerte hiciera...

-Perdonad si os interrumpo, señor -replicó Saldaña frunciendo el entrecejo, que le ennegrecía como una nube el semblante-; si tal hiciera la mala suerte, los demonios del infierno podrán contar con un alma más en su reino.

-¿Y por qué no las damas -repuso el rey- con un galán más que las obsequiase?

Saldaña no respondió; echó una mirada de indignación y desprecio al rey, y rechinó los dientes como un condenado.

Don Sancho, que le tenía por loco, no pudo menos de sonreírse.

-¿Conque está resuelto que mañana o morirá el caballero o Leonor será vuestra?

-Y que ella -repuso el de Cuéllar- ha de estar presente a su muerte.

-Pardiez que estáis decidido -replicó el rey.

-A todo -respondió Saldaña.

Y habiendo quedado un rato en silencio se levantó de su asiento, y sin pedir permiso ni mirar siquiera dónde se hallaba, salió de la estancia embebecido en sus pensamientos, sin oír siquiera la risa con que don Sancho celebraba su distracción.

Capítulo XLV

En esto los de la guarda
hicieron andar la yegua,
y al pregonero avisaban

gritase: esta es la justicia
que nuestro rey hacer manda
al moro Azarque, traidor
contra su corona sacra.
Romance de Azarque

El sol, y no Febo, en todo su esplendor teñía ya de color de fuego las almenas del castillo de Cuéllar, cuando el bullicio y algazara que resonaba en las calles de la ciudad, habrían hecho creer a cualquier forastero que alguna agradable fiesta se disponía. Y no le hubiera quedado duda de qué clase de función era la que iba a representarse, si seguía los pasos de la multitud que se encaminaba a la explanada de la fortaleza, donde un magnífico cadalso cubierto todo de bayeta negra se levantaba, obra sin duda de extraño artificio y particular gusto, a juzgar por el inmenso gentío que la contemplaba.

-Hola, eh, tío Galafre -gritaba uno que, aunque cojo y con dos muletas, corría al sitio destinado para la diversión del respetable público-. ¿Sabéis a quién van a ajusticiar?

-¿A mí qué me importa? -respondió Galafre-: lo que yo quiero es que le corten la cabeza a alguno por divertirme, y tanto monta que sea a Juan como a Pedro.

-Bárbaro -gritó otro con tono magistral y muy pagado de sí mismo-, no creas que vas a ver ningún echacuervos, que no es nada menos que al señor de Iscar, majadero.

-Cata ahí, Marujilla -decía una mujer a otra amiga suya, que con un niño en brazos (a pesar de ser la compasión el dote peculiar del bello sexo), se afanaba entre el gentío por ponerse delante de todos-; cata ahí el señor saludador, el señor Soguilla, que está allí con el hacha, más tieso que otro tanto, y con más colores que la procesión del Corpus.

-Bien decía él que había sido verdugo en su mocedad, y ahí se ve lo que decía mi marido: que el señor Soguilla lo mismo era para un fregado que para un barrido.

-Ahí lo tienes, que parece un caballero, mal comparado.

En efecto, era Soguilla que desempeñaba aquel día el papel de primer galán, y que a fuerza de representaciones al rey, había merecido la plaza de verdugo, debido a sus méritos según él decía, aunque era fama entre sus enemigos que más la había alcanzado por intriga que por servicios que hubiese prestado, siendo, además, incontestable que ya no servía para el caso, aunque en otro tiempo pudiera haber puesto escuela.

Paseábase él entre tanto al pie del patíbulo en el espacio que dejaban los hombres de armas que formaban alrededor, donde no permitían penetrar a nadie, pavoneándose y muy lleno de importancia, persuadido de que habían vuelto para él aquellos días felices en que tanto había lucido en Valladolid, y olvidado, en la embriaguez de su júbilo, de las muchas coces que había recibido de los mulos, sus pacientes, en los diversos lances en que con ellos se había hallado ejercitando el noble oficio de saludador. ¡Tanto nos deslumbra y engríe un momento de gloria, que nos

hace olvidar de nuestros trabajos!

Mientras pasaba esta escena en la explanada del castillo, y aguardaban todos con ansia el momento en que había de presentarse el desventurado caballero, sin el cual no podía verificarse la fiesta, representábase otra parte del drama muy diferente y mucho más lastimosa en el interior de la fortaleza. Había recibido ya Leonor la orden de presenciar la cruel sentencia de su hermano, y su abatido espíritu había desfallecido al oírla. Un frío intenso como el de la muerte había paralizado sus miembros, sus ojos desencajados quedaron inmóviles con una expresión de horror que estremecía y una mirada tan fija y tan penetrante que fascinara al que se detuviera a mirarla. Su memoria la había abandonado del todo, sus labios cárdenos temblaban continuamente, no respondía a lo que le hablaban, y el color de sus mejillas se había trocado en la palidez de la muerte. Estaban a su alrededor las doncellas que la servían, algunas llorosas y acongojadas, y otras el asombro en el rostro y horrorizadas de verla.

No resonaba en aquella lúgubre estancia una palabra, no se sentía el menor ruido, y sólo de cuando en cuando venía a turbar el profundo silencio que allí reinaba el eco oscuro e informe de las voces que alzaba fuera, a lo lejos, la multitud impaciente. Hubiérase dicho al verlas que algún prodigioso mágico había encantado a aquellas mujeres, o que eran las estatuas de un sepulcro, teniendo en medio de ellas la verdadera imagen del dolor y la desesperación.

Largo rato permanecieron de esta manera, hasta que abriéndose la puerta de la habitación entró el jefe de los aventureros acompañado de algunos soldados, que traían una silla de manos, y un grito involuntario de horror que lanzaron todas a un tiempo fue la primera señal que dieron de que no habían perdido todavía su sensibilidad. Pero Leonor no dio por eso muestras de recobrar de su letargo, y cuando el capitán aventurero con su tabernaria insolencia se acercó a la desventurada doncella, no hizo más movimiento que entreabrir los labios y clavar los ojos en él con estúpida admiración.

-No hay por qué asustarse de verme -le dijo Martín Gutiérrez-, y en verdad que no es para tanto, que también he visto yo cortar la cabeza a mi hermano, y no estuve yo muy lejos entonces de perder la mía, lo que hubiera sido peor. Animo, juro a Dios.

Los labios de la infeliz Leonor se contrajeron oyéndole, dejando ver sus dientes enclavijados con la expresión amarga de los que padecen la enfermedad llamada risa sardana, sin por eso quitar de él sus ojos estupefactos.

-Vaya, levantaos, señorita -prosiguió el jaque aragonés-, y entrad en esa silla de manos, y despachaos, porque si no, juro a Dios, que no vais a llegar a tiempo.

No respondió Leonor, ni dio señal de haber oído lo que le decía aquel salvaje, por lo que viendo que había de esperar en balde si aguardaba a que se moviese, la tomó en brazos y la colocó en la silla, sin que ella opusiese resistencia alguna, indiferente a todo y fuera de sí.

-Ahora bien, señoras, vamos andando, que para todos hay.

Y haciendo seña a los soldados de que anduviesen, salieron de la habitación y se encaminaron a la galería que daba vista a la explanada,

diciendo al mismo tiempo entre dientes:

-¡Por Santiago, vive Dios, y así el diablo me lleve, que me da lástima de esta mujer, y que mejor la abriría en canal con la espada que verla como la he visto! ¡Maldiciones y rayos me caigan!, la pobre no está acostumbrada; ¡cuerpo de Cristo!, pero éste es el modo de que se vaya haciendo a las armas.

En medio de la galería un asiento cubierto de luto había atraído ya varias veces las miradas de los espectadores, y muchos de ellos envidiaban de buena fe la suerte de la persona que lo ocupase, y que con tanta comodidad vería desde allí al reo y al verdugo en el interesante momento de atarle los brazos a la espalda y descargar sobre él la cuchilla.

Pensaban algunos que sería aquel asiento para alguna persona muy principal, o quizá para el mismo rey, que lo habría hecho construir allí para disfrutar cómodamente de tan agradable espectáculo, no pudiendo persuadirse de que hubiera en el mundo nadie que no tuviese el mismo gusto que ellos. Alzaban de tiempo en tiempo los ojos a mirar quien era el que con tanto tino había elegido aquel puesto para recrearse, creídos, además, en que aquel personaje, quienquiera que fuese, había de ser quien hiciese señas de que comenzase la fiesta. Pero no quedaron poco sorprendidos cuando en lugar del rey, o del señor del castillo, como aguardaban, vieron colocar allí a una mujer que con semblante de loca los miraba sin pestañear, mientras que una guardia de soldados la rodeaba, armados de punta en blanco y con sus partesanas al hombro. Los que antes habían alabado el pensamiento del rey, dieron por cosa segura que era la reina, y no elogiaron menos su buena determinación y corazón bondadoso; pero bien pronto se extendió la voz por la multitud de que era la hermana del señor de Iscar, sentenciada a presenciar la muerte de su hermano.

El ruido, las voces, las vista de aquel inmenso gentío apenas hicieron impresión en el ánimo de Leonor, que oía y veía todo aquello confusamente como los fantasmas del delirio de un moribundo; pero una vez sus ojos quedaron fijos en el enlutado cadalso, y un grito histérico, que resonó sobre las voces y el estrépito del gentío fue lo primero que indicó que empezaba a recobrar sus sentidos. Volvió empero a poco rato a mirarlo y sólo se estremeció, y luego quedó de nuevo como alelada sin apartar la vista del patíbulo donde debía perecer su hermano, y no dio ya más muestras de sentimiento, sino que de cuando en cuando la contracción de los músculos de su rostro presentaba en su boca una sonrisa de hiel. Seguramente formaba un raro contraste con la alegría y el ruido de los que abajo contemplaban el cadalso a falta de otro mejor espectáculo, el silencio y la tristeza profunda que reinaba en la galería.

Los hombres de armas, inmóviles en sus puestos, la vista fija y sin desplegar sus labios; las damas de la infeliz Leonor cubiertas de luto y acongojadas, y ella, más que todas apesadumbrada en el alma, estática mirando al cadalso con el ahínco que distingue a los locos y la fisonomía del que padece accidentes nerviosos. Estaba junto a ella un heraldo con su cetro en la mano con orden de arrojarlo en tierra para que se suspendiese la ejecución si la infeliz, conmovida con tan horrible espectáculo, cedía en fin a los deseos del castellano de Cuéllar.

Más de una hora había ya pasado en tan terrible agonía, admirados los espectadores de que tardase tanto en llegar la víctima, ignorantes todos

ellos del terrible plan de Saldaña, que había mandado procediesen en todo muy despacio, a fin de dar tiempo de pensar a Leonor sobre la facilidad con que podía salvar a su hermano del suplicio, y aumentar por grados, con la reflexión, el horror que aquella lúgubre escena debía inspirarle. Pero el tiempo que, sin compasión, curtido ya en crímenes, parece que tiene un placer en adelantar la hora funesta en que ha de acaecer alguna desventura, o traer la muerte y el desconsuelo a los hombres, no quiso entonces detener tampoco su tan veloz como silencioso vuelo, sino que señaló el momento en que el de Iscar había de terminar su carrera, y no tardó en oírse una trompeta que impuso silencio en la multitud, y juego una voz que con acento ronco y sonoro gritó diciendo en aquel instante:

-Esta es la justicia que manda hacer su alteza el muy poderoso rey nuestro don Sancho IV, en la persona de Hernando de Iscar, a quien manda conducir con una soga al cuello y cortarle la cabeza públicamente por traidor y desleal a su rey, debiendo aquélla fijarse en la puerta principal del castillo de Iscar que perteneció a este rebelde, después de haber borrado sus armas por mano del verdugo, para escarmiento de traidores y oprobio de su descendencia.

La voz resonó como el redoble sordo de un tambor enlutado, y ni pie ni mano movió todo aquel numeroso concurso, atento a las palabras del pregonero.

Otra vez se repitió el mismo pregón al cabo de un rato, sonando ya la voz más cerca, y luego entre las dos filas de los soldados que cubrían el camino que llevaba al patíbulo, se dejó ver el que aquellas voces daba, la cabeza descubierta, andando muy despacio, con una trompeta en la mano y detrás de él a Soguilla, gordo y cubierto de sudor, tirando de una larga soga de esparto atada al pescuezo del reo que, como si estuviera con algún parasismo, iba casi en el aire sostenido por debajo de los brazos, que apoyaba en los hombros de dos soldados. Faltaba entonces caridad con los que ajusticiaban, y no había como ahora hermanos por consiguiente, que con la mayor caridad del mundo acompañan a un hombre a morir por fuerza, haciendo desaparecer de este modo lo único que semejante lance puede tener de cruel. Por lo que, como hemos dicho, los hombres de armas hacían el papel de caritativos con el desmayado caballero, lo que no poco sorprendió a todos, que aguardaban verle venir con serenidad y firmeza, despreciando la muerte y conservando hasta su última hora la fama de valiente que había merecido en su vida.

Pero quizá había llegado su alma, a fuerza de tanto sufrir, a perder por último su vigor, o tal vez las pasiones que la habían agitado tanto en los días anteriores habían dejado su corazón fatigado en aquel vacío lóbrego, en aquella fría insensibilidad que es el resultado seguro de haber sentido con demasía. También la falta de alimento (pues como ya hemos dicho en otro capítulo gustaba apenas de la comida que le traían), podía ser causa de su desaliento; mas cualquiera que fuese, lo cierto es que venía tan abatido y desmayado que se dejaba llevar como un muerto, y muchos de sus partidarios que entre la turba se hallaban, se avergonzaron de haber obedecido a un hombre de corazón tan pusilánime, y que se cubría el rostro con el pico de su capa, sin duda por no atreverse a mirar frente a frente el patíbulo.

Entonó el pregonero por tercera vez la sentencia enfrente de la

galería donde estaba Leonor, que en el delirio de su fantasía no había hecho alto en aquella voz, que como uno de tantos gritos había llegado a sus oídos hasta aquel momento.

Pero entonces se notó que penetraba sin duda hasta sus entrañas, porque apartando de pronto los ojos del cadalso, de donde no los había quitado hasta entonces, estremeciéndose toda, púsose en pie, su rostro desencajado volvió a entrar en su centro, y miró a su hermano dando un profundo suspiro y señalándole con el dedo. Brotaron sus ojos dos lágrimas que lentamente enlutaron sus encendidas mejillas, que parecían ascuas con la sangre que se le había arrebatado al rostro; pero bien pronto tomaron el color de la cera, las fuerzas le faltaron, y se arrojó en su asiento como si hubiera perdido el conocimiento. Era el momento crítico en que debía Hernando salvarse o morir, y realizar Saldaña sus esperanzas o verlas desaparecer para siempre. Acudieron sus doncellas, al punto, a socorrer a Leonor, que con los ojos cerrados no hacía sino suspirar, pero que al ruido que sintió junto a ella volvió a abrirlos, y viéndolas les hizo señas de que la dejaran.

-¡Dios mío! -exclamó-: dadme fuerzas para resistir. ¡Él es! ¡Él es! ¡Ah!, ¡y yo le voy a perder para siempre!

Volvió entonces la cabeza a otro lado, pero a cualquiera que dirigiese la vista no hallaba nada que la consolase.

A su derecha, delante de ella, se alzaba el cadalso; enfrente estaba su hermano tan débil y exánime (sin duda por lo mucho que había sufrido), que no podía caminar por su pie; y detrás de ella se extendía una fila de hombres de armas insensibles a su dolor, y que con semblante tan impasible como de piedra contemplaban la ejecución, mientras que la trompeta y la voz del pregonero herían su oído con la terrible sentencia que publicaba.

Los espectadores, lejos de mostrar piedad, unos se mofaban de los pocos hígados del caballero, otros disputaban muy acalorados sobre si era o no el caso para perder el ánimo, y muchos, con estúpida gravedad, miraban aquello como hubieran mirado cualquier otra cosa, es decir, sin saber ellos mismos por qué miraban, si no es porque había otros que estaban mirando también. Pero imposible es pintar lo que Leonor padecía. Hasta entonces la insensibilidad en que había estado la había hecho mirar todo con indiferencia, pasando por su enajenada imaginación cuanto veía como las visiones de un sueño, harto feliz si la muerte la hubiera sorprendido en aquel estado.

Pero el nombre de su hermano, que acaba de oír, trajo a su mente, aletargada hasta aquel momento, el triste recuerdo de cuanto había sucedido, y recobró, puede decirse, el juicio para conocer con él por sí misma todo el rigor de su desventura. Entonces vio la muerte y la deshonra, por una parte, la vida, la muerte y la deshonra por otra, pero con la diferencia de que la vida sería para su hermano, y la muerte y el deshonor para ella.

Pero el juramento que le había hecho de nunca ceder a las instancias de Sancho Saldaña, las maldiciones que caerían sobre su cabeza si faltaba a un juramento en que había tomado por testigo a su propio padre, invocándole y alterando su paz en el otro mundo, para que viese a su hija cometer al fin un perjurio, hacían titubear todavía su generosidad.

Entre tanto el pregonero tocó por última vez la trompeta al pie del

cadalso, y por última vez repitió su pregón con mucho placer del gentío, que esperaba ya con ansia el desenlace de aquella tragedia tan larga. Quitó Soguilla la cuerda del cuello del caballero, que no enderezó ni movió la cabeza, que llevaba caída sobre el pecho, enteramente cubierta la cara, y la comitiva hizo alto, mientras el experimentado verdugo subió al tablado y arregló el banquillo en que había el reo de sentarse y las sogas con que debía atarle las manos. Y sin duda se detuvieron en aquel tremendo sitio, con intención, más tiempo del que debieran, porque ya Soguilla había concluido sus quehaceres en el tablado, lleno de satisfacción, y hecho señas de que le subieran su víctima, y todavía estuvieron parados algunos minutos como si esperaran alguna orden.

Entonces treparon al cadalso los dos hombres que sostenían al reo, el cual en aquel momento dejó caer los brazos lánguidamente, que había llevado hasta entonces apoyados en las espaldas de los soldados, torció la cabeza a un lado sobre el hombro izquierdo, y, sin duda acometido de algún mortal parasismo, se dejó llevar como un cadáver al asiento que le tenían destinado, donde lo aseguró el verdugo con las cuerdas que ya con esta intención tenía preparadas. En este momento uno de los reyes de armas se acercó a Leonor y le dijo:

-Mirad, señora, que va vuestro hermano a morir.

No pudo menos la afligida dama de volver a mirar el cadalso a tiempo que el verdugo tiraba atrás el pie izquierdo y, levantada el hacha en la mano, balanceaba el cuerpo para tomar brío y descargarla con fuerza sobre el desnudo cuello del caballero, que no movía pie ni mano, ni hacía ningún movimiento, inclinada la barba sobre el pecho, inmóvil en aquella postura sin duda por estar atado, y sin dar señales de vida. Este espectáculo produjo en Leonor la sensación que debía aguardarse: lanzó un grito de los que en ninguna lengua tienen ortografía, y levantándose de su asiento exclamó con voz en extremo penetrante y sobresaltada:

-No, no, deteneos; yo puedo salvarle: ¿dónde está el rey? Yo quiero ver al rey, yo quiero salvar a mi hermano.

A la primera parte de sus interrumpidas voces, que llamaron la atención de todo el mundo y promovieron un sordo murmullo en el concurso, parecido al rumor lejano del mar, ya el heraldo había arrojado su cetro, que cayó a los pies del de Iscar. El verdugo detuvo el golpe en el camino, muy a su pesar, y echando un juramento entre dientes retiró el pie que tenía delante y bajó al suelo la terrible hacha.

El pueblo comenzó poco a poco a alborotarse, se oyeron voces de ¡muera! ¡muera el traidor!, las mujeres y algunos prudentes varones chillaron, o se precipitaron huyendo, ondeó aquella grave masa del pueblo como las copas de un bosque de palmas azotadas por el huracán, presentaron las puntas de sus picas y partesanas los soldados que formaban alrededor del cadalso; las voces de ¡muera! crecían a cada momento, confundíanse unos, atropellábanse aquéllos, gritaban todos, y ya empezaba la ira a prestar armas al populacho, que, enemigo acérrimo de los traidores, o más bien indignado de que así se le aguase la fiesta cuando ya estaba a punto de terminarse a gusto de todos, se desató en amenazas e improperios, y se dirigió con nunca vista furia contra el pobre castellano, que no había levantado todavía la cabeza, ni dado señas siquiera de oír lo que pasaba, dispuestos todos a relevar a Soguilla en su importante cargo y desobedecer

al rey mismo, arrebatados, sin duda, del ardiente amor a la justicia que los animaba.

Pero nada de esto veía ya Leonor, que en el momento en que acabó de hablar fue llevada de allí sin conocimiento en brazos de sus doncellas y conducida al salón donde estaba el rey acompañado de algunos de su corte y de Sancho Saldaña, que a cada instante no hacía sino salir y entrar con muestras de impaciencia y desesperación, como poco.

Cuando entraron allí a Leonor, Saldaña se sonrió, pero no por eso desarrugó su entrecejo, ni puede decirse que se alegrara su alma, y un condenado que viera desde su infierno el resplandor de la gloria, quizá sentiría lo mismo que él a la vista de aquella infeliz.

Leonor volvió en sí, en un delirio, sin saber lo que se decía.

-No, yo no puedo ya más; perdóname, hermano mío; era un juramento horrible.... yo no debía cumplirlo.

Y arrojándose a los pies del rey prosiguió:

-¡Ah!, señor, perdonad la vida a mi hermano... vos sois generoso... él era vuestro enemigo, pero es el último de su linaje. Tomad mi vida, haced lo que queráis de mí. ¿Veis? ¡Yo también era vuestra enemiga y estoy ahora llorando a vuestros pies...!, yo os pido por él; ¡ah!, no seáis inexorable a mis ruegos.

El tono de la voz de Leonor era tan dulce, había en sus palabras una magia inexplicable, su mismo delirio, la palidez de su rostro, sus ojos cubiertos de lágrimas que fijaba en el semblante del rey con cierta expresión de dulzura y de enajenamiento, la hacían parecer tan hermosa, en medio de su dolor, como la imaginación no alcanza a figurarse, ni bastaría a retratar el mismo pincel de Murillo. Compadecióse el rey, que al cabo era generoso y muy galán con las damas, no pudo menos Saldaña de apartar la vista a otro lado para enjugarse una lágrima (quizá la primera que había derramado en su vida), y cuantos estaban presentes tuvieron que hacer un esfuerzo para contener las suyas.

-Hermoda dama -dijo en fin el rey con mucha afabilidad-, levantaos, calmad vuestra agitación, y no desperdiciéis así esas lágrimas en conmover corazones que tenéis ya avasallados con vuestra hermosura. Preciso fuera que yo tuviera un corazón de mármol para que fuese insensible a vuestras súplicas: sí, yo estoy pronto a perdonar a vuestro hermano, a olvidar todo, a devolverle cuanto ha perdido, y a honrarle además con mi confianza. Pero yo también tengo que pedir a vos otra gracia, y no creo que me la neguéis. Un odio de muerte ha separado dos familias que en otro tiempo siempre estuvieron unidas y en la mayor amistad. Tiempo es ya de que olvidemos todos nuestros remordimientos, y sacrifiquemos nuestras rencillas particulares en obsequio del bien de la patria. Ya veis que no soy el último que las olvido. Un enlace pondrá fin a las disensiones de estas dos familias: ofrecedme ser esposa de Sancho Saldaña, y yo os cumpliré mi promesa. Dichosa vos, de quien se dirá que por un rasgo de generosidad habéis trocado en amor el odio de dos casas tan enemigas.

Calló en diciendo esto, y Leonor no hizo sino suspirar. Saldaña no quitaba de ella los ojos, aguardando con ansia que respondiera.

-¡Ah! no hay remedio -exclamó Leonor-: padre mío, ten compasión de tu hija: sí -prosiguió encarándose al rey-, dad la vida a mi hermano, y yo... yo seré... sí, estoy resuelta, yo seré la esposa del castellano de

Cuéllar.

En este mismo instante un grito de horror resonó en la estancia, y una maldición espantosa; y el ruido que hace un hombre que cae de pronto, hizo volver los ojos de todos hacia Saldaña (que estaba a un lado, detrás, a cierta distancia del rey), a quien hallaron tendido en el suelo, el cabello erizado, sobrecogido y temblando.

-¿No la habéis visto?, allí estaba... Zoraida... con un puñal. Sí, Zoraida, la mujer que yo asesiné -exclamaba señalando a un ángulo de la habitación-. No, no es ilusión; yo la he visto.

-Dejad, Saldaña, vuestras locuras para otra ocasión -dijo el rey con tono severo-, que no parece sino que tenéis gusto en asustar a vuestra esposa.

-Será locura, como vuestra alteza dice -repuso Saldaña avergonzado de lo que había hecho, aunque no todavía muy recobrado de su temor-, pero yo juraría que la había visto, y...

-Señor -interrumpió Leonor-, doy gracias a vuestra alteza por no haber quitado la vida a mi hermano, aunque sea bajo una condición que hará, sin duda, la desgracia de los pocos años que creo me queden ya en este mundo. Con vuestra licencia me retiro.

-Mi corazón, hermosa dama -respondió el rey desentendiéndose-, os desea mil años de vida y de inalterable felicidad.

El tono melancólico de Leonor, y las lágrimas que centelleaban en sus ojos de cuando en cuando, manifestaban bien claramente la profunda tristeza que iba a echar hondas raíces para siempre en su corazón. Saldaña se acercó a ella con timidez y se ofreció a acompañarla, pero Leonor rehusó su compañía, suplicándole le permitiese llorar sola primero su suerte, para esforzarse después a sufrirla con resignación. Dicho esto se retiró a su cuarto, donde la dejaremos, porque fuera empresa imposible querer pintar los tormentos de su alma, que tanto había padecido y los delirios de su imaginación, afligida con la amarga ilusión del porvenir tan negro que la aguardaba.

Capítulo XLVI

Cruzan las calles gentes a

manadas

.....
derriba, rompe, tiende, parte y mata,
trastorna, arroja, oprime, estrella, asuela,
envuelve, desaparece y arrebatata.

VICENTE ESPINEL

Entre tanto, el populacho, siempre feroz, y mucho más en aquellos siglos incultos, había venido ya a las manos con los soldados, y como si

fueran enemigos mortales, unos y otros acometíanse con tanta rabia, y dábanse tan tremendos golpes y tan sin lástima, que bien pronto, por matar al traidor, como ellos decían, quedaron gran número de leales tendidos por tierra y anegados en su propia sangre. Venció en un principio el ímpetu popular, que arrolló a los primeros que presumieron oponerse a su furia, atropellando a los hombres de armas que guardaban al reo, y arrojándose como un torrente sobre el cadalso recio turbión de salvajes dando grandes gritos en derredor del de Iscar, que, inmóvil como una piedra, había conservado su posición puesto que tampoco el verdugo se había apresurado a desatarle las ligaduras.

-¡Arrastrarle! ¡Matarle a este ladrón! ¡Muera el traidor!

Tales eran las voces de aquella desenfadada muchedumbre, que no hay juramento que no arrojase, mala palabra que no dijese ni insulto que no le hiciera. Viéndose vencedores, parecióles lo mejor divertirse en arrastrarle por las calles, aprobándolo todos unánimes como el mejor y más gracioso pensamiento del mundo. Y no se detuvieron mucho tiempo en arrojarse sobre el caballero y poner en obra su idea, sino que preparadas las cuerdas con que habían de arrastrarle, le desataron en tumulto y se lanzaron sobre su presa. Pero quedaron todos atónitos cuando vieron que en vez de ponerse en pie el caballero con intención de defenderse, como aguardaban, o lleno de espanto para suplicarles que le perdonaran la vida, apenas le soltaron los cordeles que le sostenían se desplomó en tierra sin sentido, y le hallaron frío y yerto como una estatua de hielo. Atribuyeron en un principio al miedo aquel parasismo que le hacía parecer como muerto, pero bien pronto se desengañaron, y habiéndole mirado con más despacio, hallaron que era efectivamente un cadáver. Arrancáronle con furor una especie de máscara que le cubría el rostro, y en que nadie había reparado hasta entonces, y ya como pájaros de rapiña, irritados cada vez más con lo que ellos llamaban una burla, iban a hacerle pedazos (porque el furor popular ni aun a los muertos perdona) cuando gritó uno de los circunstantes:

-¡Engaño! ¡Traición! Que no es el señor de Iscar, o el diablo ha tomado ahora la cara de Duarte para engañarnos.

-¡Es verdad! -gritaron todos, mirando con asombro el cadáver del pobre escudero.

-El de Iscar se ha escapado, sin duda, y ha dejado en su lugar al demonio.

-No hay duda en eso -respondió el albéitar de los hombres y las bestias del pueblo con mucha prosopopeya, y enarcando con mucho misterio las cejas-. El de Iscar salió la otra noche volando por una tronera, y no hay que replicar, porque lo que digo lo sé de muy buena tinta.

En este momento gran fuerza de soldados cayó sobre los alborotadores con aquel encarnizamiento con que los satélites que usan librea del despotismo, acometen siempre, con razón o sin ella, a sus indefensos hermanos, y habiéndose vuelto a enredar la sarracina de palos y cuchilladas, la victoria se decidió en favor de la tropa, que no satisfecha con arrojar de allí al pueblo corrió por las calles, escaló las casas y atropelló a todo el mundo, sembrando la muerte por todas partes, hiriendo y asesinando a placer y cebándose en la matanza, hasta que restablecieron el orden, es decir, la paz de las tumbas, en aquella

desolada ciudad. La explanada del castillo quedó desierta, las calles cubiertas de muertos, y el cadáver del viejo Duarte por el diablo, hasta en la imaginación de los que más se jactaban de estar exentos de vulgares preocupaciones.

Capítulo XLVII

Venganza pido, y por

venganza anhelo,
si de vos por ventura alguno tiembla
que en semejante infamia sumergida
su hija, su hermana, o su consorte sea;
el que en sí oyere del honor el grito
como en mi pecho destrozado truena,
ese me siga a castigar mi injuria,
y así la suya con valor prevenga.
QUINTANA, Pelayo

Dos días después de estos sucesos descansaban una mañana al amanecer tres hombres sentados en las riberas del río Adaja, hacia la parte de Olmedo, arropados dos de ellos en sus anchas capas, mientras el otro en cuerpo gentil parecía desafiar el aire frío y penetrante que rizaba las aguas del río. Estaba uno de ellos, que asimismo tenía trazas de ser el más principal, triste y pensativo en extremo, dormía el segundo embozado profundamente, y el tercero, que era sin duda el Velludo, se entretenía en acomodar el hierro de una flecha en un grueso bastón, cuya punta afilaba con su cuchillo. Más de una hora hacía que estaban así ocupados sin hablar palabra, cuando el Velludo, envainando el cuchillo y poniéndoselo en el cinto se levantó, y después de haber mirado a una y otra parte, como si esperase a alguno, se dirigió al primer embozado y dijo:

-En verdad, señor don Hernando, que Usdróbal tarda mucho en volver, y me temo que le hayan echado el guante, y por la Virgen de Covadonga que lo sentiría.

-En efecto -respondió el de Iscar, que él era el que parecía tan imaginativo.

-Y que no siempre -añadió el Velludo- tiene un hombre la suerte que vos, que habéis escapado en un tris.

-Por Santiago -replicó el caballero-, que no sé si deba o no agradeceróslo.

-La muerte, señor caballero, es como cualquier otra cosa; pero si está de Dios que uno no ha de morir, no hay más remedio que conformarse. Pero me tiene inquieto ese demonio de chico, no sea que haya cometido alguna imprudencia.

-¿Estáis seguro de su eficacia? -preguntó el de Iscar.

-Creo que baste deciros que más que a otro ninguno le debéis a él estar ahora disfrutando del vientecillo que sopla.

-Yo no dudo de su lealtad -respondió Hernando.

-Pues en cuanto a lo demás, yo os lo fío.

Era el de Iscar demasiado valiente para que sospechase bajamente de nadie, y mucho más de hombres que sin esperanza de ningún premio habían arriesgado su vida por salvarle la suya; pero su natural impaciencia y el ansia que le fatigaba de saber noticias de su hermana, a quien había dejado en situación tan embarazosa, le hacía tachar de negligente al que le servía con más celo.

-¡Qué feliz es este hombre! -dijo mirando a Nuño, que roncaba como un bendito-. ¡Qué bien duerme!

-Como que hace dos noches -replicó el Velludo- que apenas hemos cerrado los ojos.

-Y yo -repuso el de Iscar- creo que no he de dormir ya más en mi vida que no parece sino que he hecho voto de no tener nunca sueño.

-Sin embargo -respondió el Velludo-, ¡vive Dios! que no creo que lo hayáis hecho de no comer, y así no será malo que nos lleguemos a mi cuartel general, donde me da el corazón que nos han de tener ya dispuesto un cabrito y algunas botas de vino. Ánimo, señor caballero, que los duelos con pan son menos; y despertemos a este buen hombre, que lleva trazas, a lo que veo, de no dar cuenta de su persona hasta el día del juicio si no le llamamos nosotros antes.

-Así es -respondió el caballero; y empujándole con el pie en las espaldas le llamó por su nombre dos veces, y a la segunda se enderezó Nuño, refregándose los ojos y bostezando, con muestras de estar muy falto de sueño.

-Apostaría -dijo abriendo al mismo tiempo más de un palmo de boca- a que no me habéis apenas nombrado cuando yo ya estaba despierto. Era la tema de vuestro padre, que decía que no había un sueño más ligero que el mío. Me acuerdo que en el año 1243...

-Levantaos, Nuño, levantaos, y dejaos ahora de cuentos viejos, cuando tenemos tanto que hablar de lo que nos sucede.

-Ya sé yo -repuso Nuño- que no gustáis vos de que yo me alabe; pero aquí está mi amigo el Velludo, que puede decir si miento.

-No hay duda, buen Nuño -repuso el Velludo- tenéis el sueño de un pájaro; vamos.

Y habiéndose puesto en pie el veterano, se encaminaron los tres hacia la parte del pinar más espesa, dando mil vueltas y tropezando a cada instante con las centinelas que tenía el Velludo apostadas, hasta que llegaron a un sitio donde estaba reunida parte de su tropa y ardía en medio un montón de leña donde se asaban carneros enteros; estaban ocupados unos en hacer el rancho y otros en calentarse alrededor de la hoguera.

Cuando llegó el Velludo se apartaron todos para hacerle lugar, y asimismo a los que le acompañaban, pero el capitán, en quien el frío y el calor no hacían mella, curtido como tenía ya el pellejo, les dijo que no se moviesen, que no quería acercarse a la lumbre, y Hernando, demasiado embebecido en sus penas para pensar en el frío, se recostó contra un tronco sin desembozarse. Sólo Nuño se acercó a la hoguera restregándose las manos y dijo:

-Vive Dios que no hay cosa como un calentón en estas mañanas frías, y que vale más que un pedazo de pan. ¡Ea!, amigos, hacedme lado, que yo ya soy viejo, y creo que se me ha helado la sangre.

Pero no tardó mucho en llamarle el Velludo, como también a su amo, convidándoles a almorzar, para lo que no se hicieron de rogar mucho, especialmente el honrado veterano, a quien el aromático vaho del cabrito asado había dado ya en las narices.

Sentáronse, pues, a la redonda, servidos por uno de los bandidos que tenía el encargo de no dejar nunca el zaque vacío; y puesto que no podía menos de repugnar a la vanidad del caballero la compañía en que se hallaba como de igual a igual, y le abrumaran sus pesadumbres del corazón, tomó también su puesto, y empezó a comer con bastante buena gana, aunque distraído y volviendo a cada instante la cara hacia el camino que Usdróbal debía traer. El primero que rompió el silencio fue Nuño, que puesto que como vasallo respetuoso hubiera él querido que su señor empezase, la gana de hablar pudo en él tanto que no acertó a callar por más tiempo.

-Pardiez que siento -dijo en voz baja al Velludo- que nos viéramos la otra noche en la dura necesidad de matar al pobre Duarte. Era un buen hombre, y desde el año de 1238 que nos conocíamos no habíamos tenido nunca un quítame allá esas pajas.

-Él se tuvo la culpa -repuso el Velludo en el mismo tono-. Se empeñó en que no había de dejarnos entrar a sacar a vuestro amo, y no hubo más remedio que dejarle muerto en el sitio. Pero lo que me admira, y el diablo me lleve si lo comprendo, es cómo Usdróbal nos introdujo hasta allí sin que nadie nos viese.

-Fue una emboscada muy bien dispuesta -respondió Nuño-; ya se ve; Duarte, como que no aguardaba el ataque, abrió el calabozo y nos colamos nosotros dentro. Me acuerdo que en Sevilla hicimos lo mismo un día al abrirse las puertas, pero...

-Buen chasco se habrá llevado Saldaña -interrumpió el Velludo- cuando encontrase en lugar de su enemigo tendido en tierra al pobre escudero como un cuero de vino horadado. Por la Virgen de Covadonga que me alegro más de que se la hayamos jugado así que si hubiese ganado una batalla.

Apenas acababa de decir esto cuando oyeron que el señor de Iscar exclamó, levantándose al mismo tiempo:

-Gracias a Dios; allí viene.

Volviéron la vista a ver quién era, y vieron a Usdróbal que se acercaba.

Pero la lentitud con que caminaba y cierta expresión de tristeza en su rostro, ajena por lo regular de la fisonomía de aquel joven, daban bien claramente a entender que las nuevas que traía debían ser poco satisfactorias. Hernando, impaciente, se interpuso en su camino de un salto.

-¿Qué traes -le dijo-, bueno o malo?

-Malo -repuso Usdróbal, sin levantar los ojos del suelo-; lo peor que podíais esperar.

-Hablad pronto -respondió el caballero todo azorado-; decid.

-¿Ha asesinado quizá Saldaña a doña Leonor? -preguntó Nuño, a quien no se le pegaba la camisa al cuerpo, temeroso de la seguridad de su ama.

-Es peor -replicó Usdróbal con despecho-; dejadme, os lo contaré.

Saldaña supo vuestra fuga, señor don Hernando, y no teniendo medio de rendir la constancia de vuestra hermana, determinó que sacasen al patíbulo en vuestro lugar a Duarte, a quien había hallado muerto.

-Basta -gritó el de Iscar con voz de trueno-. Mi hermana ha faltado a su juramento.

-Leonor... Leonor -dijo Usdróbal, interrumpiéndole-, ha prometido su mano a ese asesino y pasado mañana ha de celebrarse la boda.

-¡Maldición! -exclamó el de Iscar rechinando los dientes-. Tú lo oyes, padre mío; tu hija ha renegado de ti y ha deshonrado tu nombre. Pero yo renegaría de mi religión, dejaría de llamarme como me llamo si no impidiese esta boda, si no arrancase con esta daga el corazón de la infame que para tu baldón engendraste. Amigos míos, ayudadme a lavar mi afrenta, ayudadme a lavar con la sangre de esa perjura el borrón que ha echado sobre su hermano. Maldita, maldita sea, y ojalá que el día de su boda sea el último de su vida.

-Podéis contar conmigo -dijo Usdróbal con poco menos calor que el puntilloso Hernando-. Sí, yo juro que no seré el último en clavar mi puñal en el corazón de Saldaña. Partamos si queréis ahora mismo; yo solo penetraré en la estancia de ese malvado, y allí, allí, delante de la que va a ser su esposa, le coseré a puñaladas. ¡Infidel! ¡Infidel!

No menos irritaba el amor a Usdróbal que al caballero la honra, y no parecía sino que un mismo sentimiento los animaba. Había reventado en el corazón del primero el volcán de los celos, hasta entonces sofocado por el respeto que su mismo amor y la noble condición de Leonor le inspiraban, y aunque había dado siempre por mentidas ilusiones sus esperanzas, y nada le había ella prometido en su vida, tachábala de ingrata y maldecía su inconstancia, no pensando sino en que iba a poseerla otro hombre, mientras él, por premio de su cariño, no había merecido siquiera una mirada de compasión.

Había quedado Nuño atónito de lo que oía, y por sus enjutas mejillas, surcadas ya por la edad, corrían algunas lágrimas que le hacía derramar el borrón que a su entender ya había caído sobre la noble familia de Iscar por culpa de su señora. El Velludo era el único que había conservado su acostumbrada presencia de espíritu.

-¿Y cómo no has podido -dijo a Usdróbal- avisarla de que no era don Hernando el que iban a ajusticiar?

-¿Creéis -repuso el celoso mancebo- que si hubiera podido hablarle no lo hubiese yo hecho? De día y de noche hace ya mucho tiempo que vive rodeada de guardias y mujeres que observan continuamente sus pasos. Poco me hubiera dado morir, pero... ¡ah!, ¡ojalá!, ¡ojalá que hubiese yo muerto por ella y que ella me hubiese visto morir!

-Pero vos, señor caballero -repuso el Velludo, dirigiéndose al de Iscar-, debéis perdonarla; al cabo lo ha hecho únicamente por libertaros la vida.

-¡La vida! -exclamó Hernando-; y para salvarme la vida me ha asesinado la honra.

-Pero, en fin -continuó el Velludo-, ¿qué se pierde ahí más que una mujer?

-Una mujer, sí, una mujer que era mi hermana, que era mi propia sangre, que era la mitad de mi vida. ¿Y quién sois vosotros, ¡vive Dios!,

para comprender siquiera lo que yo siento? ¿Quién sois vosotros para hablarme a mí de mi hermana? Si queréis ayudarme para que mi venganza sea tan pública como mi afrenta, seguidme; si no, yo solo basto, yo moriré o triunfaré y quedaré de las dos maneras vengado.

-No hay duda -respondió Usdróbal-, el agravio exige venganza; yo os acompañaré... ahora mismo... ¿Por qué detenernos?

-¿Y es pasado mañana el día de la boda? -preguntó el Velludo, que había quedado pensativo mientras ellos hablaban.

-Sí, pasado mañana -repuso Usdróbal.

-La fiesta será brillante; las puertas del castillo estarán abiertas; los soldados de la guarnición sin armas y emborrachándose muy descuidados -continuó el Velludo, como si estuviera hablando entre sí-; pasado mañana se puede dar un buen golpe; el rey y Sancho Saldaña... si los cogiese yo en mi poder...

-¿Qué pensáis, capitán? -interrumpió Usdróbal.

-Una friolera, nada más que volver la tortilla, y, por último, lo peor será volvernos como hemos ido.

-Pasado mañana -dijo el de Iscar-, Nuño, tú y yo iremos disfrazados al castillo de Cuéllar. Sí, padre mío -exclamó, levantando los ojos al cielo-; pasado mañana tu maldición se cumplirá en tu hija; no, no la verás esposa de Sancho Saldaña, o iré yo a juntarme contigo en el otro mundo para maldecirla y gozarme en su degradación.

-Y yo también os acompañaré -prosiguió el Velludo-; pasado mañana habrá sin duda un soberbio banquete, a donde acudirán cuantos quieran. No faltarán tampoco estos pobres muchachos -continuó, señalando a su gente, y por la Virgen de Covadonga que, aunque el caso sea peliagudo, tal vez pasado mañana a la noche nos sirva el castillo de Cuéllar de alojamiento, y de prisión a los que ahora lo habitan.

-¿Qué decís? -exclamó Hernando, sorprendido del atrevido plan que acababa de bosquejar el Velludo-. Marchemos cuanto antes. ¡Oh, hermana mía, yo te doy gracias, sí, mil y mil gracias, si tu infame comportamiento nos proporciona completo triunfo!

Capítulo último

¡Dulce, voluptuosa

remembranza!

¡Completa, satisfecha, y más hermosa
que del cielo el azul, es mi venganza!

DON LUIS USOZ Y RÍO

Brilló en fin el día tan deseado de Saldaña, tan triste para Leonor y tan aborrecido para el de Iscar. El sol, en todo su esplendor, iluminaba

el terso azul de la esfera, y la apacible brisa de otoño, bañada en luz, derramaba nueva vida a los campos, y la tierra parecía estar acorde aquel día con el cielo, y al par que el horizonte amanecía sereno y sin una nube, mil señales de júbilo y regocijo, cantos de alegría, son de campanas, músicas, danzas, alegraban la ciudad de Cuéllar, su tétrico castillo y sus ateridos contornos, porque era el día feliz en que Sancho Saldaña iba a tomar a Leonor por esposa, en que la paz debía renacer en su alma, hasta entonces tan agitada de tantos remordimientos y agobiada de tantas penas, y el rey y el vasallo más infeliz debían tomar igual parte en las fiestas y en los banquetes, y engalanarse y regocijarse aquel día. Todo era júbilo, todo paz, todo felicidad, y el mundo de las ilusiones habla en fin convertido sus sueños en realidades, y la imaginación más ardiente, el alma más pura podía gozarse, satisfecha completamente en los brillantes objetos y en el contento general que respiraban el cielo y la tierra, embalsamados en los perfumes del deleite y de la alegría.

Ondeaba la bandera del señor del pueblo sobre las altas torres de la fortaleza, en cuyas almenas brillaba asimismo el pendón de Castilla rodeado de otros mil estandartes de los caballeros que acompañaban al rey, cada uno de ellos honrado por una lucida guardia de soldados escogidos y armados de punta en blanco, de cuyas corazas, heridas del sol naciente, brotaban ríos de luz que así pasmaban el ánimo como deslumbraban la vista. Oíanse acordes músicas en los salones del alcázar, en la explanada, en los patios, en todas partes, y los soldados vestidos de gala, los mozos y las jóvenes del pueblo ataviadas con sus trajes del día de fiesta, iban, venían, bailaban, cantaban y se mezclaban unos con otros en buena paz, ya olvidados de las pasadas rencillas. Todas las puertas del castillo estaban abiertas, echados los puentes levadizos y adornadas las puertas, las almenas y las ventanas con orlas de flores entretejidas con tal arte que en cada una de ellas se hallaban juntas las cifras de los nombres de los dos esposos, y era de ver coronadas las ventanas todas de hermosas damas ricamente prendidas y con sus chapadas ropas, y de cortesanos caballeros que en dulces requiebros y amorosas risas hacían alarde de sus ingenios y agradable galantería, y todo era movimiento dentro de la fortaleza, desde las cocinas hasta las torres, y desde las cuadras de los soldados hasta los magníficos salones de la grandeza.

Aquí era ver un marmitón todo tiznado de hollín que perseguía a algún muchacho a quien había hallado (¡terrible delito!), probando los guisos con el dedo o escamoteando algún par de perdices, allí tres o cuatro robustos cocineros salaban puercos y toros para el banquete que en la explanada y los patios debía servirse a todo el mundo, y que hacían relamerse los labios a más de un pobrete de los que esperaban el *gaudeamus*; otros repartían vino generosamente a infinidad de mosquitos sin alas que acudían al olor, como si los llamaran; algunos arrojaban dinero al montón y hombres y muchachos a la rebatiña se empujaban, se pegaban y se rompían las narices por atrapar un maravedí, con más codicia que si fueran a ganar un reino, dando ocasión de risa a los que miraban; atravesaban las salas multitud de pajes galanamente vestidos, resonaban las espuelas de los caballeros, sentíase crujir la seda al andar las damas, que atraían con su hermosura, y aun más con su refinada retrechería, las miradas de todo el mundo; reían unos, cuchicheaban

aquéllos, éstos disputaban, y las voces, los cumplimientos, las burlas, las carcajadas presentaban un cuadro lleno de vida, de ruido y de movimiento.

Mezclábase a este confuso rumor, que resonaba en los salones y galerías, el alegre son de las músicas, el estruendo de las campanas, la algazara, los vivas, los bailes, el confuso alboroto de la multitud, y no menos divertía la variedad de trajes y de colores, que, como el campo cubierto de flores en la primavera, así en desacorde ondulación desvanecían a par que recreaban la vista.

Pero nada era comparable al lujo y la magnificencia con que estaba adornado el salón donde había de celebrarse la fiesta, y en donde se hallaba reunido cuanto el ingenio humano había creado hasta entonces para satisfacer el orgullo y la comodidad de los hombres. Ricas alcatifas, sillones de marfil elaborados de oro, dos espejos, uno de metal y otro de cristal de Venecia, joya entonces rarísima y de extraordinario valor; tal era la pompa que el señor de Cuéllar había desplegado en aquella estancia, y sólo algún petimetre de nuestros días hubiese motejado de mal gusto un tablado de pino como de una vara de alto que se extendía en el último término de la habitación, como unos cinco pies de largo, cubierto de una alfombra vieja, donde debían representar algunos pasos de su invención los juglares que habían venido al olor de la fiesta.

Pero como no es dado a todos los hombres tener talento, es signo de éste que aquéllos traten de humillar siempre al que es por su ingenio superior a ellos, y entonces, lo mismo que ahora, ser poeta era poco menos que estar en pecado mortal.

Defendían la entrada de esta soberbia cuadra cuatro maceros del rey, que con mucha gravedad hacían centinela, dos a la puerta y otros dos bajo un dosel que cubría dos asientos destinados, sin duda, para los reyes, y puestos junto al tablado para que gozasen de la representación, como también otros dos escaños más bajos para los novios, a quienes servía el rey de padrino y de madrina la reina. Hormigueaban a la puerta los pajes, unos asomándose a ver la estancia, otros hablando entre sí, impacientes todos por lo que el rey tardaba en venir y porque no empezaba la fiesta.

-Pues hoy Saldaña debe de estar muy contento -decía un paje barbilucio a otro compañero suyo.

-Qué sé yo qué te diga -respondió el otro-; lo que sé es que esta mañana le vi cuando amanecía, y no pienso haber visto en toda mi vida cara más triste.

-Como que en toda la noche ha dormido, según me ha dicho García, que se ha quedado con él en su cuarto -repuso otro, tomando parte en la conversación-, empeñado a cada instante en que veía una mora con un puñal... vamos... loco perdido.

-Anda -replicó el primero-, ya le curará la locura Leonor de Iscar, que voto va que, aunque está algo ajada, es más linda que ninguna de cuantas andan por aquí haciendo dengues muy peripuestas.

-Lo que yo siento es que tardan tanto en salir -repuso el segundo-, y vivo Dios que me temo que no se han de casar todavía.

-Todo puede ser -respondió una voz para ellos desconocida. Y volviéndose a ver quien era, hallaron un peregrino con su esclavina cubierta de conchas y un bordón en la mano, que entre la confusión y el

bullicio había logrado introducirse hasta allí.

-¡Hola!, también estás tú por acá -dijo un paje-. ¿Y qué sabes tú de lo que estamos hablando?

-Yo, nada -respondió Usdróbal, que era sin duda el disfrazado con aquel traje-, sino que sucederá lo que Dios quiera, y por eso he dicho que todo puede ser todavía.

-Pardiez que nos has sacado de una duda con lo que has dicho, y lo que has de hacer es irte de aquí cuanto antes.

-No, no -gritaron todos, rodeándole-; lo mejor será que nos cante alguna canción y le daremos limosna.

-Dádmela -respondió el peregrino fingido, que quería gastar tiempo-, y os cantaré aunque sean dos.

-¿Estáis locos? -repuso el paje descontentadizo-. ¿Queréis que se ponga aquí a cantar este hombre y que venga el rey entretanto?

-Tiempo hay -replicó otro de los que le querían oír cantar.

-Sí, sí -respondió Usdróbal-, yo cantaré mientras viene el rey.

Y habiendo tosido para limpiarse la garganta, escupió a un lado, y ya iba a entonar la voz cuando se oyó abrir una puerta, y el grito de ¡El rey, el rey! corrió de boca en boca al momento. Este aviso hizo olvidarse a los pajes del peregrino, a quien dejaron solo, acudiendo a formarse, en dos filas dejando un claro en medio para la corte, mientras Usdróbal se escondió y agazapó como pudo para no llamar la atención.

Abrían primeramente la marcha hasta veinticuatro maceros con sus mazas al hombro; vestidos ricamente de gala, seguían después los monteros de Espinosa, y detrás de ellos venían el rey y la reina, trayendo cada uno a su lado a sus dos ahijados, Saldaña y Leonor, que, aunque lujosamente adornados, más parecía que caminaban al suplicio que no al altar de himeneo. Notábase en los semblantes de los augustos padrinos tanta alegría y afabilidad, que seguramente formaban un contraste particular con los de los novios. Cualquiera habría, creído que aquel día el rostro de Saldaña se hubiera, en fin, despejado de la negra nube que le había hecho sombra hasta entonces, y, sin embargo, veíase pintado en él el terror, y sus ojos, que apenas se atrevía a fijarlos en su futura esposa, giraban acá y allá, como receloso de alguna traición o cual si buscara alguno entre los que allí estaban a quien temiera encontrar, no obstante que le buscaba.

Leonor, por su parte, triste, los ojos bajos, pálida, indiferente a todo, parecía una víctima engalanada para el sacrificio, y con inciertos pasos y negligente abandono obedecía a un vago sentimiento de instinto, siguiendo los pasos de su madrina, que en vano con la mayor dulzura a veces en voz baja hablaba. Su alma había llegado a quedar insensible a fuerza de padecer, y sólo algunas lágrimas que se esforzaba a contener, pero que observaron muchos de los que estaban presentes, manifestaban que aún conservaba en ella cierto sentimiento tan poderoso que se las hacía derramar. También Usdróbal había echado de ver que lloraba, y tuvo que apartar de ella la vista para no perder el sentido.

Detrás de ellos, en fin, seguía una numerosa comitiva de damas de la reina y de caballeros, y cuando entraron todos en el salón ocuparon cada cual su asiento según su categoría, y a una señal del rey se abrió una puertecilla secreta que caía al tablado, y cuatro hombres, vestido uno de médico, otro de alfaquí o sacerdote moro, y los otros dos uno también de

árabe y otro de caballero cristiano, aparecieron en el escenario. En gran risa prorrumpió dando palmadas todo el concurso al verlos, puesto que los dos moros se habían adornado tan ridículamente, y salieron haciendo tales gestos que no hubo alma cristiana que no se regocijase de verlos.

-Mirad, Saldaña -dijo el rey a su ahijado-, y dejad, por Santiago, vuestro mal humor.

-Sí, ya miro -replicó el de Cuéllar-, y me alegro que sea la fiesta del gusto de vuestra alteza.

La reina dijo también algo a Leonor, que le respondió maquinalmente.

Entre tanto los cuatro juglares recitaron una especie de loa en versos alejandrinos, muy larga y bastante mal hilada, en alabanza del rey y la reina: y de los dos esposos, sin olvidar tampoco al ilustrado público, del que más de la mitad se había dormido y la otra mitad o hablaban unos con otros o bostezaban. No obstante, la loa pareció bien a todo el mundo, y todos aplaudieron unánimes, persuadidos de que era lo mejor que habían dejado de oír en su vida. Sonó en seguida algunas fanfarrias la música, que despertaron a los más tenaces, y los cuatro histriones empezaron después a representar, no una tragedia grecofrancesa clásica a lo Racine, no alguna hermosa creación romántica a lo Shakespeare o a lo Calderón, no siquiera una farsa, un sainete, un entremés, sino un tejido de disparates e insultos que unos a otros se dirigían en versos compuestos allí de repente que hacían morir de risa a los espectadores, para quienes no había cosa mejor en el mundo.

Nosotros procuraremos dar una idea de esta función, puesto que nunca puede ser exacta por faltarle la parte mímica, que era lo que con más expresión y gracia desempeñaban. Reducíase el poema a suponer que el médico y el alfaquí disputaban sobre religión y se injuriaban de palabra y de obra, hasta que, llegando el otro moro, los trataba de separar en nombre del Zancarrón, a lo que el alfaquí se detuvo, pero el médico seguía, más furioso, y los insultos cruzaban de una parte a otra como flechas envenenadas. Llegaba entonces el caballero cristiano, y diciendo y haciendo tiraba de la espada y arremetía a todos juntos; en esto, sonaba una trompeta, salían más moros, y el caballero los ponía en fuga con su valor sobrenatural, teniendo el público el placer de quedar sorprendido al saber que aquel caballero era Santiago en persona, que venía a ofrecer su espada y a hacerse armar caballero por el rey don Sancho el Bravo y la reina su esposa, que le había de calzar las espuelas, gracia que esperaba alcanzar en tan fausto día, concluyendo su relación con pedir perdón no a Dios, sino al público, de las faltas que pudiera haber cometido. El saludo de los cristianos a los moros era el siguiente:

Hola, adiós, Alcuzcuz; el cielo quiera
abreviar de tus días la carrera.

Con no menos cortesanía y buen deseo contestaba el moro, puesto que, como eran cristianos los cómicos y los espectadores, los pobres musulmas siempre solían llevar la peor parte.

Tal era el acertado plan de este drama, que si carecía de ingenio, rebosaba al menos de majadería, y no pertenecía de ningún modo al género soporífero, como la loa y algunas obras clásicas de nuestros días, sino al disparatado risible en que campea la locura. Y ya estaban terminando la

representación cuando un grito histérico resonó al otro extremo de la sala, detrás de los espectadores, que hizo estremecerse a muchos y volver a todos la cara hacia el sitio de donde había salido. Pero no vieron a nadie y todo quedó en silencio al momento, y sólo oyeron la voz de Saldaña, que se había puesto en pie, desencajado el semblante, y que dijo:

-¡Ella es, ella es, que viene a anunciarme mi muerte?

Suspendióse la representación, pusiéronse en movimiento, y hasta el mismo rey pareció algo turbado con aquel alarido fúnebre que como por encanto de algún ser sobrenatural parecía, que habitaba invisible en aquella estancia. Leonor, aterrada, se abrazó estrechamente a la reina que, con no menos sobresalto, temblaba de pies a cabeza: sin saber a quién atribuir aquel grito que había helado hasta el tuétano de sus huesos, y todos agoraron mal de la boda que bajo auspicios tan tristes iba ya a celebrarse. Hasta los más despreocupados no supieron a qué atribuir aquel alarido, semejante al que podría lanzar un hombre en el tormento, que todos habían oído, pero que nadie podía imaginar siquiera la boca de donde había salido.

No tardó el rey, sin embargo, en recobrar su serenidad, y dando por supuesto que aquel grito procedía de alguno que se hallaba en el próximo corredor, dio orden a los maceros para que despejasen la gente que se había agolpado, y mandó que prosiguiese la fiesta.

-Serenaos -dijo a Saldaña en voz baja-, y mostrad el ánimo que a un caballero conviene; sobre todo no estéis así, y hablad algo a Leonor, que parece que sois de piedra.

-¿Y qué he de decirle yo, que he hecho su infelicidad?

-Amigo mío -repuso el rey-, eso hubiera sido bueno considerarlo antes. Ahora ya es tarde, y es preciso hacer de tripas corazón. Señora -prosiguió, dirigiéndose a Leonor-, esforzaos y no tengáis miedo, que entre amigos estáis que os defenderán si fuese preciso.

Leonor en aquel momento pensaba en la maldición de su hermano, y, envilecida a su parecer, no hacía sino rogar a su padre que desde la mansión celestial mirase su flaqueza con ojos de misericordia.

Los dos novios eran sin duda los más tristes y los más desdichados de cuantos habían concurrido a la fiesta y que, tal vez, envidiaban su suerte en aquel instante. ¡Con qué placer la hubieran ellos trocado por la del mendigo más despreciable!

Entre tanto el bullicio en los patios de la fortaleza y en la espaciosa explanada crecía a cada instante con la llegada de nuevos huéspedes, que de los pueblos de las cercanías desembocaban en aquel mar de hartura y de borrachera. Peregrinos, soldados, labriegos, mendigos, en fin, cuantos vagabundos ha criado la divina providencia, cuantos hombres y mujeres de buena y de mala vida habitaban aquellos contornos, otros tantos eran los que acudían, habiendo llegado a entrar tantos en el castillo, que por buena providencia hubo de no permitirse la entrada a nadie cuando ya era imposible que cupiesen más, y se sacaron toneles de vino y comida en abundancia a las calles de la ciudad y al campo, donde ya podía contarse que cada hombre cabía a borracho por barba sin errar la cuenta en un ápice.

Notábase, empero, entre tantos alegres alguno u otro pensativo y meditabundo, puesto que distraído observaba las cuadras de los soldados,

reparaba en la fuerza de gente que estaba sobre las armas, y se introducía en todas partes sin volver nunca atrás sino cuando algún centinela le impedía pasar adelante. Llevaba uno de ellos, pues eran tres los que se observaba que andaban juntos, un traje de peregrino y un sombrero tan ancho de alas que le cubrían todo el rostro, mientras, envueltos los otros dos en sus anchas capas, a la antigua usanza castellana (7), le seguían uno detrás de otro, y al andar hubiérase dicho que llevaban armas, a juzgar por cierto ruido, casi imperceptible en medio de aquel estrépito, pero que poniendo cuidado solía sentirse de cuando en cuando. Hablábanse al oído a veces, mirando antes si alguno los observaba, separábanse, perdíanse en la confusión, hablaban con algunos de los que andaban por allí en secreto, juntábanse al cabo de un rato y volvían a hablarse con mucho misterio, y recatándose de todo el mundo.

-No es tan fiero el león como lo pintan -decía el que iba vestido de peregrino-; dígolo porque hasta ahora nuestra empresa no me parece descabellada.

-En el año 1200... -repuso uno de las capas.

-Dejadnos ahora de fechas -interrumpió el otro-. ¿Usdróbal, sabéis dónde está?

-No tengáis cuidado -respondió el de la esclavina-, que ya sabe lo que se hace, y nos avisará cuando sea tiempo. Separémonos, separémonos, que allí está Martín Gutiérrez, y no hace sino mirarme.

Separáronse en efecto, porque, como decía, no quitaba ojo de él hacía rato el jefe de los aventureros, empeñado en encontrar cierta semejanza entre el Velludo y aquel peregrino, en lo que no andaba quizá muy equivocado, como ya habrá adivinado el lector, que no necesitará tampoco que le digamos que los otros embozados eran Nuño y su amo el señor de Iscar. Confundióse, pues, el Velludo entre la muchedumbre, donde la mayor parte eran de su gente, que, esparcidos entre las turbas de vagabundos, llevaban ocultas sus armas bajo sus ropas y prontos a reunirse en ciertos puntos, ya marcados, a una señal de su capitán. Habían acompañado varios de ellos a Usdróbal, que, como ya hemos visto, conocía bastante bien algunos secretos de la fortaleza, siendo la intención del Velludo tener repartida su gente de tal manera que fuesen sorprendidas las guardias y tomadas todas las avenidas en el momento mismo que aquél diera la señal de alarma. El amor había hecho a Usdróbal desobedecer en parte la orden que le habían dado, no habiéndose dirigido inmediatamente a donde debía, por ver pasar a Leonor; pero cuando volvió de su turbación no tardó en colocar su gente en los sitios más convenientes, disponiéndose al mismo tiempo a subir a la torre principal y desarmar a los que guardaban el pendón de Castilla y la bandera del señor de Cuéllar. Acometerlos y levantar en lugar suyo la enseña de los rebeldes todo había de ser en un punto, siendo éste el momento en que el de Iscar, Nuño y el Velludo había de apoderarse, cada uno al frente de su pelotón, de las armas de sus enemigos, de las salidas del castillo y de los puentes levadizos, mientras otros promoverían el desorden por todas partes y darían muerte a cuantos se resistieran.

Tal era el volcán sobre el que paseaban sin temor el rey y sus cortesanos, confundido entonces el ronco hervidero de sus entrañas entre el rumor de la multitud festiva; tales los planes que la ambición y la

venganza maquinaban. Y el sol, en todo su esplendor, derramaba sus rayos desde el cenit alegrando como antes la tierra, que pronto iba a inundarse en torrentes de sangre y a cubrirse de luto y desolación.

La fiesta seguía, la multitud no cesaba y el regocijo era general. Arriba mismo, en los salones, se habían olvidado ya del tremendo grito, y fueron tales los chistes y tan ridículos los mohínes de los juglares, que hasta Saldaña se sonrió. Leonor misma parecía ya más resignada a su suerte, y oía con gusto los consejos que le daba la reina con la mayor dulzura, dirigidos todos a confortarla y darle ánimo para sufrir su destino con paciencia y resistir con valor a la adversidad.

Acabaron de bailar los histriones, y después de haberse retirado colmados de aplausos y de regalos de la grandeza, pasó el rey su comitiva a otra sala, no menos ricamente adornada, donde un espléndido banquete les aguardaba. Había allí varias mesas, además, para los caballeros que, aunque no eran de la comitiva del rey, estaban convidados por el señor del castillo o se habían ellos convidado a sí mismos. Y las mesas, servidas con profusión, como podían dar cabida a mucha más gente, no se resentían de esta carga de pajaritos que quizá habrían hecho temblar el convite más opíparo de nuestros días, ni se trajo ni se aumentó nada más, puesto que nadie, como ahora se estila, anduvo con melindres con la comida. En esto estaban, y ya el Velludo, impaciente, no hacía sino mirar a la torre de donde debía Usdróbal dar la señal. Hernando tenía ya apercebida su gente para embestir, y Nuño no acertaba cuál podía ser la razón por qué Usdróbal no cumplió la orden, cuando uno de los pajes se acercó al rey, y habiendo hincado la rodilla en tierra, con gran sorpresa de todo el mundo le pidió un instante de audiencia, porque en lo que tenía que decirle le iba a él la vida y a cuantos allí estaban. Pasmáronse todos, sobresaltóse Saldaña, y el rey se levantó de su asiento, y habiendo salido con el de Cuéllar a otra estancia:

-Pardiez -dijo al paje-. ¿Qué tienes que decirme? Y mira bien que no mientas, porque juró a Dios que te hago ahorcar si por divertirme has puesto en tanto susto mi corte.

-Podéis hacer de mí lo que mejor os parezca -repuso el paje con serenidad-. Mi deseo es salvar a vuestra alteza y a todos sus servidores de un peligro que una casualidad acaba de descubrir. En la explanada, ahora poco, armaron dos hombres una pendencia, echaron mano a las dagas y, a pesar del gentío que trató de impedir la quimera, se acometieron. Rajó el uno al otro el pecho del primer golpe, acudieron todos a socorrerle, y Gutiérrez, el jefe de los aventureros, llevó a los dos presos. En este momento el herido empezó a pedir confesión y a decir que quería revelar un secreto del cual dependía la vida de vuestra alteza. Llegó allí un fraile, y cuando el herido iba a hablar, un hombre arrojado, vestido de peregrino, rompió de un salto por medio de los soldados, llegó a las angarillas donde le conducían y le clavó tales dos puñaladas que le dejó muerto en el acto. Hizo todo esto en un abrir y cerrar de ojos, de suerte que no lo habían visto hecho cuando ya el agresor había desaparecido entre la multitud. No obstante, Martín Gutiérrez dice que apostaría a que es el Velludo, y por sí o por no ha hecho a sus aventureros tomar las armas.

-¡Por el Velludo! -dijo el rey con desprecio-. ¡Y había de tener un caballero miedo de un miserable bandido!

-Vuestra alteza se engaña mucho si desprecia a ese hombre, puesto que a él solo y como bandido también le tengo yo en poco -replicó el de Cuéllar-, pero...

-¿Y no hay más que eso? -interrumpió el rey, dirigiéndose al paje.

-Sí, señor; más hay -replicó-, porque aunque el Velludo mató a uno para que callara, el tormento ha hecho hablar al otro, y ya se sabe que están aquí dispuestos a dar un golpe Hernando de Iscar, el Velludo y otro, que, según se suena, se hubo de desertar de los aventureros hace ya mucho tiempo.

-¡Hernando de Iscar! -exclamó Saldaña.

-Sí, un caballero que está en una gavilla de ladrones -replicó el rey-, sin crédito ni opinión, y despreciado hasta de su misma hermana. ¿Y no los han puesto presos?

-Señor -repuso el paje-, se sabe que están, pero no quienes son.

-Está bien, retírate. ¡Ja! ¡Ja! Una cáfila de villanos -dijo el rey cuando el paje volvió la espalda, riéndose a carcajadas mientras oyó sus pasos que se alejaban. Pero luego que conoció que nadie podía escucharle, acercándose a Saldaña, continuó:

-El plan es diabólico, pero es menester que nadie conozca nuestro temor, porque se acabaría la fiesta al momento. Id, dad la orden a los capitanes de más confianza para que al lado de cada hombre que se presume siquiera que lleva armas coloque dos de los nuestros que no le pierdan nunca de vista, y que le prendan si pueden sin alborotar; que nuestros arqueros con el arco tendido escuchen ocultos desde las torres y las ventanas; que los puentes levadizos queden en falso y que toda la tropa esté sobre aviso en sus cuadras. Cuidado, Saldaña, que es preciso disimular, y sobre todo con Leonor. ¿Me entendéis?

-Yo haré un esfuerzo, y callaré por lo menos -contestó Saldaña.

Y saliendo de allí en seguida, no tardó en arreglar la gente como capitán veterano y tomar, además de las del rey, las disposiciones que le parecieron más convenientes.

El rey volvió al festín burlándose del miedo del paje, que tanto había sobresaltado a todos, lo que sirvió de pasatiempo a los cortesanos, que hicieron con este motivo su chiste, y aunque a Saldaña no se le vio venir tan alegre, nadie hizo alto no obstante, acostumbrados a verle siempre de mala cara.

La desdichada Leonor apenas había hablado tres palabras durante todo aquel día, y no osaba siquiera preguntar por su hermano, a quien ella creía todavía en el castillo en rehenes hasta que se celebrase su casamiento. Pero en donde todo había ya cambiado de aspecto era en los patios. El Velludo había mudado de traje, Usdróbal no había podido dar el golpe por falta de gente, Hernando veía que sus planes iban a malograrse, y no tardaron los tres mucho tiempo en conocer que los vigilaban y que, prevenida como ya estaba la guarnición del castillo, era imposible llevar adelante la empresa.

-Debemos -dijo Hernando- desistir de lo que ya fuera una temeridad, y vos, Velludo, debéis retiraros con vuestra gente.

-¿Y vos? -preguntó el Velludo.

-Yo me quedo a completar mi venganza y a morir.

-Y yo con él -repuso Usdróbal, y Nuño afirmó lo mismo, aunque movido

de muy diversas causas que aquél.

Dudó el Velludo un momento, sin decidirse a nada; pero habiendo pensado cuán imprudente sería quedarse él allí únicamente a morir, determinó retirarse, aunque muy a su despecho y enojado de haber errado aquel golpe que debía haberle colmado de gloria.

-¿Es posible penetrar en donde está ahora Leonor? -preguntó su hermano, luego que el Velludo se retiró.

-Ahora -respondió Usdróbal- no dejan entrar a nadie en la fortaleza.

-¿Y entonces, ¡vive Dios!, qué hacemos?

-Al anoecer, en la capilla -repuso Usdróbal-, yo os llevaré, y nos mezclaremos con los de la comitiva del rey. Es el momento de la venganza.

-Está bien -replicó el caballero, y se separaron.

Entre tanto el atildado deán de Valladolid, vestida la estola sobre sus clericales ropas, aguardaba la hora en la sacristía, y ya estaba toda la iglesia iluminada soberbiamente con infinidad de hachas de cera, cuyo esplendor formaba cierto contraste con su arquitectura gótica, sombría y temerosa, y el color oscuro que los años habían prestado a sus muros. Veíanse a un lado y otro varios sepulcros de los antiguos dueños de aquel castillo, y sobre ellos algunas estatuas de piedra toscamente trabajadas, unas de rodillas sobre la losa y otras de pie en actitudes guerreras. Presentaba aquel sagrado recinto una mezcla de majestad y tristeza, una confusión de luz y de sombra, más fácil de imaginar que de describir.

Sonó en fin la hora, y las espuelas de los caballeros y el rumor de los pasos que sonaban sordamente el eco, anunció la llegada del rey con su comitiva. Ocuparon los que componían ésta, divididos en dos hileras, los dos frentes de la capilla con el mayor silencio, y colocados algunos entre columnas o arrimados a los sepulcros, hubiérase creído que eran sus habitantes que dejaban las tumbas para asistir a las bodas de su nieto con la desventurada de Iscar. Ocupó el deán con sus dos acólitos la parte de la baranda de hierro que caía al altar, y los novios, teniendo cada uno su padrino y su madrina a su lado, se arrodillaron, sobre dos cojines árabes, de la otra parte. Todo estaba en silencio, y ni una tos ni un murmullo interrumpía la majestad de la ceremonia.

Una voz resonó como un trueno en aquel instante: ¡Muera!, y tres hombres con sus espadas desnudas se arrojaron del fondo de la capilla hacia el altar. Pero más de veinte se lanzaron al mismo tiempo delante de ellos y los detuvieron peleando, mientras otros gritaban: ¡Profanación! ¡Anatema!

Los tres hombres se resistían, y aun adelantaban terreno; la desesperación parecía que les prestaba fuerzas, y a cada golpe caía en tierra uno de sus enemigos. En vano era el número, en vano el arrojamiento de sus contrarios, en vano estaban ya cubiertos de heridas, que ya se abrían paso entre la multitud, y dos de ellos, dos sobre todo, hubiérase dicho que eran inmortales y que su espada era la del ángel del exterminio. Ya habían logrado llegar hasta la mitad de la capilla; su camino era un reguero de sangre; sus espadas, al reflejo de las luces, parecían de fuego; sus ojos, ascuas al través de las barras de la visera, y ya empezaban todos a creer que eran demonios que venían por Saldaña, como presa que les estaba destinada hacía ya mucho tiempo.

No fue él tampoco el último que lo pensó; pero como era hombre de

valor púsose en pie, y ya iba a echar mano a su espada cuando una sombra, un espectro que se levantó de una tumba y se deslizó junto a la baranda en dirección a él, se puso entre él y Leonor, dejándole helado y sin movimiento.

Un grito de horror retumbó entonces sobre el estrépito de las armas y las voces de los combatientes; retiráronse amedrentados los dos padrinos, y el genio del mal (que tal parecía aquella fantasma), soltó una carcajada infernal, a tiempo que Leonor cayó en tierra anegada en su propia sangre. Este terrible suceso suspendió el combate y dejó a todos petrificados.

El espectro cogió de una mano a Saldaña.

-Mírala -le dijo-, mírala... muerta. ¡Tiembblas! ¿Me conoces?

-¡Cielos! ¡Zoraida! -gritó Saldaña, y cayó sin sentido.

-Sí, yo soy el demonio que te persigue. Yo soy Zoraida; ya me he vengado de ti.

Y diciendo así tomó el camino que había traído y volvió a hundirse en la tumba. Acudieron todos entonces, unos a socorrer a Saldaña, que respiraba apenas, y otros a Leonor, entre los cuales no fueron Usdróbal y Hernando los últimos, anteponiendo el amor que le tenían a su deseo de venganza. Pero ya era en balde quererla socorrer; la infeliz tenía un puñal clavado hasta el puño en el corazón.

Conclusión

-¿Qué se hizo el rey don Juan?

¿Los infantes de Aragón
qué se hicieron?

¿Qué fue de tanto galán,
qué fue de tanta invención
como trujeron?

Las justas y los torneos,
paramentos, bordaduras
y cimeras,

fueron sino devaneos,
¿qué fueron, sino verduras
de las eras?

JORGE MANRIQUE

Hasta aquí la crónica de que hemos extractado esta historia, que, si bien la creemos agradable, no la juzgamos exenta de defectos, y, sobre todo, no nos satisface la manera que el cronista tiene de resolver ciertas dudas. También hemos notado algunos olvidos, y quizá haya algunas contradicciones; pero como nuestro deber era compilar y no corregir, nos hemos conformado en un todo con el original.

Con todo, como si se concluyese aquí la historia quedaría tal vez disgustado el lector por no saber qué se hicieron algunos personajes de ella, nosotros, a fuerza de escrutinios e investigaciones, hemos hallado algunas que vamos a comunicarle.

Zoraida, que parece ser no murió de la puñalada que le clavó su desconocido amante, cuando pudo volvió al castillo, donde, como hemos visto, se valió para su venganza del conocimiento que de sus secretos tenía. Saldaña hizo donación de todas sus riquezas a un monasterio y acabó sus días en la Trapa, vestido de estameña y llorando sus pasadas culpas. Hernando de Iscar logró fugarse a Aragón acompañado de su fiel Nuño, donde fue bien recibido y tratado del rey con la consideración que su carácter se merecía; y en cuando a don Sancho, rey de Castilla, es harto conocida su historia para que tengamos que dar cuenta de sus sucesos. Restan sólo Usdróbal y el Velludo; pero lo único que de aquél sabemos es que sus hazañas llegaron a alcanzarle la honra, andando el tiempo, de que el mismo Sancho el Bravo le concediese la orden de caballería, puesto que se dice que no recobró jamás desde la muerte de Leonor su natural alegría. Y el segundo es fama que murió muy viejo, sin haber abandonado su mala vida.

De allí a algunos años, habiendo hecho algunas excavaciones en el castillo, hallaron un esqueleto de mujer, que algunos creen que fuese el de la vengativa Zoraida, aunque la verdad es que no se volvió a saber de ella. Tal vez se reuniría con su padre y se iría con él a Aragón. Quién sabe. Y de todas aquellas grandezas, de aquellas hermosuras tan alabadas, de aquellos tan bizarros y entendidos caballeros, no queda ya sino el polvo, que ha carcomido hasta los pergaminos en que presumió eternizar sus glorias la vanidad. Sus castillos son en el día de hoy ruinas, y quizá dentro de algunos años preguntará el caminante dónde estuvieron y los aldeanos, mirándose unos a otros, reirán de su pregunta sin entenderla.

FIN DEL TOMO III Y DE LA OBRA

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

